CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

EL HOMBRE DE LA SITUACION.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR

M. Payno.

CIUDADANO MEXICANO.

MEXICO.

IMP. DE JUAN ABADIANO, ESCALERILLAS NUM. 13.

1861.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

PROEMIO.

La vida es un vasto teatro y el mundo con sus anchos mares, con sus elevadas montañas, con sus cielos ya claros y diáfanos ó ya melancólicos y brumosos, con sus palacios sobérbios y sus chozas humildes, es el escenario donde todos nos apresuramos á tomar lugar y á desempeñar nuestro papel: los unos de reyes y conquistadores los otros de patricios esclarecidos, los de mas allá de anacoretas, de varones santos, de sábios profundos, de liberales sinceros, de políticos sagaces, de fanáticos intratables, de mercaderes de conciencia, de saltibanquis y purchinelas en fin, porque la ambicion y la vanidad humana no conocen límites y desean desde lo mas noble y elevado, hasta lo mas abyecto y absurdo. Todos estos actores apenas entran en escena, apenas comienzan á poseerse de su elevado papel cuando la muerte con su risa descarnada va reduciendo al polvo las púpuras rojas de las di-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

nastías, los gorros encarnados de las repúblicas, las togas negras del foro los trenes relucientes de la riqueza y los actores van desapareciendo como las sombras fugitivas de una linterna de fantasmagoría. —*Pulvis et umbra sumus* decia Horacio.

Pero de todos estos grandes y pequeños actores quedan á veces en las galerías los retratos de su personal físico; pero de sus costumbres, de su parte moral, de su vanidad, de su miseria, no hay quien hable. Apenas esas páginas aduladoras y apasionadas que les llaman históricas, nos dan idea de las fisonomías de los hombres y de los siglos que van pasando y cambiando como cambian y pasan la mayor parte de los séres y aun de las cosas materiales de esta vida.

Si al paso corto por el sendero del mundo, se puede dejar un bosquejo, una caricatura siquiera de los reyes de grandes narices, de los políticos de obtuso cerebro, de los encorvados y humildes caritativos que han encerrado buenas economías en sus cofres, de las notabilidades literarias que han robado á la Fama su gran trompeta y sus tendidas alas, si se logra hacer menos malos con un pintárrajo á los demás cómicos que arrebatan de grado ó por fuerza sus papeles en los dramas sociales, se habrá conseguido al menos. . . ¿Qué? nada, absolutamente nada. . . . El mundo quizá fuera mejor con menos libros, con menos maestros, con menos soldados y con menos gobernantes . . . Las generaciones en su rápido tránsito sobre la tierra solo

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

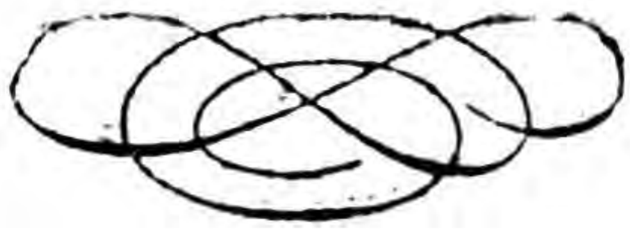
necesitan un poco de pan y un poco de paz: todo es efímero y perecedero cuando no es rídiculo y perjudicial: todo termina breve, todo pasa como sombra, libros, saber, ingenio, virtud, hipocrecía, maldad; todo se reduce en pocos instantes á la nada, al olvido, al polvo. Horacio dice muy bien. *Pulvis et umbra sumus.*

¿Será este libro lúgubre, melancólico, casi incomprensible como son las líneas de este prólogo? No, seguramente no; al menos no es mi intencion, sino tomar de las cosas, de los tiempos, de los hombres, algunas semejanzas, y reunir el corperto en unas cuantas hojas de papel. ¿Es necesario retratar esactamente á una ó mas personas? Tampoco: el grupo saldrá mejor y mas grotesco tomando la vanidad del uno, el candor del otro, la arrogancia ó la malicia del de mas allá: ó lo que es lo mismo, para formar un todo hermoso, tomarémos los ojos de un ciego, las plernas de un cojo, los brazos de un manco, el vientre de un hidrópico, la dentadura de un octogenario. ¡Qué figura! ¡Qué libro! A propósito: y contestarémos de una vez á preguntas que siempre hacen los aficionados á la lectura ¿El libro es bueno? En esta vida no hay bueno ni malo sino es relativamente, pero de seguro el autor no cree tan malo su libro, cuando lo da á la estampa: los autores que dicen mansa é hipócritamente lo contrario, mienten, ó mas bien, es de crcerse que tienen su buena dócis de vanidad encerrada pero mal

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

escondida. ¿Qùe contiene este libro? Palabras tras de palabras como todos; las unas peor hiladas que las otras. ¿De qué trata este libro? De todo y de nada. Son borrones que un aficionado al dibujo traza en un pliego de papel. ¿Este libro es novela, es historia, ó es cuento? El autor quizo, fué su intencion al menos, dar una idea de algunas de las costumbres de nuestros abuelos, de nuestros padres y de nosotros mismos. ¿Ha desempeñado bien el asunto? Eso está por ver, eso queda á la calificacion de los lectores eso merece un detenido exámen: por lo demás, historias contemporáneas tenemos que parecen cuentos, y cuentos que son verdaderas historias, pero que no se pueden escribir mas que dándoles el carácter frívolo de la novela.

El hijo, pues, feo ó hermoso, una vez que ha nacido, tiene que salir á luz y confiar su suerte á la benevolencia del público: si muere en su temprana edad, nada se habrá perdido, y no habrá hecho mas que seguir la suerte de todas las cosas humanas —*Pulvis et umbra sumus.*



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO I.

DASE CUENTA DE LA ILUSTRE PROSAPIA DE DON FULGENCIO Y DE COMO VINO DE ESPAÑA EN COMPAÑIA DEL VIREY.

La mayor parte de los lectores sabe que Julio Cesar, fué un célebre capitan, un elocuente orador y un gran calavera, que entre otros defectillos ó virtudes, que todo es lo mismo cuando se trata de altos personages, tenia la de ser un tanto oji-alegre y donde ponia los ojos allí hacia una herida, como suele decirse.

Tocole la suerte en una de sus muchas aventuras, de pasar á la peninsula Española y allí no obstante sus ocupaciones guerreras y sus peligros continuados, tuvo ocasion de ver en un cierto lugar de aquellas tierras una muchacha que por su hermosura y gracia no desmentía, la bien merecida fama que desde entonces alcanzaron entre la gente de buen gusto, las mu

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

geres españolas. El buen Julio y la virtuosa españo-la se entendieron de tal manera que á los tantos meses resultó un cesarito, que quedó al cuidado de su madre mientras su padre pasaba el Rubicon, se enamoraba en Egipto de la reina Cleopatra, se dejaba dar de puñaladas por el patriota Bruto y corria finalmente otras pequeñas aventurillas de ese genero que segun el buen entender de la gente piadosa habrán continuado quisá en las tierras calientes del otro mundo.

El Julito creció y no queriendo dejar atras la fama de su padre tuvo otro Julito, y á su vez este Julito tuvo otro, y el otro á otro, hasta que el tiempo y la fortuna que siempre favorece á los calaveras vino á colocar en el Solio Gótico á un vástago del gran dictador Romano. Este rey godo se llamaba Agila, y á los cinco años de su reinado fué asesinado por sus vasallos, teniendo el gusto de correr la misma suerte que su antecesor corrio en el senado de Roma.

Este crimen nefando que solían cometer muy á menudo los buenos y dociles pueblos de la antigüedad, no extingió la raza, pues al cabo de cierto número de años otro vástago del gran Julio y pariente muy inmediato del desgraciado Agila, subió al trono con el nombre de *Sisenando*, e que tuvo el gusto de hacer la segunda coleccion de las leyes godas y con el título de *Fuero Juzgo* dió á luz un libro que desde entonces hasta ahora ha sido en union de otras preciosas y

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

divertidas obrillas de este género, gran recurso para llenar las bolsas de los abogados y curiales y dejar vacias lasde los menores, viudas, herederos y acreedores.

La muerte no fué bastante poderosa para acabar con una tan ilustre y noble raza, antes bien aumentada de siglo en siglo con enlaces ilustres, resultó en el curso de los años una série de Garcías, todos parientes, todos colocados en la cumbre del poder. D. García Jimenez, D. García Iñiguez Reyes de Sobrarbe, D. Sancho García, conde soberano de Castilla, D. Sancho Abarca y D. García Sanchez, reyes de Aragon, todos eran, como quien dice una misma cosa, y los autores de los *nobiliarios*, habian ya probado hasta la evidencia con la historia en la mano, y mas que todo, con los blasones y campos rojos y azules que Julio César no se habia llamado así, sino á causa de la rudeza y barbarie de los escritores romanos, pero que su verdadero nombre era Julio García; deduciéndose como consecuencia necesaria que Bruto, en vez de ser un esclarecido patriota como lo describen los rectores á los muchachos de los colegios, habia sido un solemne caballo, un verdadero bruto, supuesto que él creyó matar á un César, y éste no era César sino García.

Desde que falleció D. Ramiro Sanchez el cristianísimo, hasta la época en que comienza esta verídica narracion, la familia habia conservádo su clara y limpia nobleza, y trasmitido tan preciosa herencia de pa-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dres á hijos con una fidelidad tal, que ni una sola partezuela de tan dorados blasones se habia empañado.

La noble familia que habia succedido en el cargo de conservar tan precioso depósito, se componia de un viejo curro andaluz llamádose Fulgencio, el cual tenia que mantener cosa de diez muchachos de todas estaturas, gruesos y tamaños, con solo el producto de un cortijo, cuyos linderos podia medir con la vista un meope sin necesitar de anteojos.

D. Fulgencio habia gastado las economías de muchos años en hacer copiar en pergamino una ejecutoria donde constaba por menor y con todas sus pruebas al canto, todo lo que en compendio hemos procurado indicar en las líneas anteriores. La ejecutoria tenia además pintado en la carátula un escudo dividido en cuatro cuarteles, coronado de un casco con su cimera, y rodeado de un mote que decia:

De García arriba, nadie diga.

Las nobles aspiraciones del tio Fulgencio no se limitaban á conservar sus pergaminos, á enseñárselos á cuantos amigos lo visitaban y á platicar constantemente de sus antepasados, sino que pretendia que ademas de ser descendiente de Julio García, lo era tambien de Adan, pero no del Adán de los anticuarios de donde proceden los indígenas de las américas, ni del Adan negro de donde nacieron todos los esclavos, segun creen los cultivadores de caña, sino de un Adan

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

andaluz, mas guapo, mas valiente, mas noble, que cuantos Adanes han dado orígen al resto del género humano.

Sin embargo de todos estos grandes títulos, suficientes para que hubiesen llamado la atencion de soberanos menos bruscos y bárbaros que los soberanos españoles, el tio Fulgencio con sus diez descendientes de Adan y de Julio García. se moria literalmente de hambre, pues el producto de tres vacas, de ocho carneros y de dos docenas de olivos, no era suficiente ni para el gaspacho y el chocolate que ya en esa época era la bebida favorita y casi indispensable de todo español bien nacido y descendiente de Julio García.

El tio Fulgencio necesitaba tomar una resolucion enérgica, pero ella no era dificil supuesto que ahí estaban las américas empedradas de oro y plata, donde no habia mas que llegar y tomarse el trabajo de inclinarse para reunir una gran fortuna y volver á la Península á tomar el título de conde, duque ó marques.

Fijo ya en este pensamiento el tio Fulgencio, se dirigió un dia al puerto de Cádiz en compañía de su hijo *Fulgencio el chico*, con el intento de enviarlo á América á que hiciese su fortnna, pero como el tio Fulgencio no queria que viajase así como viaja una gente vulgar, y al mismo tiempo no tenia un cuarto, no hallaba en su noble cabeza el medio de salir del atolladero. Paseándose por las cercanías de la rive-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ra encontró al tio Paco, otro andaluz como él viejo, y noble.

—¡Compadre Fulgencio!

—Compadre Paco: el Dios mas grande, que es el Dios de los andaluces, me ha deparado á su merced.

—En qué puede servirle mi mucha nobleza, contestó el tio Paco.

—Friolerilla, compae, en enviar á este pimpollo á la América á que recoja un poquillo de oro.

—Que ni mandao hacer compae, conforme, y venga el muchacho.

—Bien entendío compae que el muchacho ha dir como quien es, no se diga que un nieto de Julio García y de Adan va ansí como quiera.

—Ni por pienso, compae: cabalito que no dilata ni un hora en marcharse el virey de México.

—Pues al lance compae, con el virey de México dijo el tio Fulgencio dando una palmada con el reverso de la mano izquierda en la palma de la mano derecha.

—Un momento compae, interrumpió el tio Paco: ¡cabalito! que va de piloto del barco ñor Cristóbal Colon, y en dos palabras el chico Fulgencio se va con el virey, y ya verá uté compae hasta capitán no ha dé pará.

—Vivo, por Jesú, compae; mientra yo le digo cuatro cosa á Fulgencio el chico y le doy la bendicion.

El campadre Paco corrió á bordo del barco que se

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

iba á hacer á la vela para Veracruz, y donde estaba ya embarcado el muy noble D. Joaquin de Monserrat, marqués de Cruillas, que venia á México á desempeñar el cargo de virey.

En un momento se halló tio Paco á bordo y de mano á boca con el segundo piloto.

—Oye tú, Critóbal, le dijo, me vas á jacer un favor. Entre el pezcao salao y entre los cachivaches de la cocina te vas á llevar al muchacho del compae Fulgencio. Ya sabes en que ha dao que es pariénte de Julio García y de nuestro pae Adan, y queria que fuese en la misma cámara del virey, con que quitémono de ruío y métete á Fulgencio en la bodega, y si en el camino te dice algo ó quiere decir que es pariente de Julio García, le das verga duro, y cuando lleguen á la tierra, lo pones en la playa, y que lo ayude Dios y su pariente Julio García. Con que te lo traigo, y no hablemo mas.

El segundo piloto consintió en la proposicion, porque nada podia negar al compadre Paco que le cuidaba á su familia siempre que él hacia sus largos viajes; y ambos muy contentos se estrecharon varias veces la mano.

El compadre Paco se dirigió á donde habia dejado á Fulgencio.

—Servío, compae, como uté lo desea. El muchacho se va con el señó virey, regalao, mimao, como si

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

fuera hijo de su mae: ya le dije á Cristóbal lo que tenia de jacer.

—Compae, me ha quitao uté la giralda que me bailaba en el corazón. Fulgencio será como uté dice, capitan, y traerá mucha plata á la familia, y todo deberemo una fortunilla al compae Paco. Venga un abrazo, compae, y á bordo. Ante le diré cuatro palabra á Fulgencio.

El compadre Fulgencio abrazó por dos ó tres veces al compae Paco, y luego se dirigió á su hijo, que era un muchacho como de catorce á quince años, de anchas espaldas, de gruesos y colorados carrillos, de nariz chata y ojillos verdes, y que habia estado entretenido jugando con otros camaradas, sin sospechar que los dos compadres habian, en un abrir y cerrar de ojos, improvisado su viaje, de una manera tan singular.

—Escucha, Fulgencio, le dijo su padre.

Fulgencio cruzó los brazos, y se colocó delante de su padre.

—¿E verdá que yo te he dao una educacion conforme á tu nacimiento?

—E verdá, dijo el muchacho.

—¿E verdá que no sabes leer de corrio, ni tampoco escribir?

—E verdá, volvió á contestar el muchacho.

—Pero, es que nomá lo reye y lo vireye saben ecribir eso que apena se les entiende; pero eso no hace al

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

caso: tú sabe sacá agua de una noria y regá los olivos y enjaezá un caballo, no es verdá?

—E verdá, dijo otra vez el muchacho.

—Pues hombre sin hombre, no vale naa: tú te vas á la América.

El muchacho, que no aguardaba esta conclusion, llevó los brazos á la cara, y se limpiaba con las mangas de una tosca camisa algunas lágrimas que salian de sus ojos.

—No hay que llorá: te vá con el virey: todito se lo debes al compae Paco.

El muchacho se repuso algo en cuanto oyó el nombre del virey, pero seguia, sin embargo, limpiándose las lágrimas.

—No hay que llorá: te vas á México á cojé oro y plata. Tan luego como llegue, si el Sr. virey te lo permite, vas mirando donde pisas, la piedra que veas de oro te la guardas, las de plata las dejas para lo criaos y pa lo marinero. Conque portarse bien, y acuérdate de tu agüelo Julio García, y jas dinero y sé honrao, *paa que de García árriba naide diga.* Cuando sepas ecrebí, pon cuatro palabra á tu pae que con darte la bendicion te dá cuanto tiene.

El compadre Fulgencio no dejó de enternecerse al decir estas últimas palabras, y sus ojos se llenaron de lágrimas al estender su mano para echar una bendicion al muchacho, mientras con la otra se quitaba el

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

sombrero, y alzando la vista al cielo decia: Allá va el muchacho á las Indias, Dios lo ayude.

Fulgencio el chico fué arrebatado del brazo por el compadre Paco, y antes de que pudiese hacer resistencia, antes de que pensase en despedirse de sus hermanos y reflexionar en lo que le sucedia, ya estaba embarcado en un falucho que lo condujo á bordo del buque en que se hallaba el virey.

No hay que olvidar lo dicho, Cristóbal, gritó el compadre Paco al piloto: si el muchacho chista, duro, que así se jacen los hombres.

Tan luego como Fulgencio el chico saltó á bordo, Cristóbal lo hizo bajar á la bodega, y lo colocó entre unas pipas de vino y unos barriles de aceitunas. A poco comenzó á moverse el barco, y Fulgencio, desvanecido y perdiendo la cabeza, cayó sin fuerzas y casi sin sentido entre los víveres y la humedad de su oscura habitacion.

El compadre Paco, pasado su primer movimiento de ternura, se pavoneaba muy satisfecho al dia siguiente contando en todo Cadiz que ya habia hecho la fortuna de su hijo, que habia marchado de capitan á México á lado del virey.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO II.

DEL VIAJE Y ARRIBO A VERACRUZ DE FULGENCIO EL CHICO, Y DE COMO NO QUISO CONTINUAR CONEL VIREY PARA TENER EL GUSTO DE RECOJER EL ORO Y TIRAR LA PLATA A LOS INDIOS Y A LOS ESCLAVOS.

Luego que se alejó algunas millas de Cadiz el buque que conducia á su bordo al Sr. marqués de Cruillas, comenzó á soplar un viento fresco, la mar se puso gruesa, y á los dos dias se declaró una recia tempestad que hizo mover á la nave en todas direcciones como si fuese una cáscara de nuez. Durante los diez dias del temporal, Fulgencio permaneció atacado violentamente del mareo, y sin aliento ni aun para tomar as escudillas de caldo que le bajaba el cocinero á la bodega por órden del acreditado y famoso piloto Cristobal Colon; pero tan luego como el viento calmó y la

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

mar recobró su tranquilidad, desapareció el malestar del muchacho, su vacío estómago sintió una hambre devoradora, que saciaba con cuantos manjares buenos ó malos le presentaban. En seguida comenzó á reflexionar en su situacion. Tan pronto se veia en las calles de Cadiz jugando con sus amigos, como creia dormitar en el camaranchon que poseía en el cortijo paternal, ó tomar el cubo para sacar agua de la noria y regar los olivos, pero un movimiento de la nave á quien batian las olas por el costado, le recordaba su presente situacion, la cabeza se le iba y se juzgaba ya de nuevo acometido por el mareo; sin embargo, en medio de todos estos pensamientos que algunas veces se presentaban con un carácter de duda en su cabeza, tenia bien fijas y clavadas en su memoria tres cosas: primera, que era de la noble y antigua descendencia de Julio García: segunda, que viajaba con el virey: y tercera y principal, que tan luego como llegase á América, deberia comenzar á recoger oro y plata. Con este oro, pues la plata era tan poca cosa, que ya estaba convenido que la dejaria para los criados, para los indios y para los esclavos, se proponia regresar dentro de algunos meses á España, y comprar las inmensas posesiones que habian pertenecido en otros tiempos á la esclarecida familia de García. Un campo espacioso lleno de olivas, un rebaño numeroso de carneros, una manada de las mas lucidas yeguas andaluzas:

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

en fin, todo esto y otras mil cosas, serian propiedad suya y de su familia, y todavía podia dejar como cosas inservibles y olvidadas, algunos montecillos de oro.

No deben parecer exagerados estos pensamientos á los que sepan lo mucho que se ponderaban las riquezas minerales de las Américas, y las pingües fortunas conque en efecto regresaban á España los que se dedicaban á trabajar algunos años en éstas, entonces benditas y magníficas tierras.

Disipada por estas alhagüeñas ilusiones la tristeza que en medio de sus pocos años causó á Fulgencio la separacion repentina de su patria y de su familia, salió fuera de cubierta una mañana muy temprano, se lavó la cabeza en la proa del barco con unas cuantas cubetas de agua de la mar, y muy erguido y satisfecho del alto destino que tenia que llenar en las Américas, se dirigió al segundo-piloto, que se llamaba Cristóbal de Antunes, y que por los muchos viajes que habia hecho á las Antillas, le nombraban en el puerto de Cadiz Cristóbal Colon.

Diga, ñor Cristóbal, dónde está el Sr. virey dijo Fulgencio; quiero saludarle y darle las gracias en nombre de mi pae, por haberme traio en su compañia.

Antunes se quedó un momento admirando el aire marcial y despejado de Fulgencio, y no sabiendo si reirse ó ponerse serio, tomó al fin en la mano un pedazo de verga que por lo gastado de sus puntas se conc-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cía que habia servido ya para vapular las espaldas de algunos marineros y le dijo:

—Mira, currillo, tu señor padre es cierto que te ha mandado con el Sr. virey, pero mi compadre Paco me encargó mucho que sobre todo cuidara de hacerte hombre, y sabes que los hombres no se hacen si no es con los trabajos, con los peligros y tambien con algunos cariños de este instrumentillo; con que comienzo á cumplir el encargo del compadre Paco.

Esto diciendo, aplicó dos ó tres vergazos en las anchas y robustas espaldas de Fulgencio el chico.

Ñor Cristóbal, esto es demasiado, y si mi padre lo viera, vive Dios que lo agarraria por el fondillo é iria su merce á remanecer á lo cuerno de la luna.

—El peligro que tú corres currillo, es, que si el virey ó el comandante saben que vienes á bordo, te mandan coger por el fondillo y te arrojan á la mar, porque no eres mas que un polizon. Con que si quieres evitarme una buena reprimenda, lo mejor será que comiences á hacer tu servicio de marinero.

—Bien, bien, no me opongo, dijo Fulgencio, pero cuánto reale diario tengo de ir ganando?

—Vanidoso, mentecato, le contestó Cristóbal, qué mas quieres ganar que la comida y el trasporte? además, qué sabes tú de marinero para que pretendas ganar algo?

—Pues entonce, ¿por qué diablo vengo con el virey

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y tanto me valia haberme quedao en mi casa. Capitulemo, tio Cristóbal, continuó Fulgencio: yo tengo acá mi modo de manejar el negocio. Me dará uté un vaso de vino todo los dia, y algun pezcao, en lugar de esa mala chanfaina que me ha hecho volver hasta lo hígado, y entonce veré, pensaré si puedo jacer algo por uté, y eso, de lástima de que el virey no lo mande agarrá por lo fundillo y echar al charco. Con que negocio concluío, tio Cristóbal.

El piloto iba á responder y quizá á aplicar con alguna mas fuerza nuevos latigazos á las espaldas de Fulgencio, pero éste no le dió tiempo, sino que arrojándose á su cuello, lo estrechó tres ó cuatro veces con efusion, y despues, mirándolo frente á frente con los ojillos mas alegres del mundo, prosiguió: No hay que poné mala cara, tio Cristóbal, que al fin uté sale ganando en gastar ese vino ante que se le tuerza ó se lo beba todito el señor virey. No hay cuidao, que dentro de un mes veré si le puedo ayudar en algo.

Cristóbal iba á descargar toda su furia contra Fulgencio, pero como era un buen hombre en el fondo, se contuvo.—¡Bah! dijo, estos andaluces son como Dios los crió, y es fuerza hacer algo por el compadre Paco que es el padre de todos mis hijos, cuando yo ando por estos mares. Daremos á este tunante su racion de vino y de pezcado, pero en llegando al puerto, ten-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

go de darle una felpa, que ha de acordarse de mí el resto de su vida.

El piloto volvió á donde lo llamaban sus ocupaciones, y Fulgencio se encaramó en el palo de bauprés, y comenzó á mirar la mar azul y serena y á pensar en el venturoso momento en que llegando á las Indias, comenzaria á recoger montones de oro.

Ningun incidente particular hubo en la navegacion. El piloto, que era muy querido de todos los gefes de la marina española, declaró que habia un polizon á bordo, que por recomendacion de un amigo íntimo conducia á América, sin que por esto se le siguiese perjuicio alguno; y el polizon por su parte no perdonaba la racion de vino y de pezcado, ocupándose únicamente en ver la mar y en dormir, decidido, como él decia, en hacer á Cristóbal algun favor, para evitarle que el virey lo mandase echar á la mar.

En la época en que comenzamos esta narracion, que era el principio del reinado de Cárlos III, los vireyes venian á México por lo comun en lo que se llamaba la flota. La flota era la reunion que hacian en Cadiz los comerciantes, de muchos barcos, cargados de efectos para las Indias. Estos barcos eran escoltados por buques de la marina real, y hacian la travesía tan juntos y unidos para defenderse de los corsarios y piratas, como lo permitian los vientos, que no pocas veces solian dispersar enteramente la escuadrilla.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Luego que llegó la flota á la sonda de Campeche, el virey hizo que una embarcacion menor que sirviese de correo ó aviso se adelantara, conduciendo pliegos á Veracruz y á México, en que anunciaba su llegada al sucesor, y esperó á que en aquellas aguas tranquilas se hiciese la reunion de todos los barcos que se habian alejado ó dispersado por las corrientes y los vientos. A los setenta y seis dias de haber salido de Cadiz la flota con la capitana que conducia al virey, fondeó en el costado del castillo de San Juan de Ulúa, cuyas obras de fortificacion no se concluyeron y perfeccionaron, sino algunos años despues.

Luego que los cañonazos del castillo que fueron contestados por los buques de guerra, anunciaron la categoría y dignidad del personage que venia á tierra, el ayuntamiento en cuerpo, presidido por el gobernador, se presentó en el muelle y recibió á tan ilustre huésped con las mayores muestras de acatamiento. El gobernador le presentó en un plato de plata, colocado en un cogin de terciopelo carmesí, las llaves de la ciudad que el virey tomó por ceremonia, valviendolas á dejar en seguida, y diciendo: que parando en manos tan fieles como las del gobernador los intereses de S. M., estaban muy bien guardados, y la ciudad completamente segura. Una sonrisa de satisfaccion y de orgullo vagó en los lábios del gobernador, é indicando el camino á su comitiva, el virey y todo su

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

séquito marcharon entre una valla de soldados hasta la puerta de la parroquia, donde el cura esperaba con capa pluvial, para cantar un solemne *Te Deum.* Concluido este acto religioso, el virey, con el mismo lucido acompañamiento, se dirigió á la habitacion que se le tenia designada; donde estaban ya preparadas las literas y avío para el camino, y además, bandejas y azafates llenos de chocolate, de dulces y de bizcochos, sin faltar tampoco algunas frasqueras llenas de los mas variados y exquisitos vinos. Todos estos regalos eran de D. Francisco Cagigal de la Vega, que acababa su periodo en el vireinato, y del ayuntamiento y comercio de Veracruz, que competia en generosidad y magnificencia al obsequiar á los gobernantes que los reyes españoles enviaban á la Nueva España.

Ocupado Cristóbal el piloto con la maniobra de la entrada, con el desembarco de los equipages y con otra multitud de atenciones del momento, no se acordó del polizon que venia á bordo, pero éste, que conocia su negocio, como él decia, se dió su buen baño de agua salada, se puso una camisa limpia que tomó del equipage de Cristóbal, y se embarcó en el mismo bote en que el virey vino á tierra, mezclándose en la procesion y en las demás ceremonias, sin que nadie le digese ni una palabra, porque todos lo suponian de la servidumbre del ilustre personage: así es que gozó de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

todo, comió perfectamente, bebió magníficos vinos, y recibió todo género de atenciones de los veracruzanos, que no habiendo podido mirar y conversar con el virey, se creian muy dichosos con tratar siquiera á uno de sus inmediatos servidores. Fulgencio recibió con un aplomo y con una seguridad tal todos estos obsequios, que nadie dudó que era por lo menos el lacayo favorito del marqués.

A la tarde, al tiempo que el virey salia al corredor de la casa, á tomar el fresco, Fulgencio se le presentó.

—Conque, señor marqués, me voy, porque yo sé mi negocio y pa eso me mandó mi padre á las Indias; pero antes he querido darle las gracias por la compañía.

—¡Insolente! dijo el virey de pronto; pero como Fulgencio se lo quedaba mirando con sus ojillos alegres y con un aire completo de tranquilidad, el virey se calmó, y sonriéndose le preguntó quién era.

—Señor marqués, yo soy, en primer lugar, descendiente de Julio García, y en segundo, de Adan, pero del Adan de Andalucía.

—Antes de haberlo oido hablar hubiera yo apostado que era andaluz, dijo el virey, y luego, dirigiéndose á él, continuó preguntándole: Y bien, ¿dónde veniste?

—En ese barco que está junto al castillo, dijo Ful-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

gencio. El señor marqués tuvo la bondá de acompañarme, y vamo, á fuerza tengo que decirle alguna cosilla por la compañía.

—¿Y á qué vienes á México? le preguntó el virey sonriendo.

—Mi señor pae me dijo: Hombre.... vé, recoge un poquillo de oro, y dentro de unas semanas te vuelve á tu casa.... Con que ya ve uté señó marqué que tengo algun quehacercillo.

A eso vino tambien Cortés, Alvarado y Guzman dijo en voz baja el marqués, y á eso en sustancia vengo yo tambien: y luego, dirigiéndose á Fulgencio continuó: supuesto que á eso te mandó tu padre, no hay mas que obedecerlo. Toma, y vé con Dios, y estoy seguro que con ese taco y esa confianza que tienes en la fortuna, dentro de algunos años has de ser uno de los hombres mas ricos de la Nueva-España. El virey puso en la mano de Fulgencio algunos escudos de oro, y le hizo seña que se marchase.

Fulgencio se dirigió al muelle para procurar modo de volver á bordo y despedirse del piloto Cristóbal pero éste con la verga en la mano registraba cabalmente con la vista á toda la gente, para observar si entre ella estaba el recomendado de su compadre Paco

—Una hora llevo de buscarte, maldecido muchacho, le dijo Cristóbal cuando lo vió.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Nos han recibío grandemente, Cristóbal, le contestó Fulgencio. El gobernador me entregó la llaves, el cura me cantó en la iglesia, y toditos me han traido en las palma de la mano. Ya le dije cuatro cosa al virey, y lo dejo que se marche porque yo tengo que atender á mi negocio.

—Bueno, me alegro de todo, le respondió el piloto, riéndose de la vanidad del muchacho; pero como el compadre Paco me encargó que no dejara de hacerte hombre, tengo que cumplir su encargo. Ven por acá y nos despediremos, porque yo tengo que volverme á bordo.

Cristóbal y Fulgencio se dirigieron á un lugar solitario fuera de las murallas.

—Mira, Fulgencio, le dijo el piloto señalándole la direccion de México, por allí es tu camino, se trabajador y hombre de bien, y harás fortuna. Toma esta poca de ropa y estos cuartos, con lo que te bastará para el camino, que en llegando á la ciudad, no faltará un paisano que te dé la mano. Cristóbal le entregó una maleta con unas cuantas piezas de ropa y algunas monedas de plata. Ahora, continuó, para que te acuerdes de mí y del tio Paco, toma, porque es preciso enseñarte á ser hombre.

Al decir esto aplicó con todas sus fuerzas media docena de vergazos en las espaldas de Fulgencio, de manera que cuando éste trató de escapar dando de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

gritos, ya Cristóbal, con la mayor tranquilidad, le tendía la mano en señal de amistad.

—¡Mal rayo!....dijo Fulgencio dándole la mano.

—Estos latigazos, hijo mio, le contestó Cristóbal, te harán hombre. Conque, adios, y cuando puedas, dá noticias de tí en el puerto, que yo, como los pájaros de la mar, suelo visitar estas playas todos los años en la buena estacion.

El piloto se entró á la ciudad, y Fulgencio, rascándose las espaldas que todavía tenia medio dormidas á causa de los cuerazos, y echándose su maleta al hombro, tomó el camino de México á pié sin recomendaciones, sin parientes, sin saber ningun oficio, sin mas elementos que los que encontraban en esta tierra de promision la multitud de polizones que venian de España, como Fulgencio el chico, sin mas capital que la bendicion de sus padres.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO III.

DE COMO HIZO FULGENCIO EL CAMINO DE VERACRUZ A MEXICO, RECOGIENDO MUCHAS PIEDRAS DE ORO, Y DE LA QUEJA QUE DIO AL VIREY CONTRA UNOS ARRIEROS QUE LO TRAJERON MONTADO EN UNA MULA, HASTA CERCA DE PUEBLA.

Como del exámen que hizo Fulgencio del terreno por donde caminaba, resultó que en vez de oro, no habia mas que pesados arenales semejantes á otros que habia visto en las playas de Andalucía, asaz, mohino y disgustado siguió andando, hasta que lleno de fatiga se entró á pedir alojamiento en una choza, que sin duda pertenecia al pueblecillo que hoy se llama de Santa Fé. Cenó lo que le dieron, y echándose en un cuero de toro que le designaron como cama, colocó la cabeza sobre su maleta, y en breve, el sueño y el cansancio hicieron que cerrase los ojos y durmiese pro-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

fundamente, hasta que la luz del nuevo dia, entrando por la puerta de la choza, que como es costumbre en la costa, habia quedado abierta, le anunció que era hora de levantarse y de continuar su peregrinacion. Pagó, pues, su módico escote, adquirió algunas señas y pormenores del rumbo que debia seguir, y despidiéndose de aquellas buenas gentes, que estaban ya habituadas á ver pasar todos los dias multitud de polizones y de aventureros, continuó su camino con la esperanza de que seria mas feliz que el dia anterior.

Una llanura interrumpida solo con pantanos y cienagas, en parte revestida con un césped tostado por el sol, y en parte erasia y arenosa, no indicaba á Fulgencio ni la mas remota esperanza de encontrar el oro que con ansia buscaba con los ojos, haciendo y deshaciendo camino para examinar todo lo que parecia reflejar el brillo del codiciado metal. En esta fatiga pasó la mayor parte del dia, hasta que el calor del sol y el cansancio pudieron mas que su exaltada imaginacion y su robusta y juvenil contestura. Ya entrada la tarde divisó unas chozas, y sin pensar mas que en concluir la jornada y en saciar el apetito, se dirigió hácia ellas.

Como la hospitalidad de todos los habitantes de México ha sido tradicional, y con especialidad la de los veracruzanos, Fulgencio ninguna dificultad tuvo en encontrar alojamiento, y una cena, compuesta de un sabroso arroz blanco, y unos trozos de excelente

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ternera asada. La colacion no escasa, con que refrigeró su estómago, disipó en parte su mal humor, y le dió fuerzas para continuar al dia siguiente. Muy de madrugada, y evitando la compañía de algunos pasageros que seguian el mismo rumbo, se puso en marcha; de manera que cuando el sol salió, comenzaba á entrar en un país montañoso, donde seguramente deberia encontrar la fortuna. En efecto, lleno de asombro comenzó á notar piedras que ya relucian con un brillo opaco, ó ya contenian partículas amarillas y algo rojizas.

—A Dios gracia, dijo sentándose en una peña, que no me acompaña ya el virey. Vaya un viejo tacaño é insufrible: darme unos cuantos escudos, en esta tierra donde toditas las piedras son de oro: bien podia haberme llenao el saco de doblone para jacer el camino montao en un mulo. Vamo, vamo, Fulgencio, que tú no tiene necesidá de naide. . A recoger piedra y á seguir el camino.

Fulgencio se levantó lleno de animacion, se restregó las manos, miró con sus ojillos alegres la perspectiva de riqueza que tenia delante, y comenzó á trepar por la serranía.

A cada dos ó tres pasos se detenia, y levantaba piedras tras de piedras. Las que eran calizas y de un color blanco, las tiraba diciendo: Estas la dejaremos para lo mexicanos, y las de granito, que segun él, tenian muchas partículas de oro, las echaba en su ma-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

leta y decia: eto é nuetro, y todito este oro es pa lo españole.

Preocupado enteramente con el penoso, pero para el productivo trabajo, se desvió del camino real, de manera, que ya cerca de la noche, con los piés ampollados, rendido de fatiga, sin saber qué rumbo tomar observó con terror, que las sombras crecian, que es, traños ahullidos de fieras se escuchaban por las cavernas de la sierra, y que en toda la estension que su vista podia abarcar, no encontraba ni un ser viviente, ni vestigios que le indicasen la cercanía de alguna habitacion. Sin fuerzas y sin ánimo para nada, se dejó caer, y volviendo los ojos al cielo, se le presentó por primera vez con toda su viveza, el recuerdo de su florida Andalucía, de su pequeño jardin, y del pobre pero cómodo camaranchon que tenia en el cortijo paternal.

—Pa qué diablo fuí yo á salir del castillo de lo García? dijo, y vine á esta soledá, donde acostao en el oro me pueden comer los tigre y los leone. Dios perdone á mi padre y á la mala yerba del tio Paco, que me mandaron con el virey, y mala bomba aplaste al virey, que me ha dejao venir solito.

Comenzaba ya á desesperar de su salvacion, y á llenársele los ojos de lágrimas, cuando escuchó el tintin agudo de una campanilla, y á poco una llegua tordia fué asomando su largo y flaco pescuezo por la quiebra de la montaña: tras de la yegua venian unas

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

mulas rollizas y lozanas, cargadas cada una con un par de barriles de aguardiente, y tras de la recua caminaban cuatro arrieros, muy alegres, cantando y chiflando cancioncillas del país, muy semejantes á las de Andalucía.

El corazon de Fulgencio se abrió á la esperanza; y haciendo un esfuerzo se puso en pié y comenzó á gritar con todas sus fuerzas:

—Paisano, paisanito, eh, paisano, duélase de un viajero estraviao y rendío de fatiga.

Los arrieros torcieron la rienda á sus mulas, y se dirigieron al lugar de donde venia la voz.

—¿Qué demonio está haciendo el paisano en este lugar tan estraviado, le digeron, y por donde no pasan mas que los atajos de las haciendas de Tuzamapa? Esta vereda solo nosotros la conocemos, y aun cuando se corta el camino, nadie se atreve á pasarla, por las muchas barrancas y precipicios que tiene.

—Vengo e Veracrú, paisano. y rejuntando por curiosidad unas piedrecilla, trepé de cerro en cerro, y perdí el camino, pero aquí está ya el hijo de mi madre, y les hará el favor de acompañarlos pa que naa les susuceda.

El que parecia mayordomo de los arrieros, se echó á reir al notar el garbo y desparpajo del muchacho, y mandando traer una mula que venia sin carga, lo colocó en elaparejo, y así siguieron caminando todavía un

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

largo rato, hasta que ya muy entrada la noche, hicieron alto en una cañada que formaban dos grupos de cerros.

Fulgencio prosiguió su camino en compañía de los arrieros, hasta las cercanías de Puebla, mejor avenido con el ancho aparejo de la mula que le habian designado, que con la ruda fatiga que en el principio de su viaje habia tenido, andando á pié leguas que le parecieron de doble dimension que las de su tierra. No por venir en compañía de los nuevos amigos, se descuidó de su pricipal ocupacion, pues mientras éstos ordenaban el hato, y echaban de comer á sus mulas, Fulgencio se hacia el perdedizo por un momento, y regresaba con los bolsillos llenos de piedras, de manera, que en pocos dias su maleta se habia llenado completamente. Los arrieros, á su vez, se divertian con escuchar las historias que el muchacho les referia, del valor, y de la nobleza de su padre, del grande influjo que ejercía en el puerto de Cádiz, el tio Paco, y de los agasajos que el virey y el piloto Cristóbal Colon, le habian hecho en la navegacion. El Sr. virey en personita, decia Fulgencio, cuidaba todito los dias, de darme mi vaso de vino, y mi lonja de pescao.

Poco antes de llegar á Puebla, Fulgencio se encaró con el mayordomo de los arrieros, y metiendo sus dos manos en los bolsillos, y meneando á compás la cabeza y pierna derecha, le dijo:

—Tio Marcelo, ya nos hemo tragao muchas leguas ¿no es verdá?

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Y todavía nos falta la tercera parte del camino, le contestó el arriero.

—Pues bien, parece justo que arreglemo nuestra cuenta.

Marcelo creyó que el muchacho, queria pagarle el flete de la mula en que habia caminado, y la comida de que habia participado, y como jamás fué su intencion el cobrarle nada, le volteó la espalda con desenfado.

¿Qué cuentas hemos de arreglar, Fulgencio? no es nada, nada, pues estamos acostumbrados á esto, los que hacemos viajes de México á Veracruz.

—No hay que volver la asentaderas, tio Marcelo, ni que echarla de guapo.

—¡Vah!, dejemos eso, Fulgencio, no hay en esto generosidad, sino costumbre.

—¡Cómo! esplíquese bien, tio Marcelo, ¿conque se acostumbra en las Indias no pagá el trabajo? Diga, diga sin andarse con delicadeza, cuánto reale me debe?

Marcelo volvió la cara lleno de asombro.—¿Cómo, qué dices Fulgencio? le preguntó.

—Lo dicho, tio Marcelo, ¿cuánto reale me ha de pagá?

—¿Yo pagarte? interrumpió Marcelo.

—Clarito, ¿pues cuánto vengo yo ganando por venir enorquetao en el mulo?

—¡Tuno, bribon! dijo Marcelo.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Mi trabajo, y naa má: clarito, replicó Fulgencio acercándose á Marcelo.

—Mira, no te doy de palos, porque sé que eres andaluz, y como todos ellos, desagradecido y papalon; pero ahora mismo te marchas de aquí con tu talega de piedras, que le ha hecho ya una matadura á una de mis mejores mulas: largo, largo antes que yo haga una de las mias.

Fulgencio vió tan enojado y decidido al arriero, que cargó su maleta y echó á andar por el camino real.

—¡Canalla de indio y de negro! con todita razon son esclavos, dijo en cuanto se alejó un poco. Me contuve, pero si me he dejao llevar de mi génio, de una mordía acabo con los arriero y con todito el atajo. Despues que le he hecho el favor de caminar en su mula, no me ha querío pagá, y me ha robao el endino. Yá se lo diré al Sr. virey.

Ese dia, Fulgencio tuvo que hacer su jornada á pié, cargando su maleta llena de piedras, pero como no habia gastado sus escudos, fácil le fué encontrar alojamiento y comida.

Al dia siguiente del tremendo pleito con el tio Marcelo, una nube de polvo, y mucho ruido, anuncio á Fulgencio que una gran cabalgata venia por el camino. Se hizo á un lado, y observó que era la comitiva del virey. Gritó hasta desgañitarse, pero como por el ruido de los caballos y la violencia con que

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

iban todos los caminantes, no pudo ser escuchado, aquella cabalgata pasó sin hacerle caso, y él tuvo que continuar su camino á pié, pensando, á pesar de la fatiga que esperimentaba, que los arrieros le habian robado el precio del enorme trabajo que habia emprendido al hacerles el favor de caminar en la mula que le habian prestado. Fijo en esta idea, hizo cuantos esfuerzos pudo, y en efecto, llegó al mismo parage donde se habia detenido el virey para hacer su entrada pública en Tlascala. En esa misma noche le fué imposible acercarse á la noble persona del marqués; pero en la mañana siguiente, con un aire de desembarazo y de confianza, como si fuese de la casa, logró acercarse al virey al tiempo mismo que éste montaba en el coche para continuar su camino.

—Justicia, señor virey, dijo Fulgencio doblando una rodilla, quitándose una vieja y raida casqueta, é inclinando la cabeza con el aire mas compungido y sumiso.

—Vamos, retírate, no estorbes el paso, dijo el virey algo amostazado.

—Justicia, señor virey, justicia, volvió á esclamar Fulgencio.

—¿Qué se ofrece? ¿quién eres? levántate y habla.

—Soy el mismo de Cádiz y el mismo de Veracrú, señor virey.

—Singular respuesta, dijo el virey dirigiéndose al

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

justicia mayor del pueblo, que permanecia junto al estribo del coche.

—El mismo que vino en compañía de ucencia, prosiguió Fulgencio, poniéndose en pié y levantando la cabeza.

—Vaya, dijo el virey con buen humor, debí haberte reconocido por el trage y la voz, tú eres el andaluz pariente de Adan, que se me presentó en Veracruz. Bien. . . . despáchate pronto. . . . ¿qué se te ofrece?

—Me han robao, me han robao.

—¡Pobre muchacho! esclamó el virey, te quitarian acaso los escudos que te dí, ¿no es verdad? ¿Qué dice usted de esto, señor alcalde? prosiguió. Apenas acabo de entrar en el reino, cuando ya comienzo á oir quejas de los desórdenes. ¡Cuenta con que en el momento que llegue yo á México, mandaré que os reduzcan á prision, y si el caso lo requiere, que os ahorquen si no parecen los ladrones que han robado á este muchacho.

—Señor virey, contestó el alcalde poniéndose pálido; si vuecencia me manda ahorcar, obedeceré, pues soy fiel súbdito de su magestad, pero podria jurar qué no hay un solo ladron, desde el real puerto de Veracruz á esta ciudad: oro molido se puede tirar con la mas completa seguridad.

—Pues el justicia dirá lo que quiera, señor virey, pero á mí me han robao, interrumpió Fulgencio.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—¿Y quién te ha robado? habla, esplícate, continuó el virey, porque este es un caso muy grave, y yo no permitiré. . . .

—Unos arriero.

—¿Unos arrieros? interrumpió el alcalde. ¡Imposible! Si es la gente mas honrada de todo el reino. conducen dinero, alhajas, y toda clase de efectos muy valiosos, y en cuarenta años que hace que resido en el país, no he oido decir que los arrieros se hayan robado ni una sola hebra de seda.

—Pues todito eso será muy cierto, insistió Fulgencio, pero á mí me han robao, señor virey.

—No lo dudo, no lo dudo, señor alcalde, dijo el virey con mucha seriedad: este muchacho no puede mentir, y ya veremos cómo parecen, no solo los ladrones, sino tambien el robo. En el acto mandará usted, señor aldalde, que sean desterrados y reducidos á prision todos los arrieros que se encuentren en el camino.

—Pero señor virey, dijo el alcalde con la voz muy cortada; es imposible que los arrieros hayan robado, ni á este muchacho, ni á nadie. Las personas que están aquí pueden decir si los arrieros son la gente de mas confianza y seguridad de la Nueva-España. Tenga V. E. la bondad de ordenar que este muchacho nos refiera algunos pormenores, y nos diga en qué consistió su robo, y yo prometo á fé de Pedro Car-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

rasco, que antes que V. E. llegue á México, los ladrones estarán castigados.

—Nada mas justo, señor alcalde, respondió el virey. Vamos, muchacho, esplícate, y cuenta con franqueza lo que te ha pasado.

—Fulgencio se rascó la cabeza, miró á toda la concurrencia que habia acompañado al virey hasta el estribo del coche, y haciéndose el ánimo de hablar clarito, como él decia, se encaró con el alcalde.

—Por el nombre de Fulgencio García, que me dió mi señor padre, que lo que digo es la purita verdá. Verá uté, señor virey. Yo estaba recostao, debajo de un árbol, cuando ví llegar una yegua torda, y tras de la yegua torda, unos mulos, y tras de los mulos, otros mulos, que eran los arriero. Yo nadita les pedí, y ellos me montaron en un mulo, aparejao, y dia con dia, he venido trabajando, hasta aquí cerca.

—¿Y en qué has venido trabajando? le preguntó el alcalde Carrasco.

—¡Toma! en venir encima del mulo, pero acabaré mi queja. Como decia, señor virey, aquí cerca les pedí que me pagaran.

—Que te pagaran, y ¿por qué? preguntó el aldalde.

—¡Toma! señor alcalde, todito lo que he ganao, por venir montao en el mulo! no quisieron darme naa, y me han robao: ahí está el cuento.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—¿Y esa es toda tu queja? le preguntó el virey conteniendo la risa.

—¿Y qué mas? señor virey.

—Señor alcalde, me pone V. en el acto en la cártel á este muchacho, por embustero y por calumniador: y si lo encuentra V. justo, como lo encontrará, puede V. mandar que le den veinticinco azotes.

—Señor virey, observó el alcalde, he oido que se llamaba García, y como todos los Garcías son nobles, la pena de azotes....vuesencia sabe, que por las paternales y benéficas leyes de nuestros amados y augustos soberanos, el castigo de azotes, es solo para los indios, y para los plebeyos

—Es verdad, contestó el virey, pues entonces es necesario imponerle otro castigo.

—Señor virey, interrumpió Fulgencio, lo mejor será, salvo el parecer de usencia....

—¿Qué será mejor, terco embustero?

—Que usencia me lleve á México, y allá....

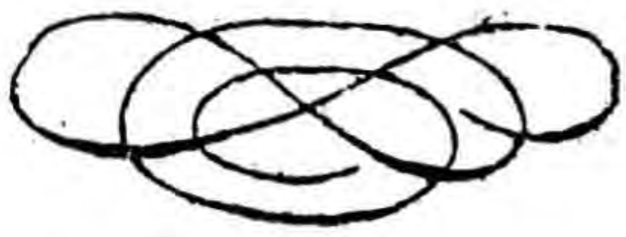
—Y allá vayas á querer que te pague yo, por el trabajo que voy á tener de caminar en coche.

—Señor virey, la cosa no es lo mismo, los arrieros y los plebeyos, deben pagar hasta por dar lo buenos dias, á los que nos llamamos García, y los García, debemos servir de rodilla, al virey.

—En el fondo, dice bien este muchacho, repuso el virey, pero la ocurrencia ha sido peregrina. El virey

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

sonrió al decir esto, y el alcalde y los demas asistentes, tuvieron que sonreir tambien. El virey se despidió de todos y montó en el coche. Al partir las mulas, sacó la cabeza por las portañuelas, y dijo:—Que acomoden por ahí á ese muchacho, en la tablita de uno de los coches de mi comitiva.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO IV.

De las sabrosas frutas que comió Fulgencio en la ciudad de Mexico, y de como halló acomodo en la casa de los hermanos Aguirrevengurren.

Fulgencio, sin separarse de su pesada maleta de piedras, fué acomodado en la hamaca de uno de los carruages, que componian la comitiva del virey, y cernido, magullado, y confundido entre las cajas de vino y tompeates de víveres, llegó á la villa de Guadalupe, donde toda la servidumbre, devia hacer alto hasta que el marqués llegase, y fuese recibido segun costumbre, y el ceremonial de entonces. Por mas esfuerzos que hizo Fulgencio, le fué imposible que los criados consintieran en que permaneciese allí, sino que lo despacharon á México, temiendo sin duda que el buen carácter del polizon, llamara la atencion del marqués, y lo convirtiera tal vez en su favorito, con

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

perjuicio de los que desde España, venian haciendo méritos, en solicitud de tal favor. Fulgencio, renegando, echando truenos. y prometiendo pedir justicia al virey, tuvo que obedecer, y se puso en camino, cargando su tesoro, y resuelto á comenzar en las Indias una vida espléndida é independiente.

Luego que llegó á la ciudad, recorrió sus principales calles, y se dedicó á comprar lo que necesitaba.

—Paisano, dijo al entrar en una tienda de ropa, deseo lo mejor que haya, para un vestido completo, por que éste se ha gastao un poquillo con el viaje.

El tendero se lo quedó mirando, y dudaba si entraria ó no en trato, pero al fin pensó, que pues el muchacho pedia con tanto garbo los efectos, tendria lo bastante para pagarlos.

—Vaya, paisano, aquí tiene V. diversos efectos.

—Nada, nada, dijo Fulgencio, rechazando los géneros, todito eso no vale un ardite, paño, paño de San Fernando, es lo que necesito, y que sea igualito al de la capa de mi padre.

El tendero no sabia qué hacer, ni qué pensar; pero por fin se resolvió á bajar una pieza de un paño verde botella.

—Café, café oscuro, dijo Fulgencio, no he dicho que lo quiero igualito á la capa de mi padre?

—Paisano, como yo no sabia de qué color era la capa de su padre. . . . pero ahí tiene V. una pieza co-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

mo la deséa..... Vale 40, cuarenta duros la vara.

—¿Y qué tenemos con eso?.... corte V. lo que sea necesario para un vestido completo.

—Aunque supongo que tendrá V. con que pagar... bueno será.... todo ello importará, unos ciento cuarenta duros.

—Como usté guste, paisano.... lo mismo me da á mí.... Fulgencio se inclinó á su maleta que habia colocado en el suelo, la abrió, y sacando tres ó cuatro piedras, las echó con garbo sobre el mostrador diciendo:

—Páguese usté paisano con esas piedrecilla de oro, y si algo sobra, déme vuelto algunos cuartos.

Los cajeros se agruparon, y soltaron la carcajada de risa.—¡Cómo! ¿Es posible que haya creido el paisano los cuentos que refieren en la Península?

—Qué cuentos ni que alforjas, dijo Fulgencio mohino, ni sé que esto sea cosa de risa. Yo he recogío en el camino algunas piedras de oro.

—Pues esas piedras no son mas que piedras comunes que nada valen, paisano. En México hay en verdad piedras de oro y de plata; pero esas están en los minerales á mucha profundidad, debajo de la tierra, y es menester sacarlas, beneficiarlas, y despues amonedar la plata y el oro que resulta de ellas.

Fulgencio quedó como petrificado con esta esplica-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cion.—¿Conque, es decir, esclamó, que todo este talego nada vale?

Si todas las piedras son como esta, nada vale.

—¿Me jace usté el gusto de ver todo el talego?

—Y cómo que sí, paisano.

Fulgencio alzó la maleta, y la vació en el mostrador. Entre las piedras habia efectivamente algunas que brillaban mucho, y los tenderos las voltearon de todos lados, y las miraron contra la luz.

—Algunas de estas piedras, paisano, tienen cobre, pero las demas son lo mismo que las que están en los empedrados de las calles.

—Con que, es decir, volvió á esclamar Fulgencio, que yo naa tengo, y he venido cargando de valde este maldito talego?. . .

—Paisano, usted acaba de llegar de España, ¿no es verdad?

—Hace un cuarto de hora, paisano.

—¿Y á quién conoce usted en México?

—A naide.

—¿Y á quien viene recomendado?

—A naide.

—¿Y tiene usted algunas monedas?

—Unos cuantos cuartos. Fulgencio sacó del bolsillo las monedas de oro y plata que le quedaban.

—¡Bah! dijo el cajero, con menos de eso viví yo un mes cuando vine, hace diez años. No hay que

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

afligirse, paisano. Dios es grande, y la América rica. Lo que hay que hacer, es gastar muy poco, mientras se encuentra acomodo.

—¿Y dónde tengo de buscar ese acomodo?

—¡Bah! en el comercio. No hay mas que ir de puerta en puerta, que ya saben que los polizones son gentes de honra y provecho. Entre tanto, es menester buscar un meson para pasar algunos dias.

Fulgencio, abatido, descoyuntado como si hubiese recibido un golpe eléctrico, bajaba la cabeza y los ojos, y no tenia ni aliento para responder. Todas sus ilusiones, respecto á las riquezas fabulosas de las Américas, se habian desvanecido en un momento, y sus sueños de oro se le habian convertido en un monton de tierra y de piedras, que los cajeros tiraban á la calle, sacudiendo el mostrador, y guardando solo cuatro ó cinco trozos que tenian algunas partículas relucientes de cobre.

—Con que á fuer de españoles, dijo Fulgencio mirando que tiraban las piedras á la calle, nadita vale todo esto.

—Nada, paisano, le contestaron los cajeros, y no piense mas en ello. Vale mas que cobre ánimo, y que antes que se le acaben esas monedas, camine á buscar en que ganar la torta. Aquí somos muchos, y el amo no recibirá ya mas gente, pero no será así en otras tiendas.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Paisano, gracias, gracias, dijo Fulgencio tristemente.... Pero ¡qué diablo! esclamó despues recobrando todo su brio y buen humor, ¡quién dice miedo! ya veremos paisano como llego con el tiempo á tener montones de piedras de verdadero oro.... Que Dios os guarde paisano, y hasta mas ver.

—A todos los que venimos nos sucede este chasco, dijo el cajero á sus compañeros. En España creen que no es mas que llegar á América, y recoger montones de oro, cuando lo cierto es que cuesta mucho trabajo ganar la torta, y guardar unos cnantos maravedís.

Fulgencio se salió de la tienda, y muy tranquilo y conforme ya con el cambio repentino de su situacion, pensó en buscar un acomodo. Se dirigió maquinalmente al Parian, y entrando por una de sus callejuelas alzó la cara, y lo primero que vió fué un letrero arriba de dos puertas, que decia: *Aguirrevengurren hermanos.* Como hemos dicho que Fulgencio no sabia leer de corrido, comenzó á deletrear, sin quitar la visto del rótulo, hasta que á fuerza de trabajo y de paciencia, logró saber lo que decia.

—Vaya un nombre facilito, dijo, nadita ha faltao pa que me lleve toito el dia deletreando.

—Queria algo, paisano? dijo desde la puerta alguno que oyó el soliloquio de Fulgencio.

—Paisano, usté es el dueño de la tienda?

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Yo no, paisano, pero no tardará en bajar el amo.

Fulgencio esperó.

A poco bajó á la tienda un hombre gordo, muy entrado ya en los cincuenta, de muy baja estatura, con una nariz que terminaba en una media esfera, encarnada, ojos muy pequeños, sombreados por unas espesas y negras cejas, que parecian dos retazos de un cepillo de botas. Un virrete negro, encajado hasta las orejas, le cubria una espaciosa calva; mas á pesar de lo tosco, y aun deforme de sus pasiones, su boca rasgada con un par de hileras de dientes todavía blancos, espresaba la bondad y franqueza, que tambien se habria podido notar en los ojos, á no impedirlo la sombra que proyectaban en ellos las erizadas cejas y sus gruesas pestañas.

—¿Qué quiere este mentecato? dijo el amo luego que vió á Fulgencio.

—Paisano, si uté no lo lleva á mal, quiero un acomodo, contestó Fulgencio.

—Acomodo, ¿y de qué? preguntó el amo con una voz un poco áspera y regañona.

—De lo que usté guste, paisano.

—¿Sabes escribir?

—Vea usté, lo que es eso, no he comenzao todavía.

—¿Sabes leer?

—La verdá, no sé todavía leer muy de corrío; pero con algun trabajillo, leeré todo lo que usté quiera...,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Toma, he leido ese nombre que está arriba de la puerta.... y con eso se dice todo.

—El nombre, el nombre, gruñó el amo, es el mio, y ninguno tiene que ver si es largo ó si es corto. Ese fué el nombre de mi padre, y basta. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Fulgencio García, y con decir Garcia, se dice todo. Entre nuestra familia ha habido mas condes y reyes, que pelo tiene su merced en las cejas.

—¡Demonio! esclamó Aguirrevengurren riendo.

—Como usté lo oye, prosiguió Fulgencio.

—¿Y de dónde eres tú?

—De Andalucía, para servir á usté, casi del merito Cádiz.

—¡Demonio! volvió á decir el amo. Todos los andaluces son el diablo de habladores y de vanidosos. Bueno, si quieres quedarte en la casa.... ¿Qué dices, Romero? continuo, dirigiéndose al dependiente, que era la persnoa que habia hablado primeramente con Fulgencio.

Romero tenia una figura, que formaba un contraste marcado con la de su amo. Era alto, seco, pálido, con muy escasas cejas, con tres ó cuatro dientes en la boca, y mas de sesenta primaveras en todo su enjuto cuerpo,

—Patron, tenemos necesidad de un muchacho que barra la tienda y que traiga la comida, y este pillo

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

parece fuerte y bueno; pero si no es bueno, lo podremos enderezar con unos cuantos palos.

—Ya ves, Romero se encarga de tí, y puedes quedarte desde hoy, si gustas: tendrás cuatro duros cada mes, la casa y la comida.

—Paisano, hablemos claro. Yo me quedaré, y tendrá usté un mozo, que no lo encontrará mejor ni mandao jacer; pero he de ganar lo menos diez duros cada mes y un vaso de vino en la comida. Si la perla acomoda, bien, y si no, á noramala, no hay naa perdío, que al fin, luego que venga el virey....

—¡Insolente, avariento! apenas llegas, y ya quieres ganar diez duros. ¿Qué dices, Romero?

—Que es un avariento, repitió Romero.

—En cuanto al vino.... ¡bah! te daré un poco, dijo el amo, y cinco duros.

—Paisano, hasta mas ver, dijo Fulgencio dando la vuelta y siguiendo su camino por la callejuela.

—¡Pícaro! esclamó Aguirrevengurren, apenas pisa la tierra, y ya quiere juntar montones de dinero. ¡Diez duros! No los vale ni él ni toda su generacion. ¿Qué dices, Romero?

—El muchacho es fuerte, y si él quisiera acomodarse por seis pesos, el patron haria bien en tomarlo.

—El volverá, él volverá, porque acomodos de á seis duros, no se encuentran fácilmente en México.

Fulgencio, confiado en las monedas que tenia, fuese á buscar un meson, decidido á pasear unos cuantos

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dias á sus anchas, y esperar, entre tanto, la entrada del virey, con cuya amistad y proteccion creia contar.

Creyendo con una fé digna de los primeros apóstoles, en su porvenir de riqueza, el muchacho andaluz, en vez de economizar, como se lo aconsejaron sus paisanos los cajeros de la tienda, comenzó á votar á sus anchas su pequeñísimo capital, perdiendo la mayor parte de él, en jugar á la pelota con otros polizones que por ociosos y altaneros corrian la luna en la ciudad, y no habian podido encontrar colocacion. A los ocho dias de holganza, no quedándole ya mas que unos cuantos cuartos, se decidió á aceptar el salario de cinco pesos que le habian ofrecido los hermanos Aguirrevengurren, y se encaminó al Parian, entrando antes, y como de paso, al mercado del recaudo y de la fruta. Comenzó á recorrer los puestos y á hacer preguntas á los indios vendedores, hasta que llamó su atencion un puesto que tenia frutas para él desconocidas: eran piñas, ahuacates y ciruelas. Compró una piña, sacó una gran navaja que le habia regalado entre el equipaje el piloto Cristóbal, y se sentó en un poste á comer grandes tajadas: los que pasaban, y observaban al andalucito, comiendo con un verdadero placer una piña con cáscara, sonreian, porque estaban ya acostumbrados á ver á los forasteros cometer estos equívocos gastronómicos; pero no faltó una alma caritativa que advirtiera á Fulgencio que lo mejor era quitar la cáscara á la fruta, y comer lo de adentro.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Gracias, paisano, contestó Fulgencio. Es verdad que me escuece un poco el lábio, pero ya remediarremos el mal. Compró entonces ahuacates, y quitándoles toda la carne, comenzó á cortar tajaditas del hueso, y á marcarlas con su fuerte y blanca herramienta. (1)

—El diablo de la frutilla no es muy agradable, dijo, tirando al suelo hueso y carne, y es mejor cometodo lo que Dios ha criao, sin quitarle nada. Compró entonces ciruelas, y engulló con todo y huesos algunas de ellas: se encaminó en seguida para la casa de Aguirrevengurren.

—Patron, estamos conformes y arreglados, dijo entrando á la tienda. Me tiene usté todito entero, y serviré á usté de rodillas: conque, cinco duros, el vino, y buena racion de comida.

—¿Qué diablos te ha sucedido, que tienes la boca que ya te revienta? le contestó el patron luego que lo vió.

—No es nada, una maldita frutilla muy dulce; pero algo picantilla, que comi en el mercao.

—Este muchacho tiene la boca inchada, ¿que te parece Romero?

—Romero se acercó á Fulgencio, le examinó la

[1] Al que parezca esto exagerado, puede consultar un diccionario formado por varios literatos españoles, é impreso en Madrid, que al definir el ahuacate, entre otras cosas dice: que es una fruta de América, muy sabrosa, que se pela, y quitándole toda la parte carnosa, se come el almendro.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

boca, y volviéndose á su amo, con la mayor gravedad, le respondió.

—El muchacho tiene la boca inchada.

—Bien, ya me figuraba yo que debias venir, continuó. Aguirrevengurren, satisfecho con la aprobacion de Romero, y respecto al estado que guardaba la boca de Fulgencio, porque no estan muy abundantes en América los destinos de á cinco duros cada mes. Te quedarás desde ahora. ¿Qué te parece Romero?

Romero hizo seña con los ojos, que le parecia bien y desde ese momento quedó ya recibido en la famosa casa de comercio, en calidad de criado de escoba, el muy noble é ilustre vástago de la casa de García

En ese dia como habia pasado ya la hora de la comida, Romero dió una peseta á Fulgencio para que fuese á comer á la calle, y le previno, que volviese á las siete de la noche. Fulgncio se fué á la calle, gastó su peseta en nuevas y dañosas golosinas, y á las siete de la noche volvió á la tienda; pero llegó con trabajo.

—Me muero, me muero, no se que siento, dijo, dejándose caer en un tercio de jerga, que estaba junto del mostrador.

—¡Demonio! exclamó Aguirrevengurren, saltando del mostrador, y dirigiéndose á donde estaba el muchacho, que hipando y lleno de fatiga parecia tener ya muy pocos momentos de vida. Suda frio, y no

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

puede respirar, díjo el amo tentándole la frente y los carrillos. ¿Qué te parece Romero?

Romero á su vez saltó del mostrador, reconoció al paciente, y volviendose á su amo, con su seriedad de costumbre, le contestó.

—Suda frio, y se muere.

—¡Demonio! corre por el doctor, y ven con él antes de que reviente este muchacho

Romero tomó su sombrero y salió en busca del medico. A poco rato, regresó acompañando al doctor, que venia como era de costumbre; montado en su mula; vestido de negro y con su espadin ceñido.

—¿Quién es el enfermo? preguntó.

—Este diablo de mancebo, que se ha rellenado de fruta en la plaza.

El doctor, pulsó al paciente, y le reconoció el vientre.

—Pronto, papel y tintero, porque está muy grave El doctor recetó, Romero corrió con cuanta velocidad se lo permitian sus flacas piernas y su pacifico carácter, y el doctor se retiraba diciendo:

—Si para cuando venga este vomitivo, no ha reventado, hay esperanza.

—Demonio, ¿pues qué va ya á reventar? preguntó alarmado Aguirrevengurren. No hay que separarse de aqui Doctor, esperaremos que venga Romero.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Romero tardó menos de lo que era de esperarse, y habiendosele administrado en la trastienda el vomitivo al desgraciado Fulgencio, al fin con un trabajo tal que hasta el Doctor mismo lo tuvo por muerto, logró arrojar las cascaras de una piña entera, los fragmentos de un hueso de ahuacate y algunas docenas de huesos y ollejos de ciruela. El muchacho quedó con esto sosegado, y á poco concilió un macjso sueño del que no desperto sino á la mañana siguiente.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO V.

DONDE SE DICE QUIEN ERA AGUIRREVENGURREN Y SU DEPENDIENTE: DE COMO HACIAN EL COMERCIO, Y DE LA VIDA METODICA Y ARREGLADA QUE TENIAN LOS RICOS DE OTRO TIEMPO.

No será inútil dar al lector alguna idea de los comerciantes que habia en la metrópoli de la Nueva-España, en la época en que llegó en busca de fortuna nuestro noble polizon.

Los hermanos Aguirrevengurren, eran, aunque de apellido vizcaino, nacidos en Galicia, donde habia ido su padre en calidad de mayoral de una dehesa, y su madre en la de nodriza de una familia rica. Los hermanos Aguirrevengurren, eran gemelos ó coates, como decimos nosotros. El uno se llamaba José Pascacio, y el otro, Pascacio José. Ambos tenian la misma nariz encarnada, las mismas cejas y pestañas cerdozas,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

el mismo cuerpo, y la misma gordura: dos gotas de agua, no se parecerian mas.

Apenas tuvieron veinte años, cuando el padre, que ya estaba viejo y achacoso, no quiso dejar á su prole sin carrera ni educacion, y los envió á las Indias, que ésta fué por muchos años la educacion y la carrera que infinidad de familias pobres daban á sus hijos. En cuanto á los que tenian valimiento, acomodaban á sus hijos de escribanos, de curas, de canónigos, de lo que podian. Desde el portero de la oficina, hasta el virey, todo habia de venir de España, y esta es una de las quejas que con mas lástima han exhalado los oradores cívicos por muchos años, en el glorioso diez y seis de Setiembre. El leon de las Españas, era en efecto tan voraz, que no dejaba ni un hueco para la flaca águila de los aztecas.

Los dos gemelos, como hemos dicho, recibieron, como único haber para su viage, la bendicion paternal, y todavía, mas mimados que nuestro pobre García que vino á la buena de Dios, trajeron una carta para un canónigo que era su pariente lejano. En cuanto llegaron á México, proporcionó destino á sus dos parientes: al uno lo envió en la nao de Filipinas, y al otro lo puso de cajero en una tienda mestiza. Al separarse los dos hermanos, celebraron una compañía, y quedó estipulado, que si algun dia, como esperaban, llegaban á ser ricos, la mitad de lo que cada uno tuviese, seria del otro; que la firma seria, Aguirrevengurren herma-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

nos, y que si tenian tienda, cualquiera que fuesen los efectos que se vendiesen, y capital que se girasse, habia de tener un letrero que dijese: *Aguirrevengurren hermanos.* Con estas condiciones, y un estrecho abrazo, José Pascacio marchó para Acapulco, y Pascacio José para la tienda de la esquina de Provincia; todo ello con gran placer del viejo canónigo, que se vió desembarazado del incómodo cargamento que de improviso le habia llegado de la Península.

Al cabo de treinta años de paciencia, de trabajo y de economía, José Pascacio se hallaba establecido en el puerto de Cavite, en Filipinas, donde tenia una famosa tienda, con un rótulo que decia: *Aguirrevengurren hermanos*, y Pascacio José poseia en el lugar mas concurrido del Parian, una tienda de ropa, quizá la mejor surtida de México; y como hemos visto, tenia tambien su correspondiente letrero, que con tanto trabajo leyó el polizon andaluz, que es el primer heroe, ó mejor dicho, el padre y orígen de otros héroes que verá el curioso lector figurar en esta verídica historia, si tiene la paciencia de ir leyendo los capítulos que seguirán.

A los que todavia tienen créditos procedentes de los daños causados por la demolicion del Parian, dejo el cuidado de que escriban algunas investigaciones arqueológicas, á mí me basta indicar que en cierto tiempo, ocurrió no se á quienes, la idea de desfigurar la magnífica y espaciosa plaza mayor construyendo un

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

edificio cuadrado ó cuadrilongo, de un piso y medio, que daba uno de sus frentes al portal de Mercaderes, otro al palacio: de sus dos costados, el uno daba á las casas municipales, y el otro á la ancha avenida que forman el Empedradillo, y la Catedral, y que se conocia con el nombre de plazuela del Marqués del Valle.

Este edificio que contenía dentro de él, otro edificio cuadrado con dos órdenes de tiendas, una calle en el centro, y otras mas angostas en los laterales, era donde á semejanza de lo que se acostumbraba en Manila, y algunos puertos de China, se habia concentrado todo el comercio español. Nada de aparadores, ni de grandes cristales, ni de elegantes mostradores de Caoba, ni de bufetes para escribir de pié, y con incomodidad, ni enrejados, ni reglas de rodillo, ni navajas para raspar, ni enormes letras con las esquinas de laton, todo esto que forma hoy la parte cómica del comercio, no se conocia en los tiempos de bienandanza de que vamos hablando: las tiendas por lo comun de dos puertas, tenian un tosco mostrador de cedro, y unos armazones de madera de pino ó de oyamel, sin pinturas, dorados, ni vidrieras, donde estaban colocados con órden y simetría los diversos géneros que se vendian; en el centro del armazon, y en la parte mas elevada, regularmente habia un cuadro de madera con embutidos de concha ó de plata, que contenia una imágen de la Vírgen de Guadalupe, de Señor San José, de San

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Cayetano, ó de otro santo de la devocion del propietario. Cada dia del mes señalado para conmemorar al santo patron de la tienda, se le encendian dos velas de cera, que se colocaban en dos arbortantes, y se adornaba el marco con algunas flores de papel, que constituyen todavía en el mercado del portal, por lo raro de ellas, otras tantas especies nuevas, que ni Lineo, ni De Candolle habian podido clasificar.

En lugar de los dependientes almibarados de retorcido vigotillo; de relox de Losada, y de sacos de *Charvicué* y de *Godard*, que se recrean con las lindas marchantas, y que les trasladan el almacen entero á los coches, á pesar de cuantos peligros ha encontrado en esto el sábio viajero Chevallier, no se encontraban, entonces sino mocetones rollizos, con unos carrillos encarnados, con una diccion cerrada y á veces ininteligible, con sus grandes chaquetones de paño burdo, sus zapatos de becerro á raiz del pié, y sus camisas de cotonada, que tiesos, con uno vara de medir en la mano, parecida á una viga de escantillon, esperaban á los marchantes mas bien con un aire de conquistadores, que no con el de obsequiosos comerciantes. Eso sí (dicen todavía nuestros viejos conservadores) qué honradotes, y qué campechanos; pan pan, vino vino, y no dában el paño ni la sarga podridas, y el paño de S. Fernando, de que queria vestirse nuestro polizon valia por todos los *Bonjeans* y *malatrofs*, que hoy nos encajan los franceses á peso de oro, y ademas las

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

señoras y las niñas, podian ir al comercio con toda seguridad. Ya se habria guardado entonces un cajero polizor, de decir á una niña, ¡qué lindos ojos tienes! porque á China, habria ido a contar el cuento, en fin, esos tiempos eran como todos los pasados, mejores, y son el recuerdo, á la vez que la pesadilla de los pocos viejos que todavía los alcanzaron.

El cajon, pues, de los hermanos Aguirrevengurren era el de mas fama en el Parian; todo lo que se necesitaba para el lujo de entonces se encontraba allí de la mejor calidad: era tan popular el establecimiento mercantil, que cuando se cansaban las gentes de buscar un efecto y no lo encontraban en otras tiendas, decian: "No hay que cansarse y vamos en casa de los Vengurren y encontraremos todo lo que se necesite." En el frente del armazon estaban colocadas las telas de seda, los tejidos de lama de oro y plata y los damascos de china: en la derecha los *anascotes*, *las estameñas*, *los rompecoches y las sempiternas;* y en la izquierda los listados de Flandes, las estopillas, *los caserillos*, *los cañamazos*, *los bramantes floretes*, *y otros*, *y otros* muchos lienzos blancos ó pintados que son hoy totalmente desconocidos en el comercio. En los rincones de la tienda por apéndice ó adicion habia algunos frascos de azogue, algunos barretones de fierro de Vizcaya, y unos cuantos tercios de jerga y jerguetilla del pais. Un Señor San José de la primera época de Murillo engas-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tado en un ancho marco de plata era el patrono de la tienda, y el hermano José Pascacio tenia otro absolutamente igual en la tienda de Cavite. Aunque el edificio del Parian era de un solo piso, Aguirrevengurren, hermanos, como acaudalados y pudientes que eran, habian logrado levantar un poco el techo y hacer una trastienda y un tapanco, con cuyas mejoras tenian cuanto habian menester. El otro hermano habia hecho igual cosa en la tienda de Cavite.

Pascacio José Aguirrevengurren, ó Vengurren, como por abreviatura le decian sus marchantes, y le diremos nosotros en lo de adelante, tenia en el local que hemos descrito, su hogar, su tienda, su caja, su palacio, su recreo, su mundo todo entero y verdadero, con cuanto de bueno y de maravilloso encierra de uno á otro polo.

Policarpo Romero, que era su dependiente, hacia veinte años que le servia en el cajon de ropa con el sueldo, primero de diez, luego de quince, treinta, y finalmente, de ochenta pesos cada mes, que era estraordinario, casi fabuloso en aquellos tiempos: dependiente y patron se habian congeniado de tal manera, que en todo ese tiempo *ni un sí ni un no*, como se dice vulgarmente, habia habido entre ellos.

El equipaje de Romero se componia de un colchon de lana, dos pares de sábanas, dos pares de camisas y cuatro pañuelos paliacates. Mientras se ensuciaba una

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

muda en el espacio de quince dias iba la otra á la lavandera. A este equipaje que de dia permanecia guardado debajo del mostrador, le añadia un par de toscos zapatos de becerro que le renovaba un remendon, poniéndoles ya la puntera, ya un parche en el juanete, ya una media zuela, ó ya los tacones nuevos, hasta que á cabo de seis ú ocho meses era ya necesario comprar otros absolutamente nuevos; un chaqueton y unos calzones de pañete ordinario azul claro que se remendaba y recocia tambien durante doce meses, y al fin de zapatos, chaqueta y pantalon viejos, Romero antes de estrenar otras nuevas prendas precisamente el dia de su santo, sacaba sus doce ó catorce reales.

Habiendo descrito el equipaje del dependiente es inútil mencionar el de Vengurren: era absolutamente igual, sin mas diferencia sino que el paño de su vestido era un poco mas fino y de azul oscuro, y que tenia un par de camisas y un par de sábanas mas y una docena de paliacates, porque tomando polvos le era necesario cambiar con mas frecuencia.

Los muebles de Vengurren eran un par de inmensas cajas de madera de cedro con relieves y labores primorosamente talladas, y en la tapa y costados la águila austriaca de dos cabezas. Cada una de estas cajas tenia tres enormes llaves y en cada caja habia siempre ochenta ó noventa talegas de pesos, y cuatro ó cinco mil onzas de oro. Junto á las cajas habia siempre un par de pipas de vino de la Rioja para el consumo dia-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

rio del amo y del dependiente. En el tapanco, á donde no se podia penetrar sino en tres dobleces, habia unos tres ó cuatro sillones y una mesa de cedro, un cántaro con agua y un lebrillo de barro con un zacate, un pan de jabon ordinario y un trozo de cotence de abrigo que servia de tohalla.

La vida de Vengurren era uniforme, igual el primer dia que el último del año. Se levantaba en verano á las cinco y en invierno á las seis. En cuanto despertaba tosia quince ó veinte veces, y despues de espectorar gritaba con una voz fuerte y sonora:

—Romero, las cinco: alabado sea Dios.

—Las cinco, señor amo, contestaba Romero, y ambos, al son armonioso de las campanas que daban del toque de alba, se ponian á rezar.

Amo y criado se vestian en menos de cinco minutos. Romero abria la puerta de la tienda cogia la escoba y comenzaba á barrer y á sacudir: Vengurren se ponia un birrete negro de seda que le cubria la frente y las orejas, tomaba su sombrero y su capa, y se marchaba paso á paso á la Profesa: allí oia dos ó tres misas de las mas largas, pues las cortas no le satisfacian; rezaba dos ó tres novenas, muchos padre-nuestros, credos y salves á diversos santos hasta que oia la campanada de las ocho, á cuya hora precisa se retiraba, y dando dos vueltas por los cuatro costados de la Catedral, terminaba su paseo y sus oraciones, recalando en la puerta de la tienda donde le gritaba por segunda vez á

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Romero, sin que un solo dia faltase á esta costumbre.

Romero tenia ya preparados un par de pozuelos de china copados de espumoso chocolate: el amo sobre una de las cajas del dinero, y el dependiente sobre el mostrador y con el ojo pendiente á la calle, saboreaban el carácas, concluyendo con sorberse dos grandes jarros de Tonalá de agua fresca y cristalina, pues la dejaban al sereno á poca distancia de la puerta.

Concluido el desayuno, se arreglaban los efectos para la venta del dia, se abrian algunos tercios, y se doblaban en el mejor órden algunos retazos, y comenzaba el despacho. Hemos dicho que la tienda de Vengurren, era una de las mas acreditadas del Parian, así no tenian tiempo ni de mirarse, ni lo perdian en vanas palabras: los precios eran fijos, los efectos de primera calidad, y la buena fé, no le permitia hacer al propietario mas ganancia, que la que habia calculado, sin prevalerse, ni de la ignorancia, ni de la riqueza de sus compradores: los géneros podridos, averiados ó de muy mala calidad, los ponian de un lado, y no los vendian, sino á los mercaderes del Interior, á precios convencionales: la moneda falsa, la clavaban en el mostrador; la lisa, la separaban para mandarla fundir en la real casa de moneda, y el oro y la plata nuevos, iban á aumentar el caudal de los cofres, ya bien repletos. El mismo sistema, sin variar una línea, seguia el hermano Aguirrevengurren, de Cavite.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Al primer toque de las doce, todo trabajo se suspendia, para rezar "el ángel del Señor, &c.," al que hacian coro los piadosos marchantes de ese tiempo, Romero cerraba una de las puertas, mientras por la otra entraba un moceton con una gran cesta. Era la hora solemne de la comida, y en esos momentos Vengurren no atendia á nadie, ni vendia, ni hacia otra cosa mas que comer. Un gran plato de arroz con jamon, chorizos, garbanzos, trozos de huevo, un par de pollos cocidos, una lonja de tocino y otra de ternera, un poco de melado de Tierracaliente, algunas piezas de fruta y una botella de vino de la Rioja: tal era dia por dia la comida de nuestos dos gallegos. Cuando Vengurren estaba desganado, apenas se acababa el pollo, pero cuando los dos tenian el apetito en corriente, que era lo que solia suceder en veinitinueve dias de los treinta que tiene el mes, entonces los pollos, las tajadas de tocino y de ternera, desaparecian devorados por las quijadas y las dentaduras todavía fuertes de los dos gallegos: acabada la comida se limpiaban los lábios con una miga del pan sobrante, y los dientes con unos popotes. Romero, colocaba los trastos en el cesto, despachaba al mancebo, barria las migajas, y se salia á dar una vuelta, mientras Vengurren, sentado en una banquilla, y recargado en el mostrador, dormitaba una media hora. A las cuatro, Romero sacaba una silla afuera de la tienda, donde se sentaba el amo á tomar el fresco, á sorber otro gran pozuelo de cho-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

colate, con el mismo apetito que si no hubiese tomado nada en veinticuatro horas, y á platicar con los vecinos de enfrente, sobre la llegada de la Nao de China, sobre el precio del cacao, del fierro y del azogue, sobre la funcion de iglesia de tal ó cual archicofradía, y sobre la enfermedad ó la muerte de algun oidor, ó de algun canónigo. ¡Qué tiempos! la política, era obedecer al rey y á la Inquisicion, comer y dormir con descanso, y refundir talegas de pesos. En este intervalo, Romero, que quedaba solo en la tienda, echaba de vez en cuando sus cabezeadas, cuando no le interrumpia algun marchante esta inocente ocupacion.

Todo se hacia antes con método y al toque del relox. En cuanto daban en la Catedral las oraciones, se cerraba la tienda. Romero se dedicaba á arreglar de nuevo los retazos y piezas que se habian sacado para el despacho, y el amo á contar el dinero, separando el menudo del duro, y el oro de la plata: hecha esta operacion, sacaba de un cajon un gran tintero de plomo y un libro forrado de badana encarnada, y con una mala letra apuntaba en una hoja:

Vendido el 30 *de Octubre*..... 857 ps.

Pasaba algunas hojas del libro y continuaba sus apuntes.

Prestado al vecino Litigurrea..... 2.000
Gastos de la casa..... 6
Ganado entre ayer y hoy..... 269

Sin necesidad de toda esa gerigonza de *Letras á co-*

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

brar, y *Varios á varios*, y *Caja á Bretaña*, y *Acreedores á caja*, que se usa hoy quizá con el laudable objeto de que pocos lo entiendan, Vengurren en dos plumadas hacia las cuentas, y sabia poco mas ó menos que gastando seis pesos ganando sobre doscientos, y no debiendo ni un centavo á alma nacida, los asuntos mercantiles no habian de caminar mal. Sobre todo, las cajas se abrian todas las noches, se introducia en ellas el importe de la venta, y nunca dejaba el amo de hacer estas preguntas á su dependiente.

—¿Cuánto tenemos, Romero?

—Ciento veinte mil pesos, señor amo.

—¿Cuánto debemos?

—Veinte mil pesos al hermano de Cavite, y veinte mil en Cádiz.

—Cuánto nos queda?

—Ochenta mil pesos

—Bueno. ¡Bendito sea Dios! Vengurren al decir esto, echaba una mirada á sus cofres, acomodaba bien algunos talegos, cerraba y guardaba libro, llaves y tintero en el cajon, y tomando la capa y su sombrero, se salia á dar vueltas por el empedradillo y los cuatro costados de la catedral, hasta las ocho y media. Romero, entre tanto, se paseaba á lo largo de la callejuela del Parian, en compañía de uno ó dos dependientes de las tiendas vecinas.

A cosa de las ocho y media, el mancebo, con la ces-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tilla de la cena, y Vengurren embozado en su capa, llegaban casi al mismo tiempo: la cena era menos abundante que la comida, pero el amo nunca dejaba de engullir medio capon asado, un plato de frijoles y su botella de vino. Acabada la cena, amo y criado cerraban su puerta, rezaban hincados de rodillas el rosario, y hacian sus camas; Romero en el mostrador, y Vengurren sobre una de las cajas de dinero, ambos, se puede decir, que dormian á pierna suelta sobre la fortuna.

El sábado en la tarde la tienda se cerraba mas temprano: era el dia consagrado al aseo. Entraba el barbero, y primero rasuraba al amo y en seguida al criado, llenándolos de polvo blanco hasta los ojos despues del barbero seguia la lavandera con la ropa limpia. En la trastienda se mudaban alternativamente la camisa, entregando la muda sucia; pintaban con un palito con tinta las desolladuras y lacras que habia tenido el calzado durante la semana, y se lavaban las manos con zacate y jabon, restregándose todo lo posible para que durasen limpias los siete dias siguientes. Romero se bañaba cada año el dia de San Juan, y Vengurren decia que no habia, en el curso de su vida, recibido en la cabeza mas agua que la del bautismo.

El domingo, dia de diversion y de gorja, Vengurren era no solo hermano, sino bienhechor de tres ó cuatro [illegible] dias, así, desde las siete de la mañana hasta [illegible] oce, estaba ocupado. En una iglesia

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tomaba un enorme pendon, y presidia una procesion; en otra tenia necesidad de asistir con un enorme escapulario al cuello á la misa cantada y al sermon, en la de mas allá tenia de por fuerza que ayudar la misa. Fatigado de tanto rezar y de tanto estar arrodillado, venia á su tienda, eso sí, con mas apetito y á gustar ademas de lo ordinario, un buen plato de bacalao, ó un buen trozo de pámpano de Veracruz. Desde las tres de la tarde Romero y Vengurren, sin chaqueta y como si tuviesen veinte años de edad, hacian prodigios en el juego de pelota. Al oscurecer Vengurren se dirigia á la Profesa á visitar al Padre Clavijero, y el dependiente á una doña Quiñones, dueña de cincuenta primaveras y de toda la confianza de la antigua casa de los marqueses del Valle. Este era el único desliz amoroso que se le conocia á Romero; y en cuanto á Vengurren, á pesar del par de capones diarios que engullia, y de los tres cuartillos de Rioja con que los humedecia, no se sabia que tuviese amores ni estravíos algunos, aunque malas lenguas decian que era el padrino de tres chicos, cuyas madres eran unas nobles indígenas del pueblo de Cuyoacan.

Tal era, pues, la casa donde se colocó en calidad de dependiente nuestro orgulloso Polizon.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO VI.

DE COMO FULGENCIO FUE PUESTO EN LA ESCUELA, Y DEL SISTEMA HUMANITARIO QUE USABAN PARA LA ENSEÑANZA DE LA JUVENTUD, LOS CARITATIVOS PADRES BELEMITAS.

Luego que el nobilísimo Fulgencio García, recobró completamente la salud, comenzó el desempeño de sus funciones, algunas de ellas muy delicadas y comprometidas, como la de barrer la tienda y la calle, pesaban sobre Romero, pero éste con mas patriotismo y desprendimiento, que muchos de nuestros hombres políticos, las delegó en el nuevo dependiente, como muestra humilde que rendia á sus talentos, y á sus anchos pulmones, y gordas muñecas. Fulgencio, ademas de esto, tenia que comprar la leche y el chocolate, y traer el almuerzo y la cena. Andaluz, volun-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tarioso, y no muy esperto en el dificil arte de llevar en peso, una de las mas respetables casas de la época, solia quebrar las vasijas, derramar la leche, y mezclar el arroz con el pollo, lo cual le costaba duras reprimendas, particularmente de parte de Romero, que se adelantaba, hasta darle algunos pescozones.

Una noche, que quebró todos los trastos, y los dos viejos gallegos, estuvieron á pique de quedarse sin cenar, Romero se quedó mirando al amo, y despues de una larga meditacion, le dijo:

—Señor amo, me ocurre que es menester darle todos los dias, de cuatro á cinco palos á Fulgencio.

El amo se quedó meditando á su vez, y pasado un momento, respondió.

—Vaya cuatro, pero que sea á la hora de levantarse; á las cinco en punto de la mañana.

Desde aquel momento, Romero buscó una lata á propósito, para que sin romper á Fulgencio las costillas, se le sentaran bien los palos en los lomos, y la suerte del noble andaluz quedó decidida.

Amaneció el dia siguiente, y apenas se habia Romero atado los calzones, y acabado su *Magnificat*, cuando descargó los cuatro palos en los lomos de Fulgencio, que esperezándose y soñoliento, salia de debajo del mostrador, donde tenia señalado su aposento.

—Así tendrás para todo el dia, y te harás hombre, le dijo Romero, respondiendo á los lloros del mucha-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

chó, y si dices una palabra, el amo irá á ver al virey y te enviará al presidio de Manila. Durante tres dias, se repitió la operacion, hasta que al fin Vengurren compadecido del muchacho, y haciéndole prometer que en lo de adelante tendria mas cuidado con los trastos, derogó la terrible órden. Fulgencio, sin embargo de esta vida, estaba en el fondo satisfecho, y los domingos, cuando con su chaqueta nueva, y sus toscos zapotos pintados de tinta, se juntaba con otros polizones, nunca dejaba de contarles, que era el favorito de la casa de Aguirrevenguren hermanos, y que en cuanto se muriera el viejo, lo que no tardaria en suceder, él seria el heredero de todas las talegas. En fin, el muchacho sufrió palos y regaños, porque habia reflexionado ya, que la plata no estaba tirada en los caminos, como le habia dicho su padre en Cádiz, sino encerrada en los cajones de cedro del viejo gallego, y que habia de llegar un dia, en que todo ese tesoro fuera suyo. La paciencia, es una gran virtud.

Como Romero se iba haciendo viejo, pesado, flojo y regañon, y ademas tenia ya ahorrados sus veinticinco ó treinta mil pesos, Vengurren, que tenia simpatía por Fulgencio, pensó educarlo, para que con el tiempo llegase á ocupar el lugar de Romero, y al efecto se decidió á ponerlo en la escuela, para que aprendiera á leer bien, escribir y las cuatro reglas.

Los padres belemitas, eran, por no decir los tigres, los leones de esa época. No se hablaba de otra cosa

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

en las casas principales de México. Todo el mundo estaba maravillado del simple, á la vez que portentoso descubrimiento que habian hecho los sabios religiosos. Su teoría era la mas sencilla, la mas admirable, la mas humanitaria del mundo. "*La letra con sangre entra.*" Todas las tiernas madres, se habian apresurado á aprovecharse de la maravillosa invencion, y acudian en tropel, á hacer que las posaderas de sus adorados hijos, recibieran ese bautismo y les entrara el saber, por una parte absolutamente distinta del cerebro. Lo raja V. vivo, padre, y me lo entrega V. muerto, le decian, pero que sepa escribir, porque lo primero que debe tener el hombre, es una buena letra. Ya se vé, costaba tanto trabajo leer la firma de algunos vireyes, que no era estraño que se hiciesen grandes sacrificios por obtener una mejora social tan notable. ¡Oh! y qué discípulos, y qué tetras! redondas, perfectas, propias para que las leyera un ciego, y no estas garrapatitas borroneadas con plumas de acero, que se occidan al cuarto de hora, y rasgan el papel, al echar el rasgo final con que concluyen las firmas de huacalito! Dejemos á nuestros viejos consolarse con el recuerdo de su edad de oro, y volvamos á nuestro noble y esclarecido heroe.

Un dia se presentó Vengurren en el edificio de los Belemitas que todavía existe en nuestro tiempo. En puerta habia un grande escudo campo azul, con una estrella de plata iluminando tres coronas de oro; todo

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

este emblema recordaba la venida de los Reyes Magos al portal de Belen.

Fulgencio que no sabia la suerte que le aguardaba, ni con qué varones caritativos tenia que habérselas, se dejó conducir sin hablar una palabra: llegaron á la puerta de la escuela. Era un salon amplio pintado de blanco con cal En el fondo habia una gran mesa y sentado en un sillon un religioso grueso, de ojos negros, de una barba espesa y cerrada que le bajaba hasta el pecho: vestia un saco de sayal pardo oscuro, y en el lado derecho tenia un escudo con el nacimiento de Jesus pintado en miniatura: su pesado sayal estaba ceñido en la cintura con una cuerda. En el frontis de la pared estaban colgadas muchas disciplinas de cuerda y de cuero de diversas formas y tamaños, algunas con los ramales erizados y manchados de sangre: como variante de estos adornos habia algunas palmetas gruesas y delgadas, chicas y grandes que alternaban en una espantosa cimetría con las disciplinas. Raro era el muchacho á quien no se le erizaban los pelos en la cabeza al mirar aquellos instrumentos de suplicio, cuyo horror se aumentaba con la negra barba del fraile, y sus ojos severos é inflexibles En los laterales y centro del salon habia unas bancas con unas mesitas donde estaban mas bien doblados que no inclinados los muchachos, procurando con todas sus potencias copiar los primores caligráficos de las muestras y trasladar

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

íntegras, sin la menor falta ni equivocacion, las sentencias terribles que contenian:

"*El rigor es el manjar con que se debe alimentar á la juventud*

"*Los maestros son tan respetables en la tierra, como el mismo Dios.*

"*La sabiduría no se adquiere sino á fuerza de castigos.*

"*El niño que desobedece á su maestro se hace reo de las penas del infierno.*

"*La pereza es un vicio que no se destierra sino con los azotes.*

"*Los azotes, aunque lastiman un poco el cuerpo, dan salud al alma.*"

Seguian otras sentencias tan claras y consolatorias como las que acabamos de citar, y los pobres muchachos al mismo tiempo que copiaban estas frases horribles alzaban la vista y veían las disciplinas moverse, temblar y venir aun sin la mano del fraile á herir su cuerpo con sus duros y encarrujados ramales.

Luego que Vengarren entró por la puerta de la escuela tomó á Fulgencio de una oreja y lo condujo hasta la mesa del padre belemita.

Los muchachos sin levantar la cabeza miraron á hurtadillas á la nueva víctima.

—Buenos dias, mi padre Fr. Rodrigo, dijo Vengurren.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Buenos y santos dias, mi amigo Vengurren, contestó el padre levantándose de su asiento.

El padre era Fr. Rodrigo de la Cruz, encargado en esa época de la direccion de los niños, y hombre de una virtud sólida y de una mansedumbre y bondad á toda prueba. Como Vengurren era uno de esos españoles que tenian la mano franca para hacer caridades y donativos de consideracion á las comunidades religiosas, no habia fraile que lo dejase de tratar con todas las muestras de la mayor benevolencia.

Aquí traigo á la santa direccion de su paternidad un muchacho que quiero mucho, y que quiero que se le dé educacion. Al decir esto Vengurren apretaba la oreja de Fulgencio y éste bailaba en un pié sin atreverse á decir una palabra, aterrado con el aspecto del fraile.

—Aquí, amigo Vengurren, prosiguió Fr. Rodrigo, arrimando un taburete para que se sentase, se les enseña á los niños la doctrina cristiana, la lectura, las cuatro reglas y una buena forma de letra; y ademas se les trata con toda suavidad, pues yo mas bien quiero ser su padre que su maestro.

—Bien, bien, ya lo sé padre Rodrigo, y por eso he traido á este tunante aquí.

—Verá vd. los adelantos de los discípulos. Ortuño 1 º., gritó el fraile con una voz hueca y que parecia el eco de una tempestad lejana.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Ortuño 1º que era un muchacho flaco, de ojos hundidos, al oir su nombre que salia de entre el espeso bigote y barba de su maestro, se levantó de la banquilla como si lo hubiesen tocado con una máquina galvánica.

—La plana, continuó el maestro.

—No la acabo, señor, respondió Ortuño con una voz temblorosa.

—La plana he dicho, repuso Fr. Rodrigo,

Ortuño al tomar la plana echó tres borrones en ella; los brazos se le cayeron descoyuntados y se puso pálido como si acabase de cometer un asesinato.

—La plana, repitió el frayle con voz mas fuerte.

Ortuño 1º como si pisara abrojos se dirigió á la mesa del maestro y le presentó la plana.

—Amigo, Vengurren, este muchacho no lleva mas que dos años de escritura y vea vd. ya qué carácter de letra tan magnífico.

Vengurren, en efecto, sentado ya en el taburete y habiendo dejado la oreja de Fulgencio que la tenia roja como un tomate, caló sus antiparras y examinó la plana que estaba á medio acabar. Era una gallarda letra de palomares con sus cortes dados con maestría, con sus letras mayúsculas de un mismo tamaño, sin una equivocacion ni falta de ortografia. Satisfecho el gallego devolvió al padre la plana.

—Bien, bien, padre Rodrigo: de esta letra quiero que se le enseñé á Fulgencio.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Ya se retiraba Ortuño 1º tranquilo á su banquilla cuando le ocurrió examinar de nuevo la plana, y observó los tres borrones que eran pequeños como las suciedades de una araña.

—¿Qué es esto? preguntó al muchacho mirándolo fijamente y señalándole los tres borroncitos.

—Ortuño I apenas podia respirar, y temblaba de piés á cabeza. En el salon habia un silencio tan profundo, que podia escucharse el aleteo de una mosca.

—Qué es esto? volvió á repetir el Padre, dando á Ortuño un tiron de los cabellos.

—La, la.... la pluma.... el tintin, tintero la ma, mano señor, yo....

—Yo te daré tintero y mano, dijo el Padre descolgando una palmeta.

—Cuántos borrones son?

—Tres, contestó el muchacho, pe, pero....

—Tiende la mano, dijo el fraile.

—Ortuño presentó la palma de una mano larga y descarnada, y el Padre, levantando el instrumento escolar, tanto como se lo permitia su brazo, descargó un palmetazo. Ortuño dió un salto de dolor, y volvió á presentar la mano. No se hizo esperar el segundo golpe, y al tercero Ortuño lanzó un grito de dolor, que pareció tranquilizar la alma caritativa de Fr. Rodrigo.

Ortuño se retiró á su asiento, limpiándose los ojos con la manga de la chaqueta.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Calisto II, gritó el Padre.

—Calisto se levantó inmediatamente.

—Vamos á ver cómo estamos de doctrina, quién es Dios?

—La Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, contestó Calisto II con las quijadas caidas de miedo.

—No hay que tener miedo, que yo no trato mal á nadie, y mas bien los quiero y los enseño como si fueran mis hijos.... vamos, cuántos Dioses hay?

—Siete, el primero....

—Blasfemo, gritó el Padre! Seis azotes por blasfemo.

—Una nube oscureció la vista de Calisto II, y se dejó caer en el banquillo.

—Dos muchachos de mas edad se apoderaron de Calisto, en un momento le bajaron los calzones, y uno de ellos lo cargó en las espaldas, entre tanto Fr. Rodrigo escogia de entre su coleccion de disciplinas, la mas dura y la de mayor número de ramales.

Calisto II, mas muerto que vivo, no oponia resistencia alguna; pero al primer azote que le descargó el reverendo, comenzó á dar, sin interrupcion, dolorosos gritos. Al sesto azote escurrian ya por sus muslos algunas gotas de sangre. Acabada la ejecucion y sofocado el llanto de la criatura con las miradas cortan-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tes y significativas del maestro, tocó su vez á otro desgraciado muchacho.

Abraham III, ven acá, y dime algo de aritmética.

Abraham III se acercó con la conviccion de que su suerte no seria mejor que la de sus compañeros.

—Cuatro y ocho? dijo el Padre.

—Doce, respondió en voz baja.

—Recio, recio, dijo el Padre tirándole de los cabellos, quiero que te oiga el señor.—Quince y quince?

—Treinta.

—Tres por ocho?

—Veinticuatro.

—Nueve veces nueve?

—Ochenta y cuatro.

—Caballo! ochenta y uno, dijo el padre dándole un fuerte coscorron. Dos horas hincado de rodillas y leccion doble por desaplicado.

Abraham III, aturdido del coscorron, fué á ponerse de rodillas en medio de la sala.

—Va vd. á ver á mi predilecto Sr. Vengurren, dijo el Padre haciendo seña á un muchachito como de ocho años.

—Epifanio, dí la doctrina sin miedo, ya sabes que te quiero y que sé que no eres flojo ni desaplicado, dijo el Padre.

—Epifánio bajó los ojos, cruzó los brazos y comen-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

zó á recitar de un hilo y como un perico todo el catecismo, sin turbarse ni un punto.

—Bien, bien, Pabre Rodrigo, dijo Vengurren, y así quiero que aprenda la doctrina Fulgencio. Toma, niño, toma, continuó el gallego sacando una peseta, y dándosela á Epifanio, el cual, no sabia si rehusarla ó tomarla.

—Dále las gracias al señor, dijo el Padre tirando de una oreja á su favorito.

—Ay! gritó el muchacho.

—Silencio y á su asiento, dijo el Padre; y como no es bueno que los muchachos tengan dinero, te guardo la peseta para de aquí á dos años que sepas escribir.

El predilecto del Padre Rodrigo se retiró con la oreja encarnada y con las manos vacías.

—Ya ve vd., Sr Vengurren, cómo me manejo con estas criaturas; creo que ni ellos ni sus padres tendrán que quejarse.

—Ni por pienso, ni por pienso, Padre Rodrigo.

—Todos están muy contentos en la escuela, y si no va vd. á ver, ellos mismos lo van á decir.

—Quién no está contento en la escuela?

—Ninguno, ninguno, contestaron en coro.

—A quién quieren mas despues de su padre y madre?

—A nuestro maestro, volvieron á repetir en coro.

—Ya ve vd., me aman y me respetan, y si los castigo una que otra vez, es porque ya sabe vd., *que la letra con sangre entra.*

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Bien, bien, mi padre Rodrigo, dijo Vengurren, en cuánto tiempo puede vd. enseñar á escribir á este mancebo?

—Como tiene buenas espaldas y buenas posaderas en que resistir los azotes, creo que podré enseñarlo en tres años.

—Oh! sí, muy bueno, muy bueno, Padre Rodrigo; puede vd fajarle duro, sin temor de que la cuarta tropiece con un hueso; pero supuesto que el mancebo tiene buenas posaderas, no podria mi Padre Rodrigo, enseñarlo en año y medio?

—Cómo? preguntó el Padre Rodrigo.

—Toma! azotándole dos veces al dia en lugar de una.

—Sabe vd , amigo Vengurren, que es buena idea: no habia ensayado ese método; pero esperimentaremos con Fulgencio y con todos los muchachos que sus padres quieran que aprendan en menos tiempo.

—Entonces, estamos arreglados, dos pelas diarias, y en año y medio el muchacho sabrá leer, escribir y contar, y se volverá á la tienda; en fin, será hombre, y á eso lo mandaron sus padres á la América.

—Ni mas ni menos, en año y medio tendrá vd. un hombre cristiano, contestó el Padre, que sabrá ganar el pan

—Pues entonces se lo dejo de una vez, mi Padre Rodrigo, respondió el gallego levantándose del escabel en que estaba sentado, y tomando de nuevo á Fulgencio de una oreja.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Será mejor que me lo traiga vd. pasado mañana que hay ahorcado, replicó el Padre Rodrigo.

—Y qué tiene que ver el ahorcado con Fulgencio?

—Tiene que ver con Fulgencio y con todos los discípulos; porque siempre que la justicia de nuestro rey y señor cae sobre algun malvado, aprovecho la ocasion para hacer á todos mis discípulos una correccion paternal, que no debe desperdiciar Fulgencio el dia memorable de su entrada en la escuela.

—Eso es otra cosa, Padre Rodrigo; yo sé mucho de vender los trevejos de la tienda, pero no me puedo comparar con la sabiduría de sus paternidades. Fulgencio vendrá pasado mañana muy temprano, antes de que el ahorcado se marche al otro mundo. Con que hasta mas ver, mi Padre Rodrigo, y lo que se ofrezca en la tienda de Vengurren, que hay confianza y lo dice de corazon un gallego, que nunca miente.

Vengurren estrechó la mano del belemita, la llevó á sus labios, y le tronó un beso; y tomando de la oreja á Fulgencio, salió de la escuela.

El dia fijado, muy de mañana se presentó de nuevo Vengurren con su víctima, la que esforzó cuanto pudo su ingenio para evitar la suerte que le aguardaba; pero no hubo medio, Vengurren le puso á escoger entre los belemitas ó Manila, y Fulgencio se decició á recibir los azotes y aprender á escribir lo mas pronto

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

posible, con la halagüeña esperanza de heredar á su rico protector.

Despues de los saludos y cumplimientos de costumbre, Vengurren se retiró, y el temible y virtuoso Fr. Rodrigo de la Cruz, quedó dueño y señor absoluto de las posaderas de aquellos desgraciados muchachos.

Reinaba en la escuela un silencio profundo: los muchachos no podian leer ni escribir, ni pensar en otra cosa mas que en el lance amargo que se les preparaba, con motivo del ahorcado.

El Padre Rodrigo se paseó como un cuarto de hora con la vista baja y la mano en la barba, despues se fué al frontis de la pared, tosió, echó una mirada siniestra á los discípulos, que apenas se atrevian á respirar, y comenzó á reconocer con una especie de placer las disciplinas que estaban colgadas en la pared. Acabado esto, se volvió á los muchachos.

—Alabado sea el Dulce nombre de nuestro Salvador!

Los muchachos repitieron en coro:

Que nació en Belen debajo de un portal, pobre, desnudo y sin mas calor que el aliento de un buey y de una mula que se acercaron á su sagrada Cuna.

Como el trozo era largo, los muchachos no pudieron repetirlo íntegramente, é hicieron una vocería confusa en la que sobresalia la voz de Fulgencio con su acento andaluz. Así que se serenó esta especie de tempestad, el Padre continuó:

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Van dentro de pocas horas á ajusticiar á Pedro Caralampio. Este hijo desnaturalizado jamas quiso obedecer á sus padres, ni recibir la enseñanza de sus maestros. Este impío, dejado de la mano de Dios, robó primero un par de pollos, lo entendeis? Despues las planchas de una lavandera; y así, de crímen en crímen, su empedernido corazon lo condujo hasta el grado de atacar en la calle de D. Juan Manuel á un ilustre hidalgo español, quitándole no solo el relox, sino tambien la espada que llevaba. Por tan atroz delito fué buscado por la justicia, lo cual, para escarmiento de los plebeyos, y para evitar que en lo sucesivo los hidalgos sean privados de la espada que llevan en el cinto para su defensa, ha mandado que sea montado en un burro, reciba veinticinco azotes en cada una de las cuatro esquinas del palacio, y despues sea ahorcado por mano del verdugo: lo entendeis?

El padre, despues de esta narracion, continuó ya en un tono mas elevado:

—Vosotros todos sois unas fieras, vosotros no escuchais los consejos paternales de mi boca, vosotros venís á perder el tiempo, en conversaciones ociosas, y en bagatelas, en vez de aprovecharlo en rezar la doctrina, y en escribir; vosotros en fin, empedernidos, endurecidos en el pecado, vais corriendo á vuestra ruina y á vuestra perdicion: no fué otra la conducta de ese diabólico Pedro Caralampio, y vosotros, repito, que parece que seguís sus pasos, y que bebeis sus alientos,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

parareis tambien en las manos del verdugo, y sereis ahorcados.

Los muchachos, abrian tamaños ojos, y escuchaban con la boca abierta, el terrible sermon del fraile. Este, dulcificando la voz, y blandiendo una disciplina que habia tomado en su mano, continuó:

—No, hijos mios, Dios no permitirá que tengais ese paradero, porque os ha dado un maestro, que vela por la pureza de vuestra vida. El árbol desde tierno se endereza, y todos vosotros sois árboles torcidos, que yo me encargo de enderezar, sois lámparas apagadas que yo tengo obligacion de encender, para la vida eterna; sois la zizaña revuelta con el trigo, como dice el Evangelio, que yo me encago de separar. Es preciso que este dia, quede grabado eternamente en vuestra memoria; es preciso que recordeis durante el curso de vuestra vida, que cuando hay en la ciudad ahorcado, dentro de la escuela hay tambien castigo, que la justicia del maestro, mas clemente que la del rey, solo os dá un aviso paternal para corregir la depravacion de vuestras costumbres, vuestras malas inclinaciones.

Las pobres criaturas aterradas, y que no podian comprender en su edad, que fuesen dignos de castigo, solo por que el rey mandaba ahorcar á uno de tantos ladronzuelos, cayeron de rodillas llorando, pidiéndole al reverendo perdon de los crímenes que no habian cometido, y prometiendo enmienda de faltas y delitos que en su edad, y en su inocencia ignoraban todavía.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

El maestro fué inflexible, llamó con un acento decisivo, á cuatro de los muchachos mas grandes y mas fuertes, y comenzó la operacion de azotar á todos los discípulos. A los mas chicos, aplicaba seis, á los de mayor edad, doce, y si la víctima pataleaba, se resistia, ó mordia á los que lo cargaban la dósis subia á veinticinco: las disciplinas estaban ardientes y sangrientas, los lloros y lamentos, llenaban la sala, y aun se oian en las calles: ninguno de los muchachos tenia el pulso firme ni para hacer la plana, ni muchos podian sentarse, porque las banquillas les parecian de abrojos.

Todo el dia se empleó en la vapulacion, y el padre Rodrigo no recobró la calma y la tranquilidad, sino cuando ya no habia muchacho á quien azotar, y vinieron á avisarle que el mentecato de Juan Caralampio, estaba ya colgado de una cuerda, y dando de vueltas en el aire. Era la costumbre que por mucho tiempo se observó en las escuelas de los belemitas, y todo el mundo lo sabia: *dia de ahorcado, pela general.*

En cuanto á Fulgencio, como era fuerte, y todo el dia estuvo, ya cargando á sus condiscípulos, ya azotándolos en los intervalos en que el padre Rodrigo tomaba su polvo, salió bien librado con unos cuantos cuerazos, que por no faltar á la fórmula, le aplicó el padre Rodrigo sobre su burda chaqueta de paño.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO VII.

DE LOS ADELANTOS RAPIDOS DE FULGENCIO, DE SU VIAJE AL INTERIOR, DE LA MUERTE DEL HERMANO VENGURREM DE MANILA, Y SU SERMON DE HONRAS, Y DE OTRAS COSAS CURIOSAS QUE SABRA EL LECTOR SI TIENE LA PACIENCIA DE LEER ESTE CAPITULO.

No hubo, pues, remedio: Fulgencio quedó instalado en la escuela del reverendo Fr. Rodrigo de la Cruz, y allí tuvo que comenzar por los palotes. ¡Qué palotes! Era un positivo escándalo, una profanacion: salian siempre de la pauta y aparecian tirados en todos sentidos como si estuviesen padeciendo convulciones: literalmente eran unos palotes epilépticos. Lleno el padre de uncion y de caridad, y deseoso por otra parte de cumplir la palabra que habia empeñado al amigo Vengurren, menudeaba los castigos á Fulgencio; pero para variar en algo la monotonia, unas veces eran pal-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

metazos; otras cuerasos sobre la chaqueta y pantalon; otras golpes repetidos con la regla sobre las uñas; otras tirones de cabellos, así lo hacia el padre con sus discípulos mas predilectos: los sábados como era dia de doctrina nadie se escapaba de la pela á calzon quitado. Fulgencio todo lo sufria con paciencia y se consolaba en la noche de los castigos del dia con ver el oro y la plata que refundia Vengurren; oro y plata que el consideraba ya como de su propiedad. ¡Qué paciencia y qué constancia tan ejemplar la de los españoles del otro tiempo!

Antes de dos años Fulgencio sabia sumar, restar, multiplicar y partir; el catecismo de cuerito á cuerito, y tenia una clara y arrogante letra: Vengurren que dia por dia concebia por el muchacho mayor afeccion, le señaló veinte pesos de sueldo al mes sin mas obligacion que barrer la tienda, estar todo el dia de pié detras del mostrador, llevar los apuntes del libro y escribir, bajo el dictado del amo, las cartas que se ofrecian para Manila, Cadiz, San Luis Potosí y las Colonias, donde tenia el viejo sus relaciones mercantiles.

A los tres años de tener veinte pesos y dormir siempre debajo del mostrador, Fulgencio habia adquirido un conocimiento completo de los asuntos de la casa, y cortádole el ombligo, como suele decirse, al amo.

—Oye, tunante, le dijo un dia Vengurren.

—Como siempre, Sr Vengurren, su esclavo y su siervo; en qué puede servirle Fulgencio García.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—No se te acaba de quitar lo vanidoso, ni lo hablador, ni lo andaluz; pero sin embargo, eres buen muchacho en el fondo.

—Mil gracias, señor amo, gracias.

—Romero, prosiguió Vengurren, ha trabajado ya mucho este viejo, y es ya tiempo de que gire por si so lo y sea el amo de su casa. Se va á San Luis á poner su tienda y tú te quedarás en su lugar: casa, comida y ochenta pesos al mes ¿Te acomoda?

—De valde, con tal de no salir jamás del lao de vd.; s empre recuerdo que me puso bajo la direccion de ese buen fraile, y á él y á vd., despues de Dios, debo el ser hombre. Todito se lo escribí ya á mi señor padre mandándole, como vd. sabe, algunos cuartos.

—Bien, bien Fulgencio. Esta noche dormirás ya como un patriarca sobre el mostrador en lugar de dormir debajo; en cuanto á los ochenta pesos los dejarás en la casa y de aquí á veinte años, si te portas bien, tendrás como Romero un capitalito con que manejarte por tí solo; ¿lo entiendes?

—Naita hay que decir, Sr. Vengurren: estamos arreglaos.

Romero efectivamente desde ese mismo dia sacó debajo del brazo su equipaje, compró una capa, la primera que se ponia en su vida, y provisto de treinta sacos llenos de plata y de las mejores cartas de recomendacion, se marchó á San Luis donde estableció una

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tienda con el rótulo de *Romero y Aguirrevengurren:* su antiguo amo ponia en la sociedad otros treinta sacos con la condicion de que ninguno de los socios se habia de casar, ¡y á fé que eran ya viejos para el lance! y que se habian de dejar mútuamente de herederos.

En cuanto á Fulgencio quedó ya con el título de cajero mayor, y otro polizon vino á su vez á sustituirlo en el barrido de la calle y en los mandados. El trage del nuevo cajero no varió; parecia que aunque mas rejuvenecida, Romero habia dejado su efigie en la tienda.

Tenemos que pasar un lapso de algunos años, durante los cuales la vida del amo y del criado corria con la misma monótona lentitud. La misma comida, los mismos pozuelos de chocolate, la misma distribucion sin faltar una sola vez á las devociones y á los paseos al derredor de la Catedral; solo los toneles de vino de la Rioja se variaban á medida que las cajas de cedro rebozaban de dinero. Fulgencio un poco descorrionado al observar la salud robusta de Vengurren, que no llevaba trazas de quererse morir, y mirando muy lejana la perspectiva de su independencia mercantil, se aventuró una noche á proponer á su amo lo habilitase para hacer una compra en el puerto de Veracruz y caminar en seguida á Guanajuato, Zacatecas y Chihuahua con la pacotilla hasta realizarla. Este era el modo como se hacia años atras el comercio en el interior

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y como tambien hacian grandes fortunas los que se dedicaban á este tráfico.

—¡Demonio! dijo Vengurren en cuanto oyó la pretension del andaluz; tan pronto te quieres emancipar.

—Ni Dios que lo permita: solo quiero trabajar unos cuantos meses y que mi amo me dé la mano con generosidad.

—Bien, bien, ¿cuánto necesitas?

—Lo que mi amo quiera prestarme.

—Bien: escribe una carta para Olavarrieta, de Veracruz, que te dé cincuenta ó sesenta mil pesos: tienes seis meses de licencia; pero si vuelves á los seis meses y un dia, no te recibiré mas en la casa.

Con estas pocas palabras quedó concluido el avío, y Fulgencio, en el mes de Diciembre, marchó á Veracruz, hizo su compra, se dirigió al Interior, recorrió las provincias de la Nueva Galicia y la Nueva Vizcaya, y antes de los seis meses ya estaba de regreso en el cajon de ropa de *Aguirrevengurren hermanos*, habiendo realizado el capital y un beneficio de mas de quince mil pesos; lo cual, añadido á lo que tenia ahorrado, formaba una suma muy bonita para girar con entera independencia; pero Fulgencio no quitaba la vista de las cajas de cedro, y se proponia á toda costa heredar al amo: era una apuesta con la muerte que el andaluz tenia probabilidad de ganar, fiado en su constitucion robusta y en su juventud.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Ademas, Fulgencio estaba enamorado. En una de sus escursiones habia permanecido cosa de dos semanas en una hacienda del interior, que era propiedad de un judío portugués. Este judío, esperando todavía, como muchos otros, la venida del Mesías, no se habia descuidado en hacer su negocio lejos de la Inquisicion y de la corte vireinal, donde tal vez podia ser conocido. Viudo de una gaditana, le habia quedado una hija preciosa que él en secreto llamaba Esther; pero en la vecindad de la hacienda era conocida por doña Ana de Gibraltar. Retirada la pobre Esther en la soledad de una hacienda, su corazon se inflamó con ese fuego que la naturaleza enciende en el corazon de las mujeres cuándo llegan á los 16 años de edad: luego que vió un mancebo, de no mala figura, con la salud de un roble, con una elevada alcurnia y una fortunilla independiente. Fulgencio, por su parte, se informó con cuanta minuciosidad le fué posible, no de las cualidades buenas ó malas de Esther, sino de la cantidad de pesos que podria tener el padre, y satisfecho de sus indagaciones, continuó como cosa muy secundaria, examinando los ojillos negros y brillantes de la novia, su boca purpurina y la frescura de la virginidad, esparcida en toda su graciosa fisonomía. Fulgencio pensó que la novia le convenia, y decidió casarse. Mientras que el judío leia allá en el secreto de su recámara los salmos en hebreo, el par enamorado, en buen castellano rezó los coloquios amorosos, de los que resultó de-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cidido el casamiento; pero un casamiento no era cosa fácil en los tiempos de que vamos hablando. Vengurren se hubiera escandalizado de que á un dependiente que apenas llevaba unos cuantos años de estar de pié detrás del mostrador, se le ocurriese, ni por mal pensamiento, tomar estado, y el judío, por su parte, habria desheredado á su hija; así, quedó convenido, que el uno aguardaria la muerte de su amo, y la otra, que falleciese su padre. ¡Así se fundan la mayor parte de las esperanzas humanas! Se necesita á veces la miseria, el sufrimiento y la destruccion de unos séres, para el placer, la alegría y el bienestar de otros.

Fulgencio, pues, rico de amor, de esperanzas, y mas que todo de dinero como hemos dicho, volvió á la acreditada tienda del Parian, resuelto á ejercitar de nuevo la paciencia, y observar si pasaba por entre alguna de las arrugas de la fisonomía del buen gallego, el dedo de la muerte. ¡Haga V. beneficios, y espere la gratitud!

Un dia, el menos pensado quizá, se recibió en México la correspondencia de la Nao de China, que llegaba periódicamente al puerto de Acapulco, y con ella una agradable noticia para Fulgencio, y era la de la muerte de José Pascacio Aguirrevengurren de Manila, el cual dejaba de heredero á su hermano Pascacio José de México, de una fortunilla de seiscientos mil pesos. Poco faltó para que Fulgencio saltara de gusto,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

pero lo contuvo la fisonomía compungida del gallego, que al acabar de leer la carta, se quitó los anteojos, se limpió los ojos de las lágrimas que habian asomado á sus párpados, y esclamó:

—¡Demonio, qué noticia! Parece que José Pascacio, estaba rico. Dios lo haya perdonado: era buen hombre

Las puertas de la tienda, estuvieron entre cerradas, durante nueve dias, y Pascacio José, cabizbajo y triston con la muerte de José Pascacio; pero concluidos los nueve dias, salió del Parian y se fué á casa de sus paisanos para arreglar la manera de liquidar las cuentas del difunto de Manila, y recojer sus tecolines.

Además, dispuso que se dotáran cinco niñas huerfanas, con 300 pesos cada una, reservó fondos para dotes de una docena de monjas, destinó 40 000 pesos para capellanías, con la obligacion, de que diariamente dijeran los capellanes una misa, por la alma de José Pascacio.

En el curso del tiempo, lo mas probable es, que las huerfanas no se casaron, que las monjas se olvidaron en sus oraciones del bienhechor difunto, que las capellanías fueron á dar al volsillo de nobles estudiantes, que en todo pensaron menos en las penas que sufria en el purgatorio el comerciante de Cavite, y que todo en fin, vino con el tiempo á undirse en la vorágine de la desamortizacion; mas sea de esto lo que se fuere, el caso es, que el hermano cumplió como se cumplia

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

en aquel tiempo, en que á fuerza de dinero, se trataba de ensalzar las virtudes, ó de disminuir las culpas de los que se veian forzados por la muerte, á hacer el largo y peligroso viaje del mundo de la eternidad, y de los misterios.

Vengurren no quedó satisfecho, sino que quizo, que se hiciesen unas honras solemnes, y como el padre Fr. Rodrigo, el mismo que tan marravillosamente habia enseñado á leer y escribir al noble andaluz, pasaba por un hombre elocuente, se dirigió á el para encargarle el sermon.

—Mi padre Fr. Rodrigo, le dijo besándole la mano como de costumbre, el hermano de Cavite ha muerto, y como era rico es necesario hacerle unas buenas honras, predicar un sermon donde se digan todas las virtudes de ese buen hombre.

El Padre Fr. Rodrigo, que como siempre, tenia una disciplina en la mano, y ejercia sin interrupcion su paternal justicia con los nuevos discípulos que á cientos entraban en la escuela, se levantó é hizo mayores cumplidos que de costumbre al rico mercader, y quedó convenido que las honras serian muy solemnes en la iglesia de los Belemitas.

El dia señalado, fueron entrando las comunidades religiosas: cuarenta dominicos, sesenta franciscanos, veinte juaninos, diez camilos, treinta carmelitas, otros tantos agustinos, despues todo el comercio del Parian

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

de gran etiqueta, es decir, de chaqueta unos, de capa otros, y los que eran ya millonarios, de grandes casacones negros y camisas muy almidonadas de estopilla. No faltaron algunos doctores de la Universidad, y uno que otro letrado de Castilla, cuya magestad se dignó honrar los funerales de un rico mercader. Vengurren estaba querido y bien relacionado en la ciudad, y ninguno rehusó su convite.

Despues de la vigilia, y como de costumbre, antes del Evangelio, subió el Padre Fr. Rodrigo á la cátedra del Espíritu Santo. Comenzó el sermon.

Amados oyentes mios....

Omnis enim homo, qui comedit et bibit bonum de labore suo hoc donum Dei est.

Porque todo hombre que come y bebe y ve el bien de su trabajo: este es don de Dios. Palabras tomadas del Eclesiastes, cap. 3.°, vers. 13.

Sí, católicos: de uno de los Libros Sagrados he tomado el resúmen de la vida del hombre mas justificado que hoy lloramos. Comió y bebió de su trabajo. *Omnis enim homo &c.*

Aunque de una ilustre alcurnia, pues era descendiente en línea recta de los condes de Barcelona: desde su temprana edad, sus padres lo dedicaron en Galicia, su

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

patria, á la honrosa profesion del comercio: su caridad y su estricta conciencia, se manifestaron desde los primeros pasos de su vida: un dia vendió á una beata unas cuantas varas de sayal; y habiendo recibido una moneda de oro en vez de la de plata, buscó á la compradora para advertirla la equivocacion; y no habiéndola encontrado, resolvió dar la mitad del valor de la moneda á los pobres, y reservarse únicamente para sí la otra mitad. Este solo rasgo pinta la vida cristiana, y la conciencia estricta de nuestro malogrado Pascacio."

El hermano Vengurren alzaba de cuando en cuando la cara para ver al predicador, pues no habia llegado á su noticia que sus parientes habian sido los ya difuntos condes de Barcelona, ni mucho menos, que su hermano hubiese vendido en Galicia, ni pocas ni muchas varas de sayal á las beatas; sin embargo, como el Padre Rodrigo lo decia, y no como quiera, sino en el púlpito, el hermano escuchaba con mucha uncion, y creia á pié juntillas, todo lo que el religioso iba diciendo.

Sí, católicos, continuó Fr. Rodrigo: sin que ofenda á la verdad, puedo asegurar que ese cadáver, que veis encerrado en este catafalco mortuorio, ó mejor dicho, que reposa en la apartada tierra de las Filipinas, era un dechado de virtudes, humano, caritativo, obediente á su rey y amante de su familia, era como dice el Nacianceno: *el modelo perfecto del hombre feliz.*

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Sus amantes padres, que lo que deseaban era la felicidad de sus hijos, los enviaron á América á que el virtuoso y elocuente canónigo que tenian por tio, les diera una educacion cristiana, propia de su noble cuna; pero como el comercio les llamaba la atencion, siguieron en América y en Filipinas esta profesion, formando caudales cuantiosos, que mas bien que de ellos, son de las huérfanas, de las monjas, de los religiosos á quienes socorren.

Decretado estaba por el Altísimo, que habian de comer y beber de su trabajo, y habian de recibir en sus riquezas el don de Dios. *Omnis enim homo &c.*

Al poco tiempo de haber llegado á esta noble é imperial ciudad de México, los dos hermanos tuvieron que seguir su destino y separarse, marchándose el virtuoso Pascacio José á Filipinas, y quedándose solo y aislado en este valle de lágrimas, el hermano José Pascacio. ¡Oh momentos crueles de la separacion! *Por qué no os abrísteis, oh mares!* como dice Tertuliano. *Por qué no os oscurecísteis, sol!* como añade el sábio Orígenes; ¡por qué, como esclamaba el profeta, no fueron sepultados juntos en los abismos del horrendo baratro, los dos tiernos pimpollos, antes de consentir en una separacion, que fué eterna!

Vengurren, que no estaba muy conforme, á pesar de su fé, con la opinion que ningun profeta pudo dar, respecto de los pimpollos gallegos, se movió un poco de su asiento, tosió, sacó su pañuelo paliacate, lo des-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dobló con cuidado y se limpió las rojas narices y las gotas de sudor que, con el calor de los cirios y la mucha concurrencia, brotaba de su frente.

El Padre Rodrigo tomó un trago de vino, tosió á su vez, se limpió el sudor, y continuó. Todas las comunidades hicieron lo mismo; y restablecido el silencio, que solo interrumpia el chisporroteo de los cirios de la tumba, el panegírico del difunto gallego siguió su curso.

Nuestro difunto se encaminó á Acapulco (era un verdadero milagro que un difunto se encaminase para Acapulco; pero como Fr. Rodrigo lo decia, todos los oyentes lo creyeron), nuestro difunto, repito, se encaminó al puerto de Acapulco, y despues de mil trabajos y padecimientos, hubo de embarcarse en la nao. ¡Qué tormentas en la mar! ¡Qué rayos! ¡Qué centellas! *El firmamento estaba conmovido, como decia Isaías*, y nuestro difunto, sereno y firme, sin pensar siquiera salir de la combatida nave, hasta que llegase al puerto de Cavite. Llegó por fin, por intercesion del Santo apóstol, patrono de Galicia y enemigo encarnizado de los pueblos idólatras de América, y llegó conduciendo á nuestro difunto Pascacio José, el cual, apenas se repuso de las fatigas de su viaje, cuando cumpliendo con la mision que el Señor, le habia impuesto en la tierra, entró á servir en una tienda de comercio de las mas acreditadas de aquellas tierras: su admira-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ble constancia, su incansable paciencia, su mansedumbre en sufrir las muchas impertinencias de sus amos, le grangearon el afecto de éstos, porque, era como dice el *Gregoriano*, el varon justo.

Para qué he de cansaros con una narracion minuciosa de sus virtudes, basta deciros que al vender el terciopelo morado recordaba á Jesucristo en la cárcel; al doblar el damasco carmesí hacia conmemoracion de los azotes; y al medir la sempiterna negra, no podia menos sino de enternecerse con los dolores que sufrió al pié de la cruz nuestra Madre Santísima. ¡Qué piedad, qué uncion, qué ejemplo tan saludable para todo el comercio, que en cada uno de los lienzos despreciables que vende para satisfacer los caprichos del lujo de los grandes de la tierra. tiene un motivo de recordar los misterios de nuestra Santa Religion. Os digo con el gran Padre San Agustin: imitad las virtudes *del varon justo, y no caigais en la tentacion.*

Los últimos años de la vida del difunto presentan el ejemplo de la tranquilidad mas perfecta: dedicado á aumentar su caudal por medio del trabajo, jamás se le vió ése lujo y ese fausto, que con mucha razon han condenado en América, en algunas épocas, las severas reales órdenes de S. M. Una modesta chaqueta, un pantalon que no se mudaba sino cada seis meses, un calzado el mas comun y el mas barato. una camisa de tela gruesa, éste era todo el equipaje de uno de los mas opulentos mercaderes de Manila, que tenia en su tien-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

da las mas ricas telas del Oriente, del Occidente, del Septentrion y hasta del Polo ártico. Imitad, católicos, su ejemplo, como manda el precepto de nuestro gran Padre San Agustin.

Pocos dias antes de su muerte tuvo un sueño misterioso. Soñó que mecido en una cuna de rosas era llevado por los ángeles á un jardin muy ameno, donde se encontró con una orquesta completa de serafines que acompañaban unos melodiosos y dulcísimos cantos á otro coro de arcángeles. Cuando despertó al dia siguiente habia esparcidas por su cuarto multitud de flores que exhalaban un aroma delicioso. Desde ese momento se preparó á la muerte aprovechándose de este aviso del cielo. En efecto, á los pocos dias falleció de una enfermedad desconocida que lo privó del uso del habla, y fué tan resignado y tan cristiano en su último fin, que no quiso ya hablar ni una palabra. Puedo aseguraros, hermanos y oyentes mios, que murió en olor de santidad.

—¡Pascacio ha muerto! contestó el padre levantando la voz; pero nosotros vivimos para llorarlo. Me habia equivocado; Pascacio no ha muerto porque vive en el corazon de todos nosotrosy en el caudal que ha dejado para la religion y para los pobres; pero sí, ¡ah! ¡ó dolor! ¡ó agonía! ¡ó tormento cruel! Pascacio ha muerto y no podemos dudarlo puesto que tenemos delante de los ojos esta fúnebre tumba. Lloremos, sí, lloremos al comerciante honrado, al hermano tierno, al hombre

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

casto y económico, al varon justo, como decia nuestro gran Padre San Bernardo. Derramemos, católicos, abundantes y copiosas lágrimas sobre este catafalco mortuorio; vistamos de luto nuestra alma, como decia el profeta Ezequiel, por la pérdida que ha hecho la corona, de un súbdito tan fiel, y nosotros de un amigo tan sincero.

Las comunidades religiosas tuvieron que sacar sus pañuelos y limpiarse las lágrimas: la elocuente deprecacion del predicador habia producido su efecto, y ademas era preciso llorar por un difunto que, aunque nadie lo conocia, en México habia dejado un grueso capital. Vengurren, que al fin era su hermano, se enterneció, sus narices se encendieron un poco mas, y dos lágrimas silenciosas fueron escalonándose y deteniéndose en las arrugas de su cara. Así que terminó la fúnebre ceremonia, Vengurren y Fulgencio despidieron á las comunidades y asistentes y se dirigieron á la sacristía con un ramo de flores de papel muy mal hechas; pero que tenia una docena de onzas de oro muy bien acuñadas y se le presentaron al reverendo.

—Bien, bien, mi padre Rodrigo, le dijo Vengurren. Nada sabia yo de lo que su paternidad predicó del hermano, nunca me habia escrito eso. Era buen hombre. Gracias, gracias, padre Rodrigo.

El padre tomó el obsequio, y no quiso entrar en materia porque temió aflijir mas á Vengurren. Lo exhor-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tó á la conformidad, y á la resignacion, y le dió su bendicion.

Amo y dependiente, se fueron de nuevo á la tienda del Parian, y todo, y todas las cosas volvieron á su curso ordinario. Solo en el libro encarnado del mercader, habia una alteracion pequeña. Habian entrado 600 000 pesos mas, y habia sido necesario llenar dos cajas mas, de cédro, y apilar en un rincon las talegas sobrantes.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO VIII.

DE LOS PESARES QUE ESPERIMENTÓ VENGURREN, DE SU MUERTE, Y DE COMO DEJÓ A FULGENCIO DE HEREDERO DE SUS CALZONES DE PAÑO, Y DE TODO SU DINERO.

A pesar del elogio que hizo en el púlpito el padre Rodrigo, y apesar de las talegas de la herencia, Aguirrevengurren de México, clavó el pico, como suele decirse, desde que murió el Aguirrevengurren de Manila: no hablaba una palabra, dormia mas que lo ordinario, y lo que era peor síntoma, habia suprimido el chocolate de por la tarde, y en la comida, con trabajo podia acabarse medio pollo. Fulgencio veia la destruccion de este viejo edificio, con una especie de complacencia mezclada de temor. ¿Lo dejaría ó nó de heredero? En último resultado, si no lo dejaba de heredero, nunca se olvidaria de él, y doscientas talegas que le tocaran era algo para comenzar.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Otra noticia funesta, acabó de entristecer al viejo mercader. Romero, el fiel Romero, á los setenta y cinco años, es decir, en la flor, en la fuerza de la edad, y cuando comenzaba á hacer su fortuna independiente, habia fallecido de resultas de un constipado, de una caida de un caballo cojo que montaba, y de una fiebre que le sobrevino, por cobrar una cuenta de tres reales tres cuartillas, que le habia quedado debiendo un peon en una hacienda distante de la ciudad.

Segun y como habia pactado con su amo y socio, tenia hecho su testamento, y lo dejaba de heredero de todas sus economias, con las cuales apenas habia tenido valor de comprarse una capa, como hemos dicho: y con esto le parecia que habia echado la casa por la ventana. El resultado de la muerte de Romero, fué otra partida de 110.000 pesos, en el libro de badana de Vengurren, y nuevos sacos de dinero arrumbados contra la pared de la trastienda. ¡Qué tiempos!

La tristeza de nuestro amigo el buen gallego, no conocia límites. Se pasaba las mañanas en la iglesia, y cuando volvia á la tienda, no hablaba ni una palabra. Toda su sociedad, la habia reducido al Padre Clavijero, que era su director espiritual, y el hombre á quien tenia mas respeto y mas amor en el mundo.

Una noche volvió mas temprano que lo de costumbre. Luego que Fulgencio lo vió, corrió alarmado á quitarle la capa de los hombros y á sostenerlo, por-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

que vacilante, y como si se hubiese bebido una pipa de catalan, apenas podia pasar de los umbrales de la tienda.

—¿Qué es esto Sr. Venguren, qué ha sucedido, traeré agua, vino, un médico....por el amor de Dios, qué ha sucedido señor amo? esclamó Fulgencio.

Vengurren se sentó en el sillon en que acostumbraba tomar su chocolate, bajó la cabeza, y no halló una palabra en mas de un cuarto de hora, hasta que repentinamente se levantó, y encendido de cólera, dió una puñada tremenda en el mostrador, que hizo temblar el armazon, y retroceder á Fulgencio.

—El rey es un pícaro, Fulgencio, gritó lleno de cólera.

—¡Señor ámo! Ha desterrado á los jesuitas, y á ese Padre Clavijero, que era el mejor mexicano de toda Nueva-España.

—¡Señor!

—El rey es un pícaro, volvió á gritar el viejo, y luego, como aterrorizado de la blasfémia que acababa de pronunciar, se quedó un rato con los ojos fijos y la boca entreabierta, se quitó el sombrero, y volvió á caer en la silla, diciendo entre dientes: Es menester conformarse con la voluntad del rey. ¡Pobre Clavijero!

La conmocion de Vengurren fué tan grande, que al dia siguiente no pudo levantarse de la cama, y continuó así malo, triste y callendo y levantando, como

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

suele decirse, hasta que al fin de quince dias, un golpe de sangre al cerebro lo privó del habla, y del uso de sus miembros, y murió al dia siguiente con la gran felicidad de que los doctores de espadin y gualdrapa, que habia entonces, no lo quemaron con fierros ardiendo, ni le administraron buenas docis de croton tiglium, como lo abrian hecho hoy los de carretela y caballos ingleses.

Aqui las dudas, la apuracion y la sosobra de Fulgencio, y mucho mas, cuando ocurrió inmediatamente el oidor D. Celestino Conejo de la Conejera, y á título de amigo del difunto, y de letrado profundo, se apoderó de todos los papeles y constituyó á Fulgencio depositario del dinero y efectos que habia en la casa.

Un entierro, y unos funerales magníficos en San Francisco, anunciaron á la afligida México, la pérdida de uno de sus comerciantes mas ricos, y otro panegírico del padre Rodrigo, que no copiamos por no fastidiar al lector, probó la nobleza, y las virtudes del difunto, el cual fué sepultado en el costado izquierdo de la nave de la iglesia de los Belemitas, colocándose en cima del sepulcro una estátua de piedra *Chiluca* incada de rodillas en un cojin de ladrillo, que representaba la *vera efigie* del difunto.

Los nueve dias parecieron eternos á Fulgencio, y casi no dormia sino dos horas escasas, devorando en su mollera los proyectos mas descabellados. ¿Abría he-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cho, ó nó, testamento el difunto: y en caso de aberlo hecho, quien sería el heredero? Si el duelo se hubiese prolongado una semana mas, Fulgencio pierde el juicio. Espirado que hubo el plazo, fuese á la morada del oidor, con sus inventarios debajo del brazo y ambos se dirigieron ante el alcalde de corte, y en presencia de escribano y testigos de asistencia, se quitaron las cintas y los plomos con que estaba atado y asegurado un bultillo de papeles.

Fulgencio no respiraba, pero creyó caer desvanecido, cuando habiendo roto la cubierta el escribano, apareció á sus ojos un letrero escrito con letras gordas, aunque mal hechas, que decia:

MI TESTAMENTO.

Pascacio Aguirrevengurren era un santo, pensó Fulgencio, puesto que no habia cometido la horrible maldad, de morir intestado. Quedaba por resolver la segunda cuestion.

¿Quién era el heredero? El oidor Conejo de la Conejera daba por seguro que él seria el dueño de todos los patacones del difunto: Fulgencio dudaba, y una palidez mortal cubria su rostro. Se abrió el testamento, y se encontró que todo era de puño y letra de Vengurren. ¿Cuándo lo habia hecho y dónde? Fulgencio lo ignoraba; pero suponia, que en las escapadas que el amo se daba á visitar al padre Clavijero, habia traba-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

jado esta interesantísima obra. La lectura comenzó:

En el nombre de Dios, &c.

Soy cristiano viejo, y creo en todo lo que enseña nuestra santa fé católica, &c.

Primero. Tengo un millon, doscientos mil cincuenta pesos en oro y plata acuñada, y ochenta mil doscientos treinta y seis pesos y seis maravedís en géneros en la tienda. No debo á nadie nada.

Fulgencio saltó de la silla alborozado: el testamento era muy moderno, puesto que contenia exactamente las cifras del último balance que se habia hecho, y que habia variado bien poco en los tres dias trascurridos.

El escribano, calándose bien los anteojos, continuó la lectura.

Dejo para veinte mil misas á mi alma, veinte mil pesos.

Dejo para limosnas á los pobres diez mil pesos.

Dejo para el colegio de Mondoñedo veinte mil pesos.

Dejo para un hospital en Filipinas, treintra mil pesos.

Dejo para que las monjas capuchinas de México, acaben su convento, quince mil pesos.

Dejo para una funcion á Santiago, con misa cantada, seis mil pesos.

Dejo para fundar cuatro capellanías, con obligacion de que los capellanes digan los viérnes de cada semana una misa por mi alma, doce mil pesos.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Dejo para dotes de niñas que entren al convento que quieran, cuarenta mil pesos.

Dejo al convento de Jesus María sesenta mil pesos, para que compre unas casas.

Dejo para una funcion el dia 19 de cada mes al Sr. San José, en el convento de Regina, ocho mil pesos.

Dejo al mancebo que sirve en la tienda, cien pesos.

—Ese es vuesa merced, dijo el oidor á Fulgencio.

—No hay tal cosa, señor oidor, el mancebo es Iturguieta, así se llama; y yo soy Fulgencio García: adelante.

El escribano prosiguió:

Dejo cien pesos á María Jacinta, y cien á Antonieta, y otros cien á su marido.

—Esos son los de Coyoacan, dijo Fulgencio.

—Adelante, esclamó el oidor, que ya rabiaba de impaciencia por oir lo que le dejaba su difunto amigo.

Dejo al señor oidor y mi amigo D. Celestino Conejo de la Conejera, un libro viejo de las Cédulas del Dr. Puga.

Item, le dejo una espada de taza y cruz, de la fábrica de Toledo.

Itera, una docena de pañuelos paliacates.

Fulgencio no pudo menos de taparse la boca, para no soltar la carcajada de risa, y el oidor, que lo notó, se lo quedó mirando con una espresion feroz.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

El notario continuó:

Dejo á Fulgencio mis calzones de paño viejos.

El oidor Conejera se echó á reir en los bigotes del andaluz, y con un aire burlon dijo:

—Prosiga vd., prosiga vd., señor escribano, que esto promete mucho para el amigo Fulgencio.

—Fulgencio bajó los ojos, y dejó caer los brazos, y el escribano continuó:

Item, en prueba de mi afecto, le dejo dos camisas usadas.

Item, mis zapatos y mi capa.

Item, dejo tambien á Fulgencio todo el resto de mi dinero, y todos los géneros de la tienda.

Como si un golpe eléctrico hubiese herido á los competidores, ambos cayeron de la silla, el uno á causa del inmenso placer de considerarse millonario, y el otro de cólera de verse desheredado de lo que creia ya suyo. El escribano se quitó los anteojos, pidió agua, les ayudó á reponerse en su asiento, y continuó la lectura poco interesante. Como Napoleon, y como Hernan Cortés, el gallegó seguia disponiendo en favor de diversas personas, de sus gregüescos, de sus chalecos, de sus sombreros viejos, y dejando legaditos á multitud de ancianos, de veinte y treinta pesos.

—Ese testamento es nulo, gritó el oidor, cuando se repuso de la sorpresa.

—Perfectamente legal, hecho en sana y cabal salud, en el pleno uso de todas las facultades mentales del di-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

funto y autorizado no por uno, sino por dos escribanos á mayor abundamiento, dijo el escribano, dando vuelta á las hojas, examinándolas y quitándose las gafas y limpiando alternativamente con las puntas de un pañuelo encarnado, ya los vidrios naturales que la edad habia empañado en sus ojos, ya los artificiales que habia oscurecido un poco el calor.

—Con que no hay remedio? volvió á preguntar Conejera.

—Ninguno, mas que recibir, dijo el escribano, las reliquias que os ha dejado el difunto.

—Bien lo habia yo pensado: ese hombre era un ingrato, un estúpido, un falso amigo sobre todo; porque mil veces me aseguró, que si él moria antes que yo, me dejaria un recuerdo.

—Y por Cristo que lo cumplió! interrumpió Fulgencio. Qué mas quiere vuesa merced, que un famoso cedulario, donde están las reales órdenes de S. M., y una buena espada para defenderse de los pillastros que atacan á la gente honrraa. No hay que poner esa cara triste, señor oidor, venga esa mano, y aquí tiene vuesa mercé un amigo que, si se muere antes, no lo olvidará, como no lo olvidoo mi difunto amo.

El oidor rehusó estrechar la mano que el andaluz le tendia, y salió rojo de cólera de la sala.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO IX.

DE LA NUEVA VIDA DE FULGENCIO, DEL LUJO CON QUE ESTABLECE SU CASA, Y DE CÓMO ADQUIERE UNA CAPITANÍA POR EL MÓDICO PRECIO DE QUINIENTOS MIL PESOS.

Una nueva éra se habria en la vida de Fulgencio. Heredero á los 27 años de edad, de los calzones viejos de paño de su amo, y por apéndice de todo su dinero, no sabia ni qué hacerse, ni por dónde comenzar. Si él hubiera sido gallego, las cosas habrian pasado sin ruido y sin dificultad, porque se hubiese conformado con seguir la misma vida y ejemplo que el difunto; pero andaluz, vanidoso, y sobre todo, dueño y señor absoluto de una fortuna inmensa, el mundo le parecia estrecho, y al virey lo veia ya como un grano de mostaza. En los primeros dias continuó en la tienda recibiendo los agasajos y cumplidos de todos los paisanos y vecinos; pero luego que tuvo un buen dependiente, le entregó

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

la negociacion, ascendiendo al mancebo Iturguieta al rango de dependiente, con veinte pesos al mes, con el privilegio de dormir no debajo, sino sobre el mostrador de la misma manera que el difunto Vengurren lo habia elevado á él á tan alto puesto.

Buscó una gran casa en la entonces aristocrática calle de Córdovanes, y la amuebló con todo el esplendor de la época. En los balcones y ventanas habia vidrieras, lujo que solo se permitian los millonarios y los títulos de Castilla: la sala estaba adornada con un friso *ó rodastrado* de damasco de China encarnado y muebles flamencos con las águilas austriacas, grabadas en la madera, é incrustrados de concha nácar y de marfil: en las paredes estaban colocadas unas pantallas de espejos venecianos, y del centro del techo pendia una gran araña de plata con veinticuatro albortantes.

El comedor de la casa de Fulgencio, era lo que habia que ver. Una mesa cuadrilonga de dos varas de largo, y vara y media de ancho, formada de una sola plancha de caoba, dos esquineros con sus alambrados llenos de la mas primorosa porcelana de China, y en medio un tosco aparador con cabezas de leones y esfinges de oloroso cedro, en los remates, todo lleno de arriba á bajo, de platos y de vasijas. No habia una sola cosa en la casa de Fulgencio, que no fuese de plata: candeleros, platos, vasos, hasta ciertas caserolas para el servicio de la cocina eran de este esqnisito me-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tal. Surtió su bodega de los vinos mas añejos, y su despensa, de los mas esquisitos comestibles de la madre patria, é instalado así sin que pudiese faltarle nada de lo que en aquel tiempo servia para el lujo y el regalo, sentóse en cima de sus talegas, con mas aplomo que el mismo Cárlos III, en su elevado trono. Si el difunto Vengurren resucitara y viera esto, decian algunos, se volveria á morir de pesar, pero otros tenian á mucha prez y honor, el recibir siquiera el saludo del andaluz, y por Dios, que jamás hombre mas hinchado ni mas vanidoso habia sentado sus reales en la ciudad de Moctezuma.

Luego que concluyó sus arreglos de casa, que no fueron largos, supuesto que el dinero todo lo allana y facilita, escribió á su padre á Cádiz.

Amao padre: Con mi última le remití unos cuantos maravedí, ahora le mando cien talega de peso para vos y los hermano, y para que se vaya á la corte á conseguí para mi, mucha nobleza, el título de conde de *Soto Alegre*, aunque bastante feo era y será todavía el de nuestra noble casa. No hay que perdé tiempo, soy muy rico, y lo que necesito hora es ser conde, y si se puee virey. Con que....treinta cosa á lo currito.

Va esta misiva con el reverendo que me ponia en la escuela como un crucifijo Le he dao alguno maravedí, para que pase alegre los último dia de su vida

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

en su convento de España, ya que tanto á pelao las nalga de los muchacho de esta tierra.

Pasarla bien, y un dia de estos daré un brinco al condado de *Soto Alegre*. No hay que desmayá. Todito el dinero que sea necesario en la corte, se pagará á letra vista. Quedar con Dios, y el vos guarde como lo desea vuestro noble y amante hijo

DON FULGENCIO.

Hecho esto, Fulgencio, que lo que deseaba era figurar entre los hidalgos y los títulos de México, abrió su casa á los canónigos, á los oidores, á los alcaldes de mesta y á los oficiales reales, y no faltaba ni el contador de tributos, ni el Juez Balanzario de la casa de Moneda, ni el inquisidor mayor. Se tomaba en casa de D. Fulgencio García un buen chocolate, se rezaba el Rosario y la Estacion á las ocho de la noche, y hasta las diez se jugaba á las cartas, ó se platicaba de las profeciones de las monjas, de los capítulos que los frailes celebraban, para elejir provincial, ó de las guerras tremendas que sostenia el augusto Cárlos III, con todas las pérfidas y bárbaras naciones de la Europa. D. Fulgencio era un gran personage, y no habia cofradía de que no fuese hermano, ni iglesia que lo dejase de contar en el número de sus bienhechores. Afortunadamente y á pesar de sus exhorbitantes gastos, sus negocios iban perfectamente, pues la antigua tienda del Parian, de Aguirrevenguren hermanos, con-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

servaba su nombre, su crédito, y las utilidades eran tan pingües como antes.

Las cartas de España. no eran de lo mas satisfactorias. Su padre le escribia, que por mas pasos que habia dado en la corte no le habia sido posible otra cosa, mas que gastar una buena parte de los duros, pero que le juraba que todo saldria bien Cuando la muerte venga, le escribia el viejo andaluz, le diré: ¡atras, aguarda un poco bellaca, deja que el chico D. Fulgencio sea conde de *Soto Alegre*, y despue nos haremo triza y veremo quien puee má!

En estas alternativas y fluctuaciones, estaba el asunto del condado, cuando estalló de nuevo la guerra entre Inglaterra y España.

Era entonces virrey, el buen D. Antonio Bucareli, y amante de su patria, como el quc mas, deseaba ayudar de una manera positiva á su soberano, y humillar por su parte, al pérfido inglés. Habia pensado reunir una junta, de los ricos y nobles de la ciudad, para pedirles un donativo, y remitir á España la mayor cantidad posible de dinero, mas no habia encontrado una oportunidad, hasta que para sacarlo de este empeño llegó, cuando menos se aguardaba á Veracruz, la fragata Covadonga con pliegos muy importantes, que caminando con la velocidad del rayo apenas pudo traer, al cabo de cuatro dias á la capital, un estraordinario violento.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

El virey convocó entonces una junta en el palacio. Por supuesto que ninguno mandó decir que estaba enfermo, ni mucho menos envió como rasgo de esmerada educacion á su dependiente, *sin instruccion ninguna*, sino que por el contrario, todos los citados se vistieron con sus grandes casacones y sus chalecos de lama de oro, y sus diamantes de gran precio en los vuelos de la camisa; y tuvieron á mucho honor, el que el virey tuviese la señalada bondad de pedirles algo para ayudar la real tesorería de su muy amado soberano.

El Bailio era hombre de muy buenos modales; digno sin orgullo, y amable sin estudio ni afectacion: su gran nariz, un poco encorvada, sus ojillos pequeños; pero mansos y serenos, y su boca grande; pero franca, daban á su fisonomía un aire de bondad y de honradez tal, que cautivaba á todos los que le trataban. Ademas, su alto carácter, y el respeto con que entonces era mirada la autoridad, contribuyeron á que la junta tuviese mejor resultado.

Señores, dijo el virey, despues que con el ceremonial y caravanas de la época hubo saludado á los concurrentes, acabo de recibir pliegos de la corte. La guerra con esa traidora potencia con quien, para desgracia de la España, ha tenido alianza y amistad en otras ocasiones, ha estallado de nuevo.

—Con la Inglaterra por supuesto, preguntó bruscamente un comerciante gordo y encarnado.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Con la Inglaterra, continuó el virey, reprendiendo dulcemente con una mirada al que lo habia inturrumpido; pero los despachos de S. M. me anuncian, que ya el inglés traidor ha llevado su merecido castigo.

Un murmullo de entusiasmo interrumpió al virey, éste dejó desahogar un momento esa esplosion de patriotismo, y prosiguió:

—"Decia, que el inglés traidor ha sido castigado, y que la real marina española, como siempre, no solo ha dejado bien puesto el honor, sino que ha hecho prodigios inauditos; en una palabra, os haré saber, que habiéndose trabado un combate, ha sido tomado al abordage el navío inglés llamádose el *Ardiente*, de 64 cañones: aquí están los despachos de S. M., que no dejan duda de lo que digo.

El virey pasó los pliegos que tenia en la mano á la persona que estaba mas inmediata, y así fueron pasando de mano en mano: unos los besaron, otros quedaban tan complacidos y admirados, que parecia que no era un papel sino el mismo navío *Ardiente* con sus 64 cañones, el que pasaba por las manos de aquella patriótica y respetable asamblea.

El virey creyó que la conserva estaba ya de punto, como suele decirse, y continuó:

"Fácilmente pensaréis que lo que S. M. necesita son prontos auxilios de dinero, y que todo lo espera de sus fieles vasallos de Nueva España y....

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

El virey no pudo concluir, porque el personage que estaba á su derecha lo interrumpió, diciendo en voz alta: "El consulado de México se suscribe con cien mil pesos."

El virey hizo con la cabeza una cortesía al generoso cónsul, é indicó que siguiera la suscricion, no teniendo, como en efecto no tenia necesidad de ponderar mas las victorias de la marina española. La suscricion continuó.

El conde de Peñon Blanco, cincuenta mil pesos.

El marqués de Sierra Azul la misma suma.

El duque del Rosario, cien mil pesos.

El tribunal de minería, doscientos mil, dijo otro con cierto orgullo.

Por la archicofradía de San Homobono, dijo un clérigo apergaminado, y que tosía frecuentemente, ofrezco ciento cincuenta mil.

Por la señora marquesa de la Agua fria ofrezco treinta mil pesos, dijo un abogado con voz muy suave y temblorosa, de manera, que creo nadie lo oyó.

—Qué suma? preguntó el virey.

—Treinta mil pesos, volvió á repetir el representante de la marquesa, avergonzado de su pequeñez y miseria.

—Fulgencio no pudo aguantar ya.

—Señor virey, dijo, creo que en esta junta no se viene á insultar á V. E., ni mucho menos al rey.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Cuando Fulgencio mencionó al rey, toda la concurrencia hizo una cortesía é inclinó la cabeza.

—Yo soy clarito, señor virey, continuó Fulgencio, y veo que aquí se están ofreciendo cantidades que no alcanzan ni pa un falucho. Se trata de aniquilaa pa siempre la marina de esos perro hereje, pues al lance, y eso se face con dinero.

—Yo ofrezco una fragata entera y verdadera de 64 cañone. Veremo si es andaluzaa ó realidad. Con permiso señor, virey.

—Fulgencio se acercó á una mesa, tomó una pluma y un pedazo de papel, y con uno de los porteros envió una carta. A poco se presentó el dependiente Iturguieta, seguido de una multitud de cargadores con talegas llena de pesos.

—Creo que habrá con medio millon de pesos para una fragata, ¿no es verdá, señor virey?

—El virey y los demás asistentes se quedaron maravillados de la escentricidad del sucesor de Vengurren; pero como fuerza es admirar y aun imitar esas grandes cosas, la suscricion subió á tal grado, que solo de ella envió el virey tres millones á la península. En cuanto á Fulgencio, el dia siguiente recibió un par de divisas de capitan. Estaba loco, no sentia ni el hueco que en su caudal habia dejado el donativo. Le bastaba con ser el capitan *Don Fulgencio García Julio.*

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO X.

DASE CUENTA DE COMO FULGENCIO SE ENCONTRÓ REPENTINAMENTE POBRE, DE SU VIAJE A LA NUEVA VIZCAYA, Y DE SU CASAMIENTO CON DOÑA ANA DE GIBRALTAR.

Tan luego como Fulgencio pudo ponerse un chupin azul con su solapa encarnada, peinarse de polvo dejándose una larga coleta, portar al cinto un espadin y llamarse ya sin riesgo ni contradiccion alguna el Sr. capitan D. Fulgencio García, se volvió materialmente loco. Cerró la tienda, se retiró del comercio y comenzó realmente la vida espléndida de un gran señor. Todos los dias eran donativos para la corona. para los hospitales, para los conventos. Vengurren habia cumplido con este deber de usanza en esos tiempos con la esperanza de que su ánima estuviese menos años en el Purgatorio, Fulgencio, su sucesor en el caudal, se contentaba con recibir su recompensa en esta vida, y esta

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

recompensa se reducia á que el dia de su santo las madres le mandasen de cuelga panecitos y velas benditas y platones de crema, adornados con flores de camelote y de liston de granada; pero sobre todo, lo que sacaba de quicio á Fulgencio era verse retratado de cuerpo entero en las porterías y en los cláustros con un letrero que decia: *Verdadero retrato del muy noble é ilustre D. Fulgencio García Julio, capitan de los reales ejércitos de S. M., caballero del hábito de Santiago, tesorero de la muy ilustre archicofradía de San Emigdio, mayordomo perpetuo de la vela encarnada, socio fundador de la congregacion de los niños andaluces, y patrono de la real capilla de Santa Efigenia vírgen y mártir.*

Cada retrato de estos le costaba á poco mas ó menos tan barato como la capitanía; pero satisfecho con esto y con el hábito de Santiago, que era todo lo que se habia podido conseguir en la córte de España despues de haberse agotado la mayor parte de los escudos que mandó á su padre, vivia tan satisfecho y descuidado del porvenir como si fuesen suyas las ricas minas de Pachuca. Iturguieta que habia continuado en su servicio se le presentó un dia.

—Señor capitan, tengo que dar á vd. un mal rato: el dinero se está acabando y todo lo que queda ya en la bodega son unos diez ó doce mil pesos.

—¡Bribon, á mí venirme con ese cuento! esclamó

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Fulgencio: eso no es cierto, no puede ser cierto. Yo soy rico, muy rico, millonario; lo entiendes, millonario.

—Si el señor capitan tiene en otra parte el dinero, eso es otra cosa; pero lo que es en la casa repito no hay mas que esa suma.

—Fulgencio inclinó la cabeza, y por primera vez despues de su arribo á la América, pasó por su frente una nube de profunda tristeza. Era ya pobre: doce mil pesos, los muebles de la casa, la plata labrada y algunas alhajas, esto era todo lo que quedaba en pocos años de la inmensa fortuna, fruto de tantos años de privaciones y de fatigas de los difuntos hermanos Aguirrevengurren.

—Quiere el señor capitan ver las cuentas.

—Qué cuentas ni qué alforja, dijo Fulgencio dando una palmada en la mesa y dejando caer su cabeza con desconsuelo.... Bah! trae el libro, veremos siquiera cómo se consumió la fortuna.

Iturguieta trajo un libro forrado en terciopelo con broches de oro. El libro mugroso y forrado de badana encarnada que llevaba Vengurren, representaba el órden y la economía; era el libro de *Crédito:* el lujoso volúmen de Fulgencio, representaba el desórden, el despilfarro y el *Débito* de esta partida doble que habia principiado hacia mas de cincuenta años con el económico gallego, y terminaba con el vanidoso y pródigo andaluz.

—Vamos, Iturguieta, lee algo de ese maldecio libro,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Iturguieta destrabó los broches de oro del lujoso volúmen y comenzó á leer:

Fecha tantas, &c.

Donativo á S. M. para una fragata de sesenta y cuatro cañones..... 500.000

—Los sesenta y cuatro quisiera que dispararan sobre mi cabeza por borrico, esclamó Fulgencio; pero continúa, continúa, y veremos qué se puee cobrar de todito ese desbarajuste.

Gastos de la construccion de la capilla de Santa Efigenia, vírgen y mártir..... 60.000

Donativo para construir el coro y capilla de los Sepulcros..... 35.000

Perdido en los plees de la pelota desde tantos de Marzo..... 10,000

Mandado á España para el pleito del condado de Soto Alegre..... 150.000

Gastos anuales de la casa 35.000 ps., en seis años..... 190.000

Por valor de las perlas, esmeraldas y topacios comprados para bordar el manto de San Emigdio..... 85.000

Fulgencio no pudo ya aguantar y se puso de pié decidido á cometer cualquier violencia.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Mira, Itarguieta, le dijo: si tú, y tu maldecio libro no se me quitan de delante les hago polvo, y vive Dio que si no fuera yo capitan de los reale ejército de S. M., iba yo á quitarle la capa bordada de perla que le dí á San Emigdio, mas que lo diablo se lo llevasen de frio.

Iturguieta salió mas que de prisa y Fulgencio cayó malo en cama del pesar que le habia causado el tornar á ser pobre de la noche á la mañana. No le quedaba mas remedio que solicitar un empleo y abandonar la capital, pues no podia vivir económicamente en el teatro mismo de sus prodigalidades y de su elevada fortuna. Esta deidad inconstante parece que no lo abandonaba del todo. Al tercero dia de su encierro, pues no habia consentido que lo viese nadie mas que las criadas que le servian el alimento, se presentó Itarguieta.

—Traigo una carta, señor capitan, que ha conducido un propio, y viene de la Nueva Vizcaya.

—Dámela, y vete, contestó el andaluz. El propio quiere mañana volverse á poner en camino con la contestacion.

—Véte, y sonaré la campana si te necesito. Iturguieta salió de la alcoba y Fulgencio abrió la carta. Ella venia fechada de un lugar que no era desconocido á Fulgencio, y que le despertaba los recuerdos de los primeros trabajos y goces de la juventud.

Mi padre ha muerto, y soy dueño de mi mano y de mi fortuna. Si vuesa merced es un caballero español

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

que sabe cumplir su palabra, venga inmediatamente á recibir el corazon de *Doña Ana de Gibraltar.*

Fulgencio sonó la campanilla, é Iturguieta entró en el acto.

—Dispon todas las cosas porque mañana á la madrugada marchamo á la Nueva Vizcaya.

—Supongo que el viaje será en coche, y si es así os faltan mulas.

—Te he dicho que disponga todo lo necésario para el viaje. Toma el dinero necesario y que nada falte para mañana á las cinco en punto.

Iturguieta salió á cumplir las órdenes del amo y Fulgencio vió el cielo abierto. Un casamiento con una muger hermosa y rica, le proporcionaba la ocasion de salir airosamente de México, de reparar su fortuna y de figurar con mas esplendor entre los hidalgos de la provincia donde iba á radicarse. Dirigióse á la casa de su paisano y amigo el contador de tributos, le encargo que traspasase su casa, que vendiese los muebles y la plata labrada, y le enviase el dinero en primera oportunidad á la hacienda donde iba á residir. Esa noche dió no un *té*, que esa es moda inglesa y entonces no se conocia, sino un *chocolate* á sus viejos amigos y les participó que tenia que marcharse á cumplir ciertos compromisos de honor que habia contraido con una dama de la Nueva Vizcaya, de mucha nobleza y de gran mérito; pero que una vez casado volveria con ella á re-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

sidir á la córte mexicana. La noche terminó con caravanas, apretones de mano, ofrecimientos que son tan del uso y agrado de la raza española, y al dia siguiente rodaba ya sobre las calzadas y los campos alegres del valle el pesado carruaje que conducia al capitan D. Fulgencio á nuevas y lejanas tierras.

Bien despacio se camina hoy en la República, pero mucho mas se caminaba hace ochenta años; así es que Fulgencio tardó cosa de dos meses en llegar á su destino; pero al fin llegó alborozado, alegre, contento como un niño. El propio que se habia adelantado algunas jornadas previno á la ama, y ésta salió á recibirlo. Fulgencio se apeó del coche y con los brazos abiertos buscaba á su adorada presunta; pero en vez de la fresca hermosura que en otro tiempo habia conocido, se le presentaba una figura toda arrugada, maltratada, cocida y recocida, como si el cútis de la cara se hubiese formado de un pedazo remendado del hábito de una capuchina. Fulgencio retrocedió, volvió de nuevo á preguntar, dudó, vaciló, hasta que al fin tuvo que arrojarse en brazos de aquella figura informe. Doña Ana de Gibraltar, víctima de las viruelas, habia escapado milagrosamente de la muerte mientras Fulgencio venia en camino; pero su frescura, su belleza, su fisonomía toda, si así puede decirse, habia sido arrancada por la mano terrible de la epidemia. Lágrimas, lloros, protestas de parte de la víctima; duda, desaliento, vacila-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cion por parte del novio. Por fin, D. Fulgencio habiendo reflexionado que en definitiva se casaba con una rica y salia de una situacion dificil, aceptó la mano de la nueva y fea Doña Ana, y las bodas se celebraron con la pompa y solemnidad que se acostumbraba entre las familias nobles y ricas.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XI.

DE LOS APROVECHAMIENTOS QUE HIZO EN EL COLEGIO FULGENCIO EL CHICO, DE SU ENTUSIASMO POR LA LIBERTAD, DE SU ENTRADA TRIUNFANTE EN LA CAPITAL, Y DE LA MUERTE DE SU MADRE Y DE SU PADRE.

Estado muda costumbres, dice, segun creo, un refran. Sucedióle esto á D. Fulgencio. Retirado, económico, trabajador, parecia un hombre enteramente diverso del que habia por ostentacion tirado en México una pingüe fortuna. Doña Ana por su parte, aunque fea, por demas era una muger que procuraba no solo complacer sino adivinar los pensamientos de su marido. De esta union resultó á los dos años un vigoroso heredero que recibió en el bautismo el nombre de Fulgencio; circunstancia precisa para que de generacion en generacion fuese trasmitiéndose no solo la nobleza, sino tambien el nombre del primogénito y heredero de la ilustre ca-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

sa de los Garcías Julios. Encantados el padre y la madre con el pimpollo que resultó de la mezcla de la sangre andaluza y judía, no pensaban en otra cosa mas que en celebrar las gracias y aumentar la fortuna que deberia un dia formar la renta del nuevo conde de *Soto Alegre*, pues Fulgencio no perdia la esperanza de ganar el pleito comenzado en España, y tanto para esto como para auxiliar á su padre que ya juraba en falso, como suele decirse, no dejaba de hacer sus remesas á la madre patria, consumiendo no solo el resto de su bajilla, sino tambien una parte de los productos de la finca. La manía de la ostentacion y de la nobleza era incurable en Fulgencio.

Transcurrieron así en esta vida monótona del campo años y años, hasta que el nuevo vástago tuvo edad bastante para entrar en el colegio. En ese tiempo todavía para la gente de noble alcurnia no habia mas que dos carreras: la Iglesia ó el foro; de manera que Fulgencio el chico, que así designaremos al hijo de nuestro andaluz, deberia ser ó canónigo de la Catedral, ó alcalde del crímen cuando menos, si no era que llegaba á oidor de la audiencia de México ó de Guadalajara. Don Fulgencio que hacia años no pisaba la córte, volvió á poner en movlmiento la complicada y pesada máquina que entonces se llamaba coche, y empleando otros dos meses en el camino llegó á la Metrópoli acompañado de su hijo, al que puso en el mas

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

antiguo colegio de San Juan de Letran y comendadores juristas de San Ramon, dejándolo muy bien recomendado y encargándole á su amigo el contador de tributos que pagase la pension y ministrase ropa y todo lo demas de que tuviese necesidad el noble mancebo.

Don Fulgencio el grande consiguió en su viaje el nombramiento de subdelegado de Villerías, pueblecito cercano á la hacienda, y con este título regresó satisfecho entre tanto le venia el de conde de Soto Alegre.

No puede negarse que la civilizacion recorre velozmente su camino en este pícaro mundo. El padre habia venido solo y descalzo á la América, y habia comenzado su carrera con la escoba en la mano: el hijo vestido de paño fino y de telas de lino, entraba con su Nebrija debajo del brazo á la república de las letras. Ya iremos observando en este libro los progresos de la raza, de la familia y de la civilizacion misma.

Fulgencio el chico hizo en el colegio, lo que todos los colegiales. Masticaba en las horas de estudio envuelto en su turca negra, y con sus zapatos rotos, el *musa musae* y el *bonus bona*, y lo demas del tiempo lo empleaba en compañía de los muchachos de su edad en inventar maldades y *diabluras*, como dicen todavía los estudiantes. Unas veces se trataba de robarle la cena al rector, y no habia poder humano que pudiese evitarlo: alambres para retitar las cazuelas, clavos para abrir las cerraduras, hilos y cuerdas para lazar el canastillo; en fin, el rector se quedaba sin cenar mu-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

chas noches, y esto costaba un encierro ó una *pela* á los que se presumia eran autores del atentado. Como en política, sucedia que las mas veces los culpables se quedaban riendo, y los inocentes eran los que sufrian el castigo.

Como Fulgencio el chico era noble, se pasó por alto sobre su ignorancia en la lengua de Ciceron, y sus exámenes fueron brillantes: pasó á filosofía, y sucedió otro tanto; en fin, era ya un bachiller de tomo y lomo en la época en que el cura Hidalgo, con su famoso grito, habia trastornado los cimientos del antiguo sistema colonial. La idéa de la libertad y de la independencia, habia cundido no solo en los campos, sino tambien en los colegios y en el asilo venarable de los comendadores juristas de San Ramon: se respiraba ya esa atmósfera infectada con las doctrinas de lo que entonces se llamaba herejía, traicion á la patria y al rey, crímen nefando y blasfemo. La política tenia horcas y la Inquisicion bartolinas, para castigar á todos los rebeldes. ¡Cuánto y en qué poco tiempo mudan los tiempos y las costumbres!

Para un muchacho encerrado en un colegio, sujeto á la monotonía de la vida del estudiante, y al capricho y mal humor de los catedráticos, la idea de la libertad era seductora é irresistible. Correr por los campos, seguido de una turba de patriotas, entrar á las poblaciones y disponer de las buenas mosas, de los briosos caballos, y de las frescas mantequillas y aro.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

máticas frutas, sin tener que pedir licencia á nadie ni pagar un maravedí, era una vida bien distinta de la que se llevaba en las manciones del oscurantismo, donde era preciso levantarse á ciertas horas, estudiar, comer lo que al déspota cocinero le daba la gana, y obedecer al tirano catedrático cuando hacia repetir la leccion.

Fulgencio, seducido enteramente con una perspectiva de goces, de holganza y de libertad, comunicó su proyecto á un condiscípulo de la misma edad que se llamaba Espiridion Lanzagorta, y ambos resolvieron marcharse, en primera oportunidad, con los insurgentes.

No tardó en presentárseles ocasion. D. Fulgencio el grande, satisfecho por los informes del contador de tributos, de la sabiduría que su hijo habia adquirido, y resuelto á inclinarlo á la carrera de la Iglesia, obteniendo para él una prevenda, resolvio que las vacaciones las pasase en la hacienda, y al efecto, envió el avío á la capital, es decir, ocho ó diez mozos con otros tantos caballos de mano, y un chinchorro de mulas de carga. Los hacendados así caminaban en esos tiempos.

Fulgencio el chico y su íntimo amigo Espiridion, se despidieron tiernamente de sus maestros, de sus condiscípulos y del real contador de tributos, montaron á caballo, y en vez de dirigirse á la hacienda *pintaron el venado* como quien dice, y se fueron á reunir con la partida de insurgentes con que primero toparon. De

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

los mozos que vinieron de la hacienda, unos siguieron á Fulgencio el chico, y otros regresaron al lado de Fulgencio el grande con una carta, en que el hijo le decia al padre, que siendo primero la patria que la familia y el colegio, habia resuelto ponerse en campaña y defender la independencia hasta triunfar ó morir. Un rayo en la coronilla de la cabeza, no hubiera hecho mas efecto en D. Fulgencio, que la lectura de la carta. ¡El, realista hasta las uñas de los piés, noble no como quiera, sino desde los tiempos de Roma, subdelegado de un pueblo, capitan y futuro conde de Soto Alegre, tener un hijo desnaturalizado, pervertido é impío, corriendo por esos campos y buscando con el sable á los de su propia sangre y raza! Esto era imposible, el andaluz no lo creia, no lo queria creer, y leia y volvia á leer la carta; y tan pronto se le venian las lágrimas á los ojos, como echaba chispas por ellos y espuma por la boca, de la rabia, el despecho y la desesperacion.

Fulgencio desde ese mismo momento sacó la espada, que habia estado enmohecida en la vaina desde que el virey lo hizo capitan, y juró defender al rey hasta morir. Reunió, en efecto, cuantos criados y gente pudo, y antes de un mes estaba ya en campaña en el Interior, reunido á otras partidas numerosas de realistas, como su hijo se habia reunido con otras de insurgentes. Quizá estaban á poca distancia el padre y el hijo, quizá los tiros de sus arcabuces se habian ya cam-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

biado! ¿Quién sabe? El caso es, que la pobre doña Ana, en menos de dos meses, se vió privada del apoyo del marido y del amor del hijo, y sola y traspasado de dolor el corazon, los veia en los peligros y aventuras de la guerra, armados el uno contra el otro. Este pesar profundo alteró su salud de tal manera, que á los pocos meses murió, privada del consuelo de que asistieran á sus últimos momentos, las únicas personas que formaban en la tierra toda su familia.

Ni Fulgencio el grande, ni Fulgencio el chico, eran de la talla de los Federicos, y de los Napoleones, así es que no hicieron el menor ruido, que nó se habló una palabra de ellos, que no tomaron ningua ciudad ni fortificacion, y que de consiguiente el realista de nada sirvió á su amado Fernando, y el insurgente mucho menos al gran Morelos y al intrépido Galeana. Resultó, que muerta doña Ana, los rancheros del pueblo donde tan dignamente desempeñaba D. Fulgencio las funciones de subdelegado, se volvieron insurgentes de la noche á la mañana, y calculando realistas á las vacas y á las ovejas, dieron tras de ellas y en poco tiempo no dejaron ni uno solo de estos temibes enemigos. Cuando en una de sus escurciones, D. Fulgencio visitó su hacienda, se encontro sin muger, sin ganados, con una tierra inculta y abandonada, y una casa medio quemada, y medio destruida. Volvióse á México tan pobre, como el dia que entró con el virey; pero destrozado el corazon de rábia y de ensono. El

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

contador de tributos, que era su sincero amigo y un tanto riquillo, lo recibió en su casa y le proporcionó un rincon en que dormir, y un pedazo de pan en su mesa.

Triste, abatido, cabizbajo pasó D. Fulgencio toda la época terrible de la independencia. Fulgencio el chico, ni se indultó ni siguió con las armas. Se quitó el bigote y las barbas, cambió de trage, y como se dice vulgarmente, se sumió, y ni el gobierno, ni su padre, ni los insurgentes volvieron á saber de él. La tierra se lo habia tragado. Apareció Iturbide, y apareció tambien Fulgencio. Eran dos astros que tenian que brillar juntos. ¿De dónde salió D. Fulgencio tan rollízo, tan gordo, tan guapo, montado en un escelente caballo, y con las bolsas bien provistas de dinero? Eso es lo que por ahora no sabemos, pero que tal vez tendremos necesidad de indagar en el curso de esta história, el caso es que se incorporó al ejército trigarante, y que hizo su entrada triunfal en México como tantos que se salieron entonces, se han salido despues, y se saldran siempre de la capital, á reunirse con los vencedores, para merecer con ellos los honores del triunfo. y la munificencia de las recompensas.

Don Fulgencio el grande disfrazado, casi fuera de sí, salió de la casa del contador de tributos el dia de la solemne entrada del ejército. Para él, todo eso era ilegal, pasagero como una sombra. El legítimo sobe-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

rano era Fernando, y todas las batallas ganadas y el hecho mismo de la Independencia no signifiicaba nada en aquel momento de triunfo, á la colonia sumisa y pacifica como en los tiempos del buen Bailio D Antonio Bucareli. Estaba loco, y locos en verdad son todos los políticos, para quienes los sucesos y las histórias de la vida son nada. Preocupado con estas ideas D. Fulgencio, embebido en el quicio de una puerta veia pasar soldados y mas soldados, y oficiales y mas oficiales: entre un grupo distinguió una figura.... luego dicen que el corazon no es noble. El de D. Fulgencio lo era al menos, pues le latió fuertemente al reconocer á pesar del polvo, del gran sombrero, y de los arreos militares, á su hijo, al fruto de sus entrañas, al malogrado Fulgencio el chico.

Quiso dirigirse hácia donde estaba, colgarse de las crines del caballo, y arrancar los empolvados vigotes al campeon de la independencia, quiso por lo menos hablar, maldecirlo....en fin, quiso hacer tanto que al fin no hizo nada, y arrimándose á la acera y con el paso vacilante y la vista turbada, se dirigió á la casa del contador de tributos. En la noche no quiso cenar, y se recogió temprano: al dia siguiente, cuando la recamarera le metio el chocolate estaba muerto. La espulsion de los jesuitas costó la vida á Vengurren, la entrada del ejército trigarante, con el ausilio de sesenta y siete primaveras, se llevó al otro mundo á Fulgencio el grande.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XII.

DASE CUENTA DEL LUGAR APARTADO EN QUE VIVIA DON FULGENCIO, DE LA FAMILIA Y DE LA INTERESANTE CONVERSACION, QUE AL HACERSE LA BARBA, TUVO CON MAESTRO PIMPINELA.

Tenemos que echar el telon. La época pasó, los actores desaparecieron, amigos y enemigos, tiranos y oprimidos duermen ya debajo de la misma tierra. Hemos querido echar una rápida ojeada á las costumbres antiguas, y realmente los capítulos que han precedido, no son mas que el Prólogo.

Los pesados muebles de caoba, con las cabezas de leon y las águilas austriacas esculpidas en los respaldos, las grandes arañas de plata que decoraban aquellos salones tétricos, oscuros, de la nobleza mexicana, las pelucas y las coletas, los casacones de tisú y las hebillas de oro y diamantes, todo ha desaparecido; pero mas que todo esto, de que aun se encuentran reli-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

quias y vestigios, han desaparecido las costumbres y los hombres. ¿Dónde están los hidalgos que dejaban empeñado su bigote en una tienda por diez ó doce mil pesos, y que á veces no volvian por él? ¿Dónde aquellos varones que, como Fulgencio, hacian grandes obras de caridad y fundaban monasterios, contentándose por única recompensa, con verse retratados con su peluca y su espadin? ¿Dónde, en fin, aquellos comerciantes, que no sabian qué hacer con las talegas apiladas y que, como Vengurren, morian sin deber un peso á nadie? Vaya vd. ahora á prestar á interes sobre bigotes, vaya vd. á liquidar una casa de comercio, vaya vd. á buscar un peso. Ni en Californias se encuentra ya; pero, repetimos, el telon tiene que caer sobre estas escenas, de las que acaso nos ocuparemos en otro libro y en otra vez: vamos no á lo nuevo, no á lo de ahora, que ya es tambien ese tiempo medio, en que no habia ni el silencio vireinal, ni el ruido de la reforma, á ese tiempo que nos arranca á veces suspiros á los que nos vamos haciendo viejos, y nos parece mejor, como á nuestros padres parecerá, lo pasado que lo presente.

En una hacienda situada en un Estado de la federacion mexicana, y cuyo nombre poco importa saber, vivia una familia compuesta del esposo, la cara mitad, dos niñas ya casaderas, un pimpollo que habia sido

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

enviado á recibir su educacion á Inglaterra, y otro varoncito que estaba ya madurándose para hacer su viaje.

La hacienda era un vergel: frente á la casa, de antigua construccion española, pasaba un ancho y cristalino rio; á la derecha se descubrian unas montañas altas y cubiertas de ocotes y de pinos, y á la izquierda un estenso valle, por demas fresco y florido, con la fecunda vecindad de las trasparentes y caudalosas aguas. En este lugar, que no se hubiese desdeñado de ser la primera cuna de nuestros padres, habitaba la respetable familia.

El padre era un hombre de cerca de cincuenta años de edad, grueso, de grande boca, ojos chiquitos, ceja muy poblada, nariz un tanto inclinada al Sur, y cabello negro y lásio: era una fisonomía vulgar, como la de tantas otros gentes, en la que el pintor, el novelista ó el escultor, no pueden descubrir, por mas esfuerzos que hagan, nada de notable. Este patriarca, dueño de grandes rebaños de carneros, y autor de la prole á que nos hemos referido, se llama D. Fulgencio, hijo legítimo de nuestro antiguo y noble capitan D. Fulgencio y de la bella doña Ana de Gibraltar.

La madre era una persona morenita, de baja estatura, de inflados carrillos, de formas mas bien cuadras, que no esbeltas ni torneadas: buena dentadura, buenos ojos, cabello ralo y escaso, y la cara llena de paño,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

pues en cada parto habian aumentado las manchas, hasta el grado que casi tenia una tercera ó cuarta epidermis, y con mas exactitud podria decirse, que su fisonomía, como los árboles, era una sucesion de capas corticales. Tampoco, salvo este defecto que le hacia aparecer mas morena de lo que en sí era, tenia la buena señora nada particular que pudiese servir para el estudio de un artista: se llamaba Anastasia, y los criados y los campesinos la llamaban *Nastasita*.

Seguia el primogénito que, como su padre, su abuelo y su bisabuelo, se llamaba tambien Fulgencio. Cuando regrese de la altiva Albion, donde estaba bebiendo los alientos á los ingleses, tendremos la ocasion de conocerlo.

Ocupémonos de Pancha y de Marica, que eran las dos hermanas; y en cuanto al *zocoyote*, como llamamos en azteca al menor de las familias, era una criatura que no cumplia los siete años, sin mas particularidad que ser travieso y voluntarioso, como todos los muchachos de su edad.

Pancha era una guapa muchacha: de un envidiable color rosado, de unos ojos negros como dos azabaches, de unas madejas de cabello fino que le cubrian la espalda: torneada, redonda, de cútis suave y de blancos dientes, ostentaba toda la lozanía de sus diez y ocho años.

María era mas fina, mas delicada, mas humilde; y

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

aunque mas simpática, menos hermosa que su hermana.

Pancha, garbosa para andar, viva y hasta inteligente en sus miradas y en los movimientos de su fisonomía, llamaba la atencion desde el primer momento.

María era tan recogida y tan modesta, que era necesario observarla cuidadosamente para encontrar en ella la dulce espresion de sus ojos y la modesta sonrisa de una boquita de carmin.

¿Cómo de la santa union conyugal de D. Fulgencio y de Nastasita, habia resultado tan hermoso par de muchachas, es lo que no se puede esplicar; pero pues el hecho habia venido á echar por tierra todos los cálculos de los vecinos y de las comadres, contentémonos con respetar los secretos de la naturaleza y admirar sus maravillas.

Formaban tambien parte integrante de la familia Diana, Corina, una cotorra, dos canarios, una jaca vieja y dos perros cascarrientos y ordinarios.

Corina era una perrita chihuahueña, pertenecia á Pancha. Diana, mas pulida y mas fria, era de la propiedad de Marica, así como la cotorra y los canarios, La jaca vieja era la antigua servidora y compañera de doña Nastasita y los dos perros, formaban la idolatría y el encanto de D. Fulgencio. Cuando hablaba de su familia, siempre decia mis hijas, mis perros y mi muger. De la misma manera cuando Pancha platicaba, decia, fuimos todos juntos, Corina, mi papá y mi ma-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

má. Solo María sabia hacer la distribucion debida entre los animales y su familia, y esto le habia valido la nota de cruel y desnaturalizada. Tales eran, pues, los habitantes de este retirado castillo, enclavado en la augusta soledad de las montañas y rodeado de cuantos encantos tiene la naturaleza salvage de la América.

Cualquiera creerá que esta familia rica, independiente y retirada del bullicio, se pasaba una vida llena de aquellas delicias pastoriles que tan perfectamente nos ha pintado el dulce Garcilazo: nada de eso, y por el contrario, no habia existencia mas monótona ni mas fastidiosa.

En vez de levantarse temprano á gozar del ambiente perfumado de los campos, los rayos dorados del sol, que entraban por las hendiduras de las puertas, iban haciendo despertar á las ocho de la mañana á D. Fulgencio, y todavía se esperezaba, bostezaba y solia voltearse del otro lado, como si fuesen las tres de la mañana. Luego que se incorporaba, sus hijas, que poco antes se habian levantado, se presentaban en la recámara con el cabello suelto, los trages desabrochados, á veces sin medias y chapaleando el fino calzado de seda: seguian á las niñas que venian á saludar la aurora con su papá, dos criados con los chocolates, eso sí, en mancerinas de plata, resto de la riqueza del malogrado andaluz. Rodeábanse á la cama del papá, y

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

éste, poniéndose una almohada en las piernas, que le servia de mesa, comenzaba á dar el ejemplo, y se formaba una agradable reunion que completaba la mamá, que siempre entraba al último, moviendo con una mano (á derecha é izquierda) una gran taza de atole blanco, mientras con la otra llevaba á la boca un taco de tortilla untado con chile colorado.

¿De qué se platicaba en esta tertulia de familia? De nada, porque las gentes que viven juntas muchos años, concluyen por no tenerse que decir ni una sílaba; sin embargo, los animales domésticos que ya hemos mencionado, y que eran parte integrante de la casa, daban materia para una conversacion cortada y siempre monótona.

A las dos horas, es decir, á cosa de las diez que terminaba la tertulia, D. Fulgencio se vestia, salia á la asistencia, arrimaba una silla y ponia los piés al sol como si no se los hubiese calentado bastante con las ropas de la cama, y las muchachas y la madre se entretenian en levantar las recámaras y en peinarse. En esto, y en regañar, en sacar el maiz para la molendera y las especias para la cocinera, daba la una del dia. A esas horas se ponía la mesa, y cerca de las dos la familia volvia á reunirse. Mucha y abundante comida como es de estilo en las haciendas, pero pésimamente sazonada. Un caldo con una nata amarilla de gordura por encima, una sopa de fideos na-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dando en manteca, un puchero abundante, propio para saciar la hambre de un regimiento mexicano en campaña, y un guisado de especia en cuya salsa se podian contar las vigas del comedor, tortillas, queso, mantequilla y leche á discrecion.

A cosa de las tres y media los manteles se levantaban, las puertas se cerraban y todos dormian su siesta hasta las cuatro ó cinco. A esas horas las muchachas se salian al patio de la hacienda con su costura, y la madre se ponia á leer al P. Parra. Don Fulgencio montaba á caballo, daba una vuelta por los potreros y echaba una ojeada á las muchas ovejas que se multiplicaban como por encanto, y á sus sementeras de maiz que crecian solas de una mrnera admirable. Así que se oscurecia se iba al cuarto de raya, y allí fumaba, oia las relaciones de los vaqueros, volvia á fumar y volvia á oir otra docena de necedades, hasta que le avisaban las muchachas que el chocolate estaba en la mesa. Vasos y mancerinas de plata, profusion de bizcochos deleitables y de conservas, conserva de melon, de membrillo, de higo, de durazno, de tejocote, de panconolote, de todas las frutas, en fin, que se producian en la huerta. La mesa se quitaba, los criados traian unos cartones, unas barajas y unas talegas de nueces y comenzaba la lotería hasta las once de la noche Eso sí, para que no hubiese fastidio se alternaban las diversiones. Una noche era lotería, otra

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

entripado, y otra treinta y una, y luego se variaba tambien comenzando con treinta y una, siguiendo con entripado y concluyendo con la lotería. A las once y media la cena. Un cazuelon de ensalada que parecia un llano sembrado de trigo, tres ó cuatro pollos asados, mole de pecho y frijoles en abundancia. Las muchachas con los ojos encarnados y soñolientos apenas probaban bocado y una á una desfilaban, y dejando caer las ropas en el tránsito llegaban mas dormidas que despiertas á echarse en su cama á descansar de las fatigas del dia. Don Fulgencio daba las buenas noches á la señora que casi nunca se las podia responder, y se retiraba á su alcoba á leer los periódicos que recibia de México, por el correo, y á escribir una que otra carta que se le ofrecia. Los domingos variaba algun tanto la monotonía de la vida. Desde temprano se ponia el coche, y toda la famila iba al pueblecillo cercano. Pancha y Marica se ponian sus túnicos de seda, sus tápalos de China y sus aretes y anillos de diamantes; D. Fulgencio con chaqueta de paño y buena calzonera, se llenaba las bolsas de pesos y de onzas.

Pancha y Marica llamaban la atencion en la misa de la parroquia, y al salir recibian siempre los cumplimientos y recogian las toscas flores de los rancheros, administradores y dependientes de las haciendas y ranchos comarcanos, y como las princesas de las Mil

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y una noches, iban dejando encantados y hechos una estátua á los enamorados galanes que encontraban en su tránsito de la iglesia á la casa de algunas de las familias principales del pueblo, donde iban de visita. Don Fulgencio se dirigia á la casa del alcalde, donde se formaba un *encierrito*, y los ricachos del campo se pelaban mútuamente buenas pesetas. A la noche montaba la familia en el coche y regresaban á la hacienda, donde el resto de la semana se pasaba la vida de la manera que hemos descrito, y que como se vé está muy lejos de ser parecida á la que se rapaban Galatea y Nemoroso.

Se nos habia pasado decir que los domingos á las siete en punto de la mañana, llegaba con la mayor regularidad á la hacienda un personage muy importante, montado en un flaco caballo rusio. Este personage era el maestro Pimpinela, barbero acreditado del pueblo de Villerías.

Maestro Pimpinela era chaparro, trigueño, con un ojo totalmente apagado y el otro bizco; boca que podriamos llamar satírica, chato, y con un bigotillo y una perilla bien recortados como sargento novel de un batallon de guardia nacional. Pimpinela habia nacido y vivido casi toda su vida en el pueblo, y su mas estenso viaje fué cuando tuvo que irle á poner á la capital del Estado unas sanguijuelas al gobernador, sanguijuelas especiales, como lo son las de los pueblos,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y que es preciso hacerlas venir hasta las capitales. Pimpinela sabia leer aunque con un poco de sonsonete, y escribia con mucha correccion, como por ejemplo: *Quenta de las Sanjihuelas que leché al Governador de á rial. caduna*, pero por lo de mas era vivaracho, inteligente, decidido por el chisme y por la política; suscritor perpetuo del Siglo XIX y del Monitor; amigo de indagar cuanta historia casera habia en el pueblo, y cuanta ocurrencia pasaba no importe en que lugar del mundo; influente con los rancheros á quienes por medio real quitaba cada ocho dias no solo las barbas sino tambien muchos trozos del pellejo de la cara; fandanguista y buen tocador de guitarra, en fin, el hombre de mas importancia no solo en su pueblo, sino muchas leguas en contorno.

Maestro Pimpinela, como de costumbre, entró á la recámara del amo de la hacienda con su vacía ya lista debajo del brazo, y su estuche de navajas.

—Por el amor de Dios, maestro, le dijo D. Fulgencio luego que lo vió entrar: si traes la misma navaja con que me deshollaste la cara el domingo pasado, prefiero no rasurarme.

—Ni Dios que lo permita, amo D. Fulgencio, contestó el barbero: tengo una navaja separada para los carrillos de su merced. El domingo pasado me equivoqué, es verdad, y coji la navaja destinada á D. Julian el mayordomo que tiene *la cútis* dura como el pe-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

llejo de un novillo de tres años; pero ya verá su merced ahora....

—¡Mastuerso! *Resurarme* á mí con la misma navaja que á Julian, dijo D. Fulgencio echando fuera de la cama dos piernas mal hechas y forradas en un ajustado calzon de lana: ¿á qué me has peinado tambien con el mismo peine con que desenredas las greñas de los rancheros?

—Eso no, amo D. Fulgencio, ni por pienso; y aunque, como dice el Zurriago, "*El peine que mas raspa es el mejor para quitar la caspa*, yo no uso con su merced mas que el de carey, y para los demas, hasta para el señor cura, cuerno, y nada mas que cuerno.

—No dejas de tener tus puntos de malicioso y de literato, le dijo D. Fulgencio; pero, manos á la obra, y veremos qué tal lo hace hoy el maestro Pimpinela.

Don Fulgencio se sentó en una silla y el barbero con una sonrisa de satisfaccion amarró al pescuezo del hacendado un enorme paño, y en un abrir y cerrar de ojos le llenó de espuma de jabon hasta los ojos.

—Tengo un proyecto que comunicar al amo D. Fulgencio, dijo Pimpinela asentando su navaja en un pedazo de cuero negro y viejo.

—Tus proyectos de siempre. Te desvives por ser alcalde, no contento con ser ya regidor del ayuntamiento y manejar, no sé como, las tierritas de la Archicofradía de San Homobono.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Vaya, Sr. D. Fulgencio, apuesto á que son *falsos* que me ha levantado el cura.

—Verdaderos que te levanta todo el mundo.... pero qué diablos.... me has llenado de jabon hasta los ojos; límpiame, dale otra pasada en la correa á tu navaja y dime tu proyecto.

—Cuánto tiempo hace que su merced no va á México....

—Huh!.... á México.... yo te diré, el año de... de.... cuando Don Guadalupe.... que era muy mi amigo.

—¿Quién, el presidente?

—El mismo, D. Guadalupe Victoria.

—Entonces desde el año de 28 no ha vuelto su merced.

—Espera, espera un poco.... que volví.... Sí, cabal, estaba D. Anastasio.

—¿El presidente D. Anastasio Bustamante?

—El mismo: no era amigo mio, pero en fin.... qué tiene que ver eso con tu proyecto.

—Allá voy.... ¿Querria su merced hacer un viaje dentro de poco tiempo á México?

—Hombre.... no tengo á qué; y por otra parte detesto á esa México tan corrompida, tan llena de cortesanos, de aduladores, de aspirantes. La vida del campo, la vida del campo, maestro Pimpinela, es la vida inocente: aquí se come bien, se duerme con tranquilidad, se divierte la familia á su modo. ¡México! ¿Qué

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

voy á hacer á México yo, que he olvidado hasta cómo se pone un frac.... pero, ¡tonto de mí! que estoy dando razon al maestro Pimpinela de cosas que no le importan.... Vamos, ¿y por qué me has preguntado si queria yo hacer un viaje á México?

—Porque es muy fácil que lo haga su merced y que lleve á las niñas á que den un paseo sin que le cueste nada, y antes ganando quizá alguna cosa; pero, dígame su merced, cómo es México, cómo son los presidentes, cómo son los ministros, porque yo nada de esto he visto: leo los periódicos de cuerito á cuerito y se me figura todo muy grande. Un presidente debe ser un hombre muy formal y muy viejo, y muy gordo; porque para llegar á presidente se necesita mucho, mucho: el presidente sabrá hablar en griego como habla D. Gustavo el de la fábrica, y tendrá el uniforme mas bordado que el del señor gobernador... vaya, si no sé que se me figura á mí cuando leo: "El Exmo. Sr. presidente honró la funcion de teatro con su asistencia, y el pueblo entusiasmado lo saludó con vivas de entusiasmo. Desde luego el pueblo se entusiasma en cuanto ve al presidente.... y entre paréntesis, dígame vd., señor amo, ¿por qué no se entusiasman los de por acá cuando ven al gobernador, sino que es fuerza pagar á los muchachos para que salgan á gritar vivas y mueras, y se mande por el alcalde que se repiquen las campanas?

—Hablarás todo el dia y nunca me acabarás de decir tu proyecto, le interrumpió D. Fulgencio.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Pues es claro, las *eliciones* van ya á ser orita y su merced puede ser diputado y entonces le dan para su viaje, y allá le pagan cada mes porque eche discursos, y todo lo demas, y esta es una ganga que no debe dejar escapar su merced, ó no me llamo Pimpinela; pero desde ahora no mas le ruego á su merced que me lleve.

—La idea no es mala, contestó D. Fulgencio despues de un rato de meditacion, y mientras el barbero le recortaba los pelillos de las narices, pero no hallo como.... porque....

—Lo mas fácil, contando conmigo está todo; porque yo cuento con todos los rancheros y no habrá mas que decir esta boca es mia, y el amo D. Fulgencio saldrá de diputado aunque rabie el señor gobernador. De una cólera se puso malo el otro dia, y quizá con esto le echaré las cuatro.

—Yo sé, maestro Pimpinela, que eres un hombre fiel y adicto á mi persona; pero te aconsejo que no te mezcles en nada: no estoy muy bien con ese bárbaro que tenemos por gobernador, y es probable que tus trabajos no produzcan fruto alguno. Por otra parte yo no deseo mezclarme en la política; vivo contento y retirado en mi rancho y no deseo salir de este rincon, donde estoy al cuidado de mis intereses.

—Vamos al decir, contestó Pimpinela, y de todo esto será lo que Dios quiera; pero si por casualidad. . .

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

en fin, si por los méritos y talento de su merced sucediese que ganásemos las eliciones, ¿me llevaria á México?

—Bah! ni lo vuelvas á decir: ¿dudas, acaso, de mi proteccion? ¿Qué ocasion has ocurrido á mí en que no te haya servido, como lo haria tu padre mismo?

—¿Conque es cosa arreglada que iré á México?

—Ni duda; pero te encargo, te recomiendo mucho que no hagas nada, absolutamente nada, porque no será con mi aprobacion.

—Convenido, Sr. D. Fulgencio, nada haré sin la voluntad de su merced; pero, ó no me llamaré en lo de adelante Toribio Pimpinela, ó tengo de estar en México antes de tres meses, y ya verá su merced lo que es un gran teatro para un hombre de mi importancia.

El maestro limpió sus navajas y su vacía, y salió á continuar raspando carrillos en todos los ranchos de las cercanías.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XIII.

DEL PROYECTO DE VIAJE A MEXICO, DE LAS FESTIVIDADES QUE POR AMOR DEL PUEBLO DISPONE DON FULGENCIO EN SU HACIENDA, Y DE COMO FIA A PIMPINELA EL EXITO DE SUS ASPIRACIONES POLITICAS.

El paseo de costumbre, el encierrito, la conversacion y la fatiga del dia, hicieron que D. Fulgencio olvidase un poco las indicaciones de su barbero; pero cuando se recogió en la noche en su cuarto desdobló las enormes hojas del Siglo IX, y recorrió tanto suceso, vió en letras de molde el nombre de los ministros, de los magistrados, de los generales, de los poetas, de los secretarios y presidentes de la Compañía Lancasteriana, y Sociedad de geografia y estadística; en fin, de tantos hombres de importancia y de cuenta como figuran en las fugaces líneas de un periódico de la capital,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

le vino por primera vez, despues de muchos años, el deseo de ser todo esto y mas todavía, y de verse impreso, reimpreso y reproducido sin cesar en todas las publicaciones periodísticas de la República. El mónstruo de la ambicion que habia permanecido tanto tiempo pequeño como una simiente en su corazon, creció de improviso y pocos le parecian todos los empleos, cargos y comisiones de la nacion.

—Despues de todo, este maestro Pimpinela tiene su poca de chispa, dijo paseándose y fumando un cigarro, pues él ha descubierto en mí una capacidad política que yo mismo no sospechaba. Si soy general graduado y tengo la cruz de primera época, ¿por qué razon no he de ser diputado, despues senador, despues ministro.... y despues presidente.... sí, presidente, y por qué no?.... No han sido presidentes y ministros tantos insurgentes viejos que apenas eran sargentos cuando yo era coronel? Lo malo de todo esto es, que de seguro el gobernador ganará las elecciones, y como yo estoy de cuerno con él, es claro que van á salir de diputados hasta los escribientes de su secretaría y yo me quedo plantado.... pero, pecho al agua y no hay que desmayar: Pimpinela es vivaracho; y sobre todo, esta es la vez de invocar el nombre del pueblo: es un nombre mágico que nos sirve para muchas cosas en esta vida, y una vez sentado en la curul ya verémos cual es el viento que sopla en la corrompida Babilonia.... Ma-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

nos á la obra, continuó, arrojando el cabo de su cigarro y restregándose las manos: no hay peor diligencia que la que no se hace. Sí.... una visita al gobernador con un canasto de las mejores mantequillas y el mejor caballo: el domingo siguiente herradero y toros, y comedia casera en la hacienda.... y qué mas, qué mas, ¡Dios mio! ¡Ah! los veinte pesos que hace un mes me pidió maestro Pimpinela para reponer su vacía y su estuche de navajas, sí cabal, y ponerles el monte á los amigos y dejarse ganar unos cuantos pesos.... todo esto haré, y lo demas que sea necesario....

Volvióse D. Fulgencio á restregar las manos y entrecerró lós ojos con una especie de placer, figurándosele que ya tronaba su voz en las cámaras, y que sus manos toscas y callosas tocaban las barandillas de caoba del augusto recinto de los legisladores. Metióse en la cama y por mas esfuerzos que hizo removiéndose de uno y otro lado, no pudo conciliar el sueño. La ópera, el palacio, el paseo, la política, los honores, las consideraciones de que iba á verse rodeado, toda esta perspectiva de encanto, de vida, de movimiento, bullía en su cerebro y se presentaba delante de sus ojos con atractivos mas dorados que los que en realidad tiene, y únicamente se preguntaba á sí mismo cómo habia podido vivir tantos años en aquella soledad retirado de las fuentes y de los manantiales de la vida.

Cuando sus hijas entraron como de costumbre con

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

el chocolate, D. Fulgencio no habia probado el sueño; sin embargo, las recibió con un semblante donde estaba retratado el gozo.

—¿Qué les pareceria, les dijo, si yo dentro de pronto las llevara á dar un paseo á México?

Las muchachas estuvieron á punto de tirar al suelo las tasas de chocolate. ¡A México, á México! repetian en coro; y ¿cómo y cuándo, y por qué? . . . Deveras, papá? No nos engaña vd?

—Ni por pienso, hijas, ¿por qué razon las habia de engañar? De hoy en quince dias saldremos probablemente de aquí; conque si están contentas no hay mas que ir disponiendo todas las cosas.

—Pero ¿cómo papá? ¿Cuéntenos vd. qué santo ha hecho este milagro?

—Lo que es santo no; pero el pueblo que es en la tierra tan poderoso como un santo, me obliga á ir á representar sus derechos hollados y ultrajados, y yo no puedo negarme á una demanda tan justa.

—De verdad que no entiendo lo que vd. me dice, papá, interrumpió Pancha, que parecia la mas entusiasmada por el viaje.

—Pues es muy fácil, hija, el pueblo me va á nombrar diputado.

—¡Diputado! esclamaron las dos muchachas. ¡Diputado! esclamó tambien Doña Anastasia que entraba á ese tiempo.

—Ni mas ni menos, muchachas.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—¿Y qué hacen los diputados, papá? interrogó Pancha.

—¡Oh! los diputados son los padres del pueblo, los que defienden sus intereses, los que hacen leyes todos los dias, los que todo lo alcanzan; pero las mugeres no pueden entender todas estas cosas, y vds. lo único que deben saber es, que irán á la ópera y al paseo, y tendrán muchas visitas, en fin, que mientras su pobre padre trabaja por el bien de la patria, vds., mocozuelas, se divertirán y gastarán el dinero.

La conversacion de esa mañana fué viva y animada como no lo habia sido en muchos años. Cada muchacha preguntaba y el padre y la madre procuraban satisfacer de la mejor manera su curiosidad. Lo que mas les llamaba su atencion era el coliseo, el caballito de Troya y el bosque de Chapultepec, á ellas que se puede decir vivian en el centro de un bosque primitivo y magnífico

Tan luego como el desayuno concluyó, las muchachas, y la madre mas alborotada todavía que ellas, comenzaron á vaciar roperos y á disponer las cosas, como si al dia siguiente hubiesen de ponerse en camino. D. Fulgencio escribió á su hijo á Lóndres, para que en el acto tomase el paquete y viniese á esperarlo á México; y mandando poner un carruage ligero, que parecia una araña zancona, lo cargó de mantequillas y de quesos, mandó á un criado que tomase al *Zanganito*, que era un hermoso corcel alazan dorado de la

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

raza de Guanamé y se encaminó para la ciudad, diciendo á sus hijas que á los tres dias estaria de vuelta, pues tenia que arreglar en el pueblo multitud de asuntos de la mayor importancia.

El fruto de este viaje improvisado, fué la reconciliacion mas sincera con el gobernador: se habló de la patria, del pueblo, de la beneficencia pública, del desprecio con que México veia á los Estados, de la necesidad de imponer con energía la ley á la capital; en fin, de todo, menos de la diputacion; pero D. Fulgencio tuvo maña para hacer entender al gobernador al ponderarle el brio y las nobles cualidades de *Zanganito*, que el pueblo estaba muy empeñado en colmarlo de favores; y que como él no aspiraba á nada, ni queria mezclarse en la política, habia rehusado decididamente, pero que siempre tenia intencion de marchar á la capital, donde lo llamaban asuntos de intereses; un pleito ante la corte suprema de justicia, el cobro de algunas sumas, el arreglo de la testamentaría de su difunto padre; en fin, multitud de cosas, las cuales, aunque con sentimiento, no le dejarian tiempo para ocuparse de la defensa del pueblo y de los intereses de su Estado. El gobernador le contestó llenándolo de cumplimientos, llamándolo patriota desinteresado y liberal sincero, y ambos, estrechándose muchas veces la mano, se despidieron.

—Este ranchero quiere ser diputado, dijo el gobernador luego que se alejó D. Fulgencio; pero buen chas-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

co llevará, porque yo tengo las elecciones de mi mano, y ninguno de estos orgullosos hacendados ha de ir á México á darse importancia y á contar chismes al gobierno.

—Te prometo buena alhaja, dijo D. Fulgencio al salir de las puertas del palacio gubernamental, que si yo salgo de diputado y voy á México, poco has de durar en este puesto.

La entrevista, á pesar de que como hemos dicho, fué de lo mas cordial, no satisfizo á D. Fulgencio; y en vez de detenerse en la ciudad, regresó inmediatamente á la hacienda, desconfiando ya mucho del favor del pueblo, pero fiando el éxito de la empresa á la corrida de toros y á la actividad de maestro Pimpinela.

Llegó ya muy noche, con gran sorpresa de la familia, y á pesar de esto, mandó inmediatamente llamar al barbero.

—Maestro Pimpinela, le dijo, acabo de venir de la ciudad. El gobernador estaba empeñado tenazmente en que yo saliera de diputado, yo que no quiero deber nada al poder y sí todo al pueblo y á mis amigos, rehusé, él insistió, y tuvimos una alta de dos mil demonios, y poco faltó para que me metiese en la cárcel. Para evitar que se supiera todo esto en la ciudad, y tal vez se sublevara la poblacion en contra del gobernador, sin querer detenerme ni aun para tomar un bocado, monté en la carretela, y ya estoy aquí. Por Dios que nadie sepa una palabra de esto. Yo, repito,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

no quiero ser nada, absolutamente nada; pero ya esta es una cuestion de amor propio, maestro Pimpinela. Aunque sea ocho dias quiero estar en México, despues renuncio la diputacion, y echo al diablo al gobernador y al pueblo.

—¿Está su merced decidido á todo, preguntó maestro Pimpinela?

—A todo, aunque me cueste la vida.

—Entonces no hay que desconfiar, y apostaria mis dos orejas á que sale su merced de diputado.

D. Fulgencio estuvo á punto de arrojarse á los brazos del barbero y darle quizá tiernos besos, al estilo de los franceses; pero su futura dignidad lo contuvo. Desde el dia que maestro Pimpinela habia hecho el importante descubrimiento de que D. Fulgencio era un talento político, D. Fulgencio se respetaba, se consideraba á sí mismo, y naturalmente procuraba que lo respetasen y lo considerasen los demas: contentóse, pues, con sacar los consabidos veinte pesos y manifestar al barbero que una distraccion sola habia podido ocasionar que quedasen en la gabeta de la mesa algunos dias.

Pimpinela se manifestó sorprendido.

—¿Cómo, señor, no recuerda su merced que fueron doscientos y no veinte los que le pedí. Su merced habia disminuido un cero nada mas.

—Hombre! contestó tartamudeando D. Fulgencio..

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

no recuerdo.... pero.... ya, ya caigo, es verdad.... te habia prometido.... en fin, no disputaremos por eso, con tal de que trabajes sin descanso.

D. Fulgencio reflexionó que, en resúmen, una *cirtu* no era cara por doscientos pesos, y valia la pena de entrar en una lotería semejante; así, no disputó ya con el modesto barbero, sino que le dió el dinero, y ambos se separaron pensando lo mas pésimamente posible el uno del otro.

—Pícaro, estafador, decia en voz baja D. Fulgencio, se ha valido de la ocasion para ponerme una banderilla.

—Tonto, ambicioso y mezquino, decia Pimpinela; se figuraba que ser diputado le habia de costar la friolera de veinte pesos. Se verá quién es maestro Pimpinela, así que lleguemos á México.

—D. Fulgencio, preocupado con el herradero y con los toros, comida y demas funciones que debia dar en la hacienda para que el pueblo lo adorase y lo hiciese subdelegado y representante en la gran Babilonia, no cuidó ya ni de volver á ver al gobernador, ni de escribirle, ni de mover otros resortes. Todo lo fiaba á su mérito personal y á la actividad del barbero.

Las funciones en la hacienda fueron magníficas, espléndidas y no habia memoria de que en muchos años hubiese habido otras mejores en veinte leguas á la redonda. Un ranchero se quebró el brazo coleando, dos

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

payos que se contrapuntearon al capotear á los novillos, se dieron de machetazos, y el uno quedó con la nariz de menos, y el otro con una tajada de mas en el pulmon: el tablado se vino abajo con todo y la familia del mayordomo y del caporal, y se hizo una confusion de pedazos de tabla, de reatas, de piernas desnudas, de cabelleras sueltas y de rebozos y zapatos: el novillo se encargó de descifrar este logogrifo animado, y envió con las astas por un lado á la hija del caporal y por el otro á la muger del mayordomo, quedándose como trofeo de la victoria con las enaguas de castor en las llaves: Pancha, la divina Pancha como le llamaban sus amartelados del pueblo, corrió un grave peligro: acababa de quitarse del tablado cuando éste crugió y arrastró en su caida á tanta rolliza hermosura. Todos rieron á carcajadas á costa de las pobres víctimas, y esclamaron que era un milagro patente de la Providencia, el que se hubiesen caido y raspado las espinillas las pobres campesinas, salvándose la hija mas linda del amo de la hacienda.

Siguió la mas humana, la mas inocente de todas las diversiones, la de los gallos: El pinto alimboyole de D. Pifánio el vaquero mató mas de cuatro adversarios, hasta que al fin, á su vez, fué victima de un colorado de raza de Tequisquiapan:: los dueños de los gallos que ya tenian algo espirituoso en la cabeza, se hicieron de razones y en breve llegaron á las manos,

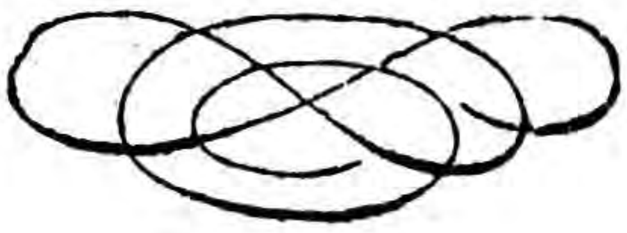
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y fué necesario que D. Fulgencio hiciera el sacrificio de perder su dignidad, y repartiera entre los contendientes unos cuantos palos para hacerlos entrar al órden por este medio suave y persuasivo. En la noche fué lo mejor. Como no habia comedia impresa ni manuscrita, se echó mano de una pastorela, tanto mas, cuanto que si no era precisamente noche buena, poco le faltaba. Los pastores y pastoras eran de lo mejor de la ranchería, y el teatro se puso en una troje, formando los telones con sobrecamas y sábanas de la casa de la hacienda El diablo, que parecia mas inteligente y sagaz que el diablo mismo, hizo la paz con los hombres, pero no pudiéndose reconciliar con las mugeres, se llevó en cuanto pudo á las mas bonitas de ellas. ¡Cuidado, lectoras, que siempre el diablo tiene esa mala costumbre! Señor San José, á pesar de su ejemplar modestia y paciencia, no pudo ya tolerar al diablo, y volviendo su vara de azucenas por lo mas gordo dió tras de Satanas, el que tuvo que quitarse sus cuernos y enviárselos á la cara al casto patriarca.

Todos aplaudian: Marica y la madre reian á carcajadas, pero Pancha nerviosa y delicada se asustó mucho, quizo desmayarse aunque no pudo pero siempre pidió vinagre para oler y se tapó la cara con su rebozo. En esto, una de las mechas que formaban el alumbrado interior comunicó su fuego á un telon, y en momentos ardieron dos sobrecamas de cuadritos, obra de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

la paciencia y de la habilidad de Pancha y de Marica. Todos los concurrentes se alarmaron y ya no hubo mas que confusion y gritos, y el diablo que es el enemigo malo, debe suponerse que aprovechó la ocasion, mientras el patriarca y los pastores se ocupaban de apagar el fuego. Poco faltó para que se quemase la troje, pero D. Fulgencio tenia grandes y elevadas miras, no queria perder su dignidad ni disgustar al pueblo que lo iba á nombrar su representante, así borracheras, pleitos, incendio, todo lo sufrió sin que se quitase de sus lábios una sonrisa de amabilidad. Quizá los lectores se habárn ya maliciado que el alma de todas estas festividades, el que desató las cuerdas con que estaba ligado el tablado, el que puso de uñas á los gallos, y el mismo que con la autoridad de diablo emprendió camorra con San José, no era otro que *Virola* como le llamaban los muchachos del pueblo, y maestro Pimpinela, como le llamamos nosotros.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XIV.

DE COMO DON FULGENCIO RESULTÓ ELECTO DIPUTADO POR LA VOLUNTAD DEL PUEBLO, Y DE SU VIAJE A LA CORTE DE MEXICO.

Despues que pasó el bullicio, que los amigos y visitas se retiraron, y que D. Fulgencio observó los desórdenes y destrozos materiales que habian causado las pasadas fiestas, no dejó de disgustarse, pero mas que por todo esto por el ningun resultado que habian producido con respecto á su eleccion; así en el fondo aunque se hacia ruido, no contaba con mas apoyo que el del barbero, y si este fracasaba, no babia mas remedio que quedarse como años antes, hundido en la mayor oscuridad, cosa que en verdad no podia soportar desde que habia reconocido su gran capacidad política.

El domingo terrible de las elecciones, llegó por fin. El gobernador que era un hombre de principios, in-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

flexible, indomable y que no transigía cuando se tra-taba del pueblo; así es, que lo dejó en toda libertad para que escogiese sus mandatarios, y para que no hubiese ni el mas leve motivo de murmuracion, se estuvo encerrado en su palacio jugando con sus chicuelos, y haciendo de caballo para que lo montaran, y el pueblo y los electores lo encontrasen como ciertos embajadores encontraron á cierto rey de Francia. Solamente como era preciso conservar el órden y vigilar escrupulosamente el cumplimiento de la ley electoral, el gobernador que para esto de zeloso y exacto se pintaba, mandó que su secretario que era uno de los hombres mas valientes, aunque estaba procesado por cobarde, saliese, y reuniendo algunos hombres armados de puñales solo por mera precaucion, desbaratase las casillas de los que en virtud del derecho que les daba su boleta, habian tenido el atrevimiento de formar la mesa: como tambien acontecia que algunos patriotas esclarecidos no sabian leer ni escribir, el gobernador que se desvelaba por la salud de los ciudadanos, habia distribuido comisiones para que recogiendo boletas en blanco, y aumentando todas las que fueran necesarias por aquello de que, *lo que abunda no daña*, la eleccion recayera en patricios dignos de desempeñar tan alta mision. Todo pasó, en efecto: salvas estas pequeñas diferencias, con la mayor tranquilidad, conforme á la ley y con arreglo á la voluntad del pueblo, salieron

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

de diputados el secretario del gobernador, el cuñado del gobernador, el primo del gobernador y el gobernador mismo en favor de quien se habia dispensado la ley, atendido su mucho patriotismo y la libertad en que dejó al pueblo para elegir á sus representantes.

En la poblacion donde se hallaban nuestros héroes, no pasaron las cosas de la misma manera. En vano el gobernador quiso que reinara la libertad mas completa, amenazando al prefecto con destituirlo si no salia de diputado el personage que se le indicaba en una tirita de papel; en vano hubo amenazas y puñales ocultos, la energía y el valor de maestro Pimpinela fué superior á todo. Prometió á los rancheros rasurarlos de valde y darles el domingo siguiente un real encima; convocó á todos los muchachos á que hicieran ruido y silbaran á los partidarios del gobernador; metió en la villa tres ó cuatro matones para que asustaran al prefecto; echó una peroracion al pueblo; duplicó y triplicó boletas, los criados, las criadas, las niñas, hasta D. Fulgencio se votó á sí mismo, y el resultado fué el mas brillante. Don Fulgencio salió por una mayoría inmensa electo diputado, una comision con tambor, chirimía y cohetes presidida de Pimpinela fué á participarle la noticia y á darle la enhorabuena, y D. Fulgencio abatió su dignidad hasta el grado de tomar una copa y brindar con sus comitentes. A poco, seguida de todos los indios de las aldeas vecinas llegó la música del pueblo tocando el himno de Riego:

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

despues, los ricachos dueños de los tendajones, en seguida mugeres y muchachos, y todos comenzaron á gritar: "*¡ Viva la República, viva el pueblo, viva D. Fulgencio!*" Naranjas, cohetes, cacahuates, y algo de lo que se mete debajo de las narices, fué el banquete de obsequio que el distinguido patriota dió á aquella multitud sencilla y entusiasmada, que habia asegurado su porvenir y su felicidad, nombrando por su representante al mas desinteresado, al mas patriota de todo el Estado. No debemos olvidar, que Virola era el autor de todo este entusiasmo, pero D. Fulgencio, mas cuerdo que nosotros, lo olvidó como siempre lo hacen los grandes hombres, el dia mismo de su triunfo. Hijas mias, les dijo, ya ven que apenas me atreví á indicar que no era mi voluntad salir del oscuro rincon de la hacienda, cuando el pueblo todo en masa se ha empeñado en premiar mi escaso talento, y me ha nombrado diputado conforme se los anuncié, así no hay mas que resignarse y admitir; con que pasado mañana nos ponemos en camino, y á México.

—Parece, dijo Pancha, que el maestro Pimpinela ha tomado mucha parte.

—Es un alborotador, un escandaloso, contestó D. Fulgencio: sin necesidad me ha hecho aparecer como enemigo del gobernador, pero el buen sentido del pueblo, y mis escasos méritos han triunfado á pesar de las torpezas de ese tinterillo entrometido.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—¡Qué malvado! esclamó doña Anastasia, ¿pretender que á él debes tu eleccion?

—¡Qué embuste, qué calumnia! interrumpió Pancha.

—Miserias de estas gentes, prosigió D. Fulgencio, pero es menester tomar las cosas con calma y tolerarlas mientras no se pueda hacer otra cosa. En cuanto llegue á México, haré una iniciativa de ley para que bajo penas muy severas se prohiba á los barberos mezclarse en las cosas políticas.

—Pues que te sirva de gobierno, papá, interrumpió Pancha, que Pimpinela dice que á él se lo debes todo.

—Si no fuera por no perder mi dignidad, esclamó colérico D. Fulgencio, yo haria entender á ese tuno... pero no hay que perder los estribos: el cargo público que ejerzo, hija, y la mision que el pueblo me ha confiado, exigen mucha prudencia y circunspeccion; así, doblemos la hoja, y hagan vdes. sus últimos preparativos mientras yo escribo á México.

Cualquiera creeria que en camhio de la vida solitaria y monótona que devoraba lentamente la existencia de la familia de D. Fulgencio, reinaba una paz profunda: nada de eso, una guerra civil encarnizada, habia tronado en el recinto de aquel hogar doméstico de algun tiempo á esta parte. El ingreso de Diana y de Corina, fué orígen de graves y prolongados disturbios. Cada vez que la perrita de Pancha mordia á la de Ma-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ría, habia un fuerte altercado entre las hermanas, y de feas y chocantes no se bajaban un punto: las dos se quejaban á la mamá, y la mamá al papá, y de palabra en palabra las cosas paraban en que el padre reñia con las hijas, las hijas con las perras, y la madre con todos. María, humilde y buena, era siempre la víctima, y se retiraba con los ojos llorosos á curar los verdugones á Corina: ese dia no se comia ni se cenaba á derechas, y los cartones de la lotería quedaban vacíos, y D. Fulgencio concluia por echar al diablo cartones, bolas y barajas, y encerrarse en su cuarto á leer los periódicos.

Como si no bastaran Diana y Corina para tener la casa en la mas borrascosa anarquía, vinieron *Coyote* y *Milon* Eran éstos dos sugetos de un carácter atraviliario y caprichoso. Ladraban porque una mosca se moviese, mordian á todo el que entraba á la casa, nada podia haber limpio ni en órden con ellos; y con la misma facilidad se acostaban en el corral que en las camas de las niñas, las que tenian que desalojar á escobazos.

D. Fulgencio, como todos los grandes hombres, tenia sus caprichos, y uno de ellos era preferir á todo sus perros, lo mismo que hacia Federico el Grande con su perrita. Entre las lágrimas de sus hijas y los ahullidos de sus perros, nunca vacilaba D. Fulgencio, y daba la razon, como era debido, á los pobres animales, que no pudiendo hablar, no podian tampoco defender-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

se. Las muchachas, siguiendo esta lógica, siempre creian que Corina y Diana tenian mas razon que su papá y su mamá. A estos elementos disolventes que carcomian esa sociedad, se reunia otro, y era la existencia de Juanito. Las horas en que no estaba ocupado en aprender á escribir con un pedagogo del pueblo, las empleaba de la manera mas tormentosa. Ya amarraba á las dos hermanas de la trenza mientras cosian, ya echaba al tanque á Diana ó á Corina, ya amarraba una saca de carbon á la cola de *Milon*, ya prendia alfileres en las almohadas de las camas ó llenaba de agua las sábanas; en fin, el muchacho era la misma piel de Judas, y no valian ni consejos, ni amonestaciones, ni pescozones, que tanto la madre como el padre, le solian dar á menudo, siempre por causa de *Coyote* y *Milon*.

El dia del viaje, fué el dia del juicio, y jamas habia habido una campaña tan formidable. D. Fulgencio se empeñó en que *Coyote* y *Milon* habian de ir dentro del coche, y las muchachas en que habian de colocarse en el carreton: el padre, ó mejor dicho, los perros, ganaron, y las muchachas se bebian las lágrimas.

Despues se empeñó Pancha en que la perrita de Marica se habia de quedar en la hacienda. Marica declaró, que primero la matarian que dejar á su ídolo, al que tomó en brazos y cubrió de besos, mezclando las lágrimas á las caricias: nuevo regaño de la madre y nuevo altercado. Por fin, y para no cansar al lector,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

á cosa de medio dia, la salida se organizó. El tren se componia del coche antiguo, de forma esférica y parecido á un gran globo de lotería: como era tan viejo, fué menester amarrarlo con reatas y tiras de cuero de toro, hasta el punto, que apenas quedaron descubiertos pedazos muy pequeños de la madera. En las varas del juego se formó una hamaca, y en ella se coloco á la cocinera y á una criada, con una coleccion de cazuelas, platos, aventadores, cubiertos, ollas con manteca, tompeates con huevos, pollos vivos y asados; en fin, la cocina entera. Dentro del carruaje entraron el señor diputado, su esposa y sus dos hijas, Diana, Corina, Coyote y Milon, el canario y el perico en sus jaulas, dos macetas, una con tomillo y otra con albahaca una sombrerera, la caja de los peines, una licorera, la escopeta, el jorongo y las pistolas, tres bultos con mudas de ropa, un anteojo de larga vista, el retrato del capitan D. Fulgencio, y todavía otras mil maritatas que seria largo el enumerar. Al último venia Juanito con la pretension de que entrasen tambien dentro del coche su chivo y su carnero con sus respectivos arneses; pero como realmente esta era ya una pretension exagerada, la familia toda se puso en contra de él, y tuvo que entrar solo al coche, aunque dando lastimeros sollozos y poniendo á sus hermanas de oro y azul.

En la delantera y trasera del coche estaban liados colchones envueltos en pieles de cíbolo, baules, petaças, envoltorios, zarandeándose por todas partes y en

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

todas direcciones. Toda esa enorme mole estaba cubierta con una camisa blanca de lona; y como en el centro del techo del coche habia colocado un sombrero uno de los criados, parecia el conjunto una gran pirámide de Egipto, que se movia lentamente con el empuje de nueve mulas lozanas y rollizas.

Delante del coche y levantando una nube de polvo, caminaba la remuda y detras un carro con los equipages; pues la familia, creyendo sin duda, que nada se encontraria en México, habia levantado hasta el metate y el almirez. Al carro de equipages seguia la carretela predilecta de D. Fulgencio, de media vuelta, con unas enormes ruedas, una caja como nicho antiguo y unas sopandas erizadas con los pelos de la piel de toro con que estaban reforzadas. Era, como hemos dicho, una enorme araña zancona, que parecia entre el polvo del camino querer alcanzar y tropezarse en la gran pirámide. Así salió de sus posesiones feudales la pascua de Navidad el invicto D. Fulgencio, sin haber tenido ni el comedimiento de despedirse de sus comitentes, ni de invitar siquiera por ceremonia al diligente y activo Pimpinela: pero éste que no se ahogaba en un vaso de agua, devoró su resentimiento, hizo de tripas corazon, y ensillando su caballo rucio, y con su vacía amarrada con un pañuelo en las espaldas y su estuche de navajas colgado en la cabeza de la silla, se echó á andar, y á la segunda jornada alcanzó al tren de su querido patron.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Me echó vd. tierra, señor amo, dijo el barbero acercándose á la portezuela del coche.

—Pimpinela! esclamó D. Fulgencio poniéndose rojo como un granate.

—El mismo en cuerpo y alma, y sabe Dios los trabajos que he tenido para arreglar mi viaje; pero no he querido abandonar á mi patron y á mi protector.

—Te busqué por todas partes el dia de la marcha, dijo D. Fulgencio tragando saliva.... y luego, la fatiga y el agigolon.... en fin, ya estás aquí.... y tengo mucho gusto.... vaya.... llévate en la mano la jaula del canario, porque aquí no nos podemos mover de tanto estorbo, y nos ahogamos de calor. En efecto, el interior del coche parecia mas bien una almoneda de la calle de la Canoa, que no un vehículo propio para caminar.

Maestro Pimpinela tomó á revienta cinchas el canario y continuó galopando al costado del coche, dejando algunas veces deslumbrada á la señora y á María con el cardillo, que con el sol formaba su reluciente vacía; en cuanto á Pancha, abrazada de su perrita y envuelta la cara con su rebozo, dormia, ó mejor dicho, soñaba con las delicias de la corte, adonde la llevaba su estrella y los relevantes méritos de su papá.

¡Qué de fatigas, qué de contratiempos en el camino! ¡Qué enormes sacrificios por la patria! En la tercera jornada una rueda se desgranó, y fué menester que la

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

familia anduviese á pié un par de leguas, mientras el coche, todo desencuadernado, se dirigia á un villorio cercano á reparar su avería. ¿Qué habia sucedido con la famosa carretela? Una friolera. Mientras el cochero que la conducia se bajó á tomar un trago de pulque, los machos, que eran cerreros, arrancaron. y échale un galgo.... despues de buscarlos dos horas, los encontraron paciendo tranquilamente la yerba en un vallecito ameno y con solo unos fragmentos de la lanza y del molinete. D. Fulgencio, con esta ocurrencia se vió acometido de un acseso tal de cólera, que no solo riñó á sus hijas, sino que se propasó á dar unos cuantos puntapiés á *Coyote* y á *Milon*.

Reparadas en lo posible esas desgracias, continuó el camino; pero á la sesta jornada, los cocheros tomaron una vereda, los carreros otra, y la remuda otra, y anda y anda como se dice en los cuentos de los niños, y ni asomo de encontrar posada, ni poblacion, y la noche sorprendió en un llano á la noble familia, sin la esperanza, consoladora de los viajeros, de divisar una lejana luz. Una lluvia menuda y fria de invierno comenzó á caer, y la oscuridad de la noche era tan profunda, que fué necesario resolverse á acampar en medio de un llano y contentarse con cenar unas cuantas tortillas duras y una pierna de pollo, que fué en su mayor parte distribuida entre Milon y Coyote Corina y Marica, Diana y Pancha, se morian de miedo, de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

hambre y frio: la señora estaba acatarrada y D. Fulgencio comenzaba ya á conocer los peligros y fatigas de la vida política.

A la mañana siguiente, cosa de las diez, la desolada familia, con el mayor placer divisó al maestro Pimpinela, con la jaula del canario toda rota y ya sin canario, y su reluciente vacía, con la que enviaba de intento, á los ojos de la madre, deslumbradores reflejos. La venganza de Pimpinela comenzaba ya; pues él y no otro era el que habia hecho que el tren se desperdigase y los cocheros equivocasen el camino. En fin, se volvió á andar de nuevo, y fué menester un descanso de tres dias para reparar tantos desastres. En los siguientes ya fueron frioleras. Tres mulas asoleadas, un baul con las camisas de Pancha estraviado, Corina, mordida por el mastin de un meson, un cochero á quien un macho le echó de una patada media dentadura fuera, Pancha, rabiando del dedo de un pié, la señora con una toz que no la dejaba hablar, Coyote, cojo á resultas de una campaña amorosa, D. Fulgencio, en fin, aburrido y renegando del dia y hora en que el pueblo fijó sus ojos en él. Despues de sesenta y dos dias de haber abandonado los patrios lares, la pesada máquina que conducia á la familia, fué entrando magestuosamente por las puertas del meson del Chino, con gran asombro y curiosidad de los muchachos de México.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XV.

DE LA LLEGADA DE DON FULGENCIO EL GRANDE A MEXICO, Y DE COMO SU HIJO QUE VENIA DE LÓNDRES ENCUENTRA A SU FAMILIA EN UN ESTADO COMPLETO DE BARBARIE.

El dia mismo que D. Fulgencio el grande, que así le llamaremos á nuestro diputado, entraba magestuosamente en el meson del Chino, Fulgencio el chico, su hijo, que venia de Lóndres se apeaba de la diligencia y ponia los piés en uno de los cuartos del mejor hotel del centro de la ciudad. ¡Qué diferencia de costumbres! ¡Qué camino tan rápido hacen en México, las mejoras sociales! El abuelo habia venido á pié desde Veracruz, y alojádose debajo del mostrador de una tienda: el padre llegaba acompañado de un pesado tren, y se apeaba en uno de los antiguos mesones donde las camas eran de piedra y las velas de sebo,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y el nieto ya venia en una rápida diligencia conducida por nueve caballos fogosos, y establecia su residencia provisional en un hotel donde se tiene la pretension de comer á la francesa, y se alumbran las alcobas con *cabitos* de estearina. El abuelo habia venido sin un cuarto, el padre con la fortuna muy menguada, y el nieto por apéndice lo único que tenia de positivo era algunos acreedores que habia dejado bruscamente en la orgullosa Albion. Aquí surge de improviso una grave cuestion filosófica. ¿Qué cosa es mejor y mas preferible, el gaspacho y los chorizos de Estremadura del tiempo vireinal, los chiles rellenos y la carne frita de la independencia, ó las papas al vapor y la Carlota Rusa de la república? Tened muy en cuenta, lectores, que estos manjares representan tres edades, tres épocas distintas, y que simbolizan quizá la paciencia de los antiguos, el ardor y constancia de nuestros padres, y el desórden y vanidad nuestra. Mientras que con toda la sabiduría que pide el exámen de tan delicada materia resolveis estas cuestiones, seguiremos la pista á nuestros amigos.

Fulgencio el chico, se habia marchado hecho un ranchero de su pueblo, y regresaba inglés: grandes y burdos zapatos de dos zuelas, al estilo de lord Palmerston, *over coat*, (sobretodo) de mezclilla ordinario como el hábito de los fernandinos, sombrero con la copa de dos tercias de alto y la ala de una pulgada de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ancho, chaleco tan corto que apenas le cubria las costillas, y la garganta metida en una altísima corbata azul oscuro, de donde salia un cuello tieso, blanco, y tan almidonado, que parecia de mármol ó de estuco. Fulgencio el chico venia acompañado desde Lóndres de un buen amigo, hábil y travieso como lo podremos demostrar en el curso de esta verídica historia, y no se separaban los dos un momento. Luego que se quitaron el polvo del camino, que no era poco á juzgar por la oscuridad instantánea que sobrevino en el cuarto, se echaron á buscar en los hoteles el alojamiento de D. Fulgencio el grande, qne segun las cartas que el hijo habia recibido, deberia hallarse ya en la ciudad. Cuanta diligencia hicieron fué inútil, hasta que preguntando á uno de los criados de la posada, éste les dijo que habia oido decir á otro que tambien lo oyó, que un diputado con muchas mulas y muchos criados y en un coche muy estraño, habia llegado al meson del Chino.

—¡Mi padre en un meson! esclamó Fulgencio, imposible, esa es una calumnia de esta gente estúpida de México, eso no puede ser; un hombre de su importancia y de su dinero, no puede alojarse en un meson. Yo no conozco los mesones, pero deben ser mansiones muy *ignobles;* sin embargo, vamos, Rick á emprender una peregrinacion al meson del Chino.

Tomando Rick y Fulgencio sus gruesos bastones

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ingleses de á tres peniques la pieza, salieron de nuevo á la aventurada peregrinacion, y aunque andando doble camino, llegaron por fin al meson del Chino. ¡Qué confusion, qué vergüenza para Fulgencio el chico, de que un hombre tan civilizado como su amigo el estrangero, encontrara á su familia en tan desornado *negligée.*

D. Fulgencio, tirado en el suelo en un cíbolo, con un cabo de vela al lado, leia un interesante opúsculo que acababa de publicarse en la ciudad, titulado: "*Justificacion completa de los atentados cometidos por el gobernador del distrito, en el patriótico desempeño de sus facultades estraordinarias.*" La señora, junto á su marido, echaba unas puntadas á una bata de indiana achocolatada, y Pancha y Marica, con un plato de tamales, comprados espresamente en la Ribera de San Cosme, delante y unas tazas de atole de leche en la mano, saboreaban, en union de Diana y Corina, sus deliciosos manjares nacionales.

Luego que las visitas se presentaron en la puerta del cuarto obstruido por multitud de reatas, de cajones, de colchones y de otros estorbos, los dos perros y las dos perras se lanzaron ladrando y acometiéndoles como unas fieras, Fulgencio y Rick tuvieron que sostener algunos minutos un combate, mientras que se pusieron de pié Pancha, Marica y Juanito; y habiendo reconocido, aunque con trabajo á su hermano, á causa de su estra-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ña figura y de sus ridículas patillas, cayeron en sus brazos, con los ojos húmedos, esclamando Fulgencio: ¡Gracias á Dios que llegaste sin novedad! Dános otro abrazo, hermano Fulgencio. El padre votó el folleto, la madre la bata achocolatada y toda la familia se precipitó sobre Fulgencio el chico, quedando entre tanto Rick aprisionado en una red de cabestros, y temiendo siempre un nuevo ataque de los perros, que gruñian sin cesar y no lo dejaban avanzar, ni un paso.

Así que el desórden causado por la ternura fraternal y filial se calmó un tanto, y Fulgencio pudo descartarse de los muchos abrazos con que su familia descomponia su corbata y ajaba el tieso cuello de su camisa, tuvo que proceder, como es de rigor en Inglaterra, á la presentacion oficial.

—Presento á vd., papá, á Mr. Ricardo, Raymundo Ricochi, banquero, comerciante y agricultor, muy rico y hombre instruido, y sobre todo amigo mio, y que hemos hecho juntos el viaje de Suiza.

Mr. Ricardo Raimundo Ricochi se inclinó, no sin peligro de caer y de ser mordido por *Coyote* y *Milon*, que no lo veian de buen ojo.

—Rick, presento á vd. á miss Pancha, mi hermana, y á miss Marica, mi hermana tambien, y á Lady Anastasia mi respetable madre.

—Unas criadas de vd., esclamaron las muchachas,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Fulgencio se puso encarnado de la llaneza de sus hermanas, la vieja apenas gruñó unas palabras confusas, y Mr. Ricardo hizo su segunda y grave reverencia.

—D. Fulgencio el grande, loco de gusto de verse ya en la capital, y en compañía de su hijo, procuró formar estrado con unas sillas de paja desvencijadas y rengas.

—Vaya, sin cumplimientos, siéntense y descansen... no.... no hay cuidado por los perros, que no muerden mas que á los indios; y aunque el trage de vdes. es algo estraño....

—¡Papá!

—Lo dicho, Fulgencio, el trage, particularmente el tuyo, me parece muy singular; y si conforme estás en México, estuvieses en nuestro pueblo, los muchachos te tirarian con las cáscaras de las naranjas.

—Es un trage rigurosamente ingles, contestó Fulgencio con mucha seriedad. Yo no gusto de esas modas ridículas de Paris, y para evitar que estos sastres bárbaros de México me vistan de una manera ridícula, he traido un surtido de ropa para dos años.

—Pero esos chalecos apenas le vienen á tu hermano, replicó D. Fulgencio riendo; vaya.... es una moda singular; pero dejemos esto á un lado y dime ¿qué tal te ha ido en tus viajes? ¿Estás muy adelantado en tus estudios, hablas bien el ingles, el frances, el ruso, el griego? A qué podemos dedicarte en México....

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

porque al fin estamos en la capital y supuesto que el pueblo me nombró espontáneamente diputado, no quiero perder la ocasion de proporcionarte una carrera lucida como merecen los sacrificios que he hecho por tu educacion.... pero vaya, si estás guapo, rollizo, con la barba muy crecida.... venga, venga otro abrazo, con permiso del caballero, que no llevará á mal que un padre esté contento cuando vé así un hijo tan aprovechado.

—¿Cómo? Si lo llevaré á mal; ni por pienso.

—¡Cáspita! y qué bien habla Mister Ricochi el castellano.

—He residido en Cuba mucho tiempo, y he viajado en España y en las Américas. Hace algunos años que vine á México, y como este es un pais encantado, aunque los caminos son pésimos y los ladrones y los mendigos pululan por todas partes, me hice el ánimo de acompañar á mi amigo Fred.

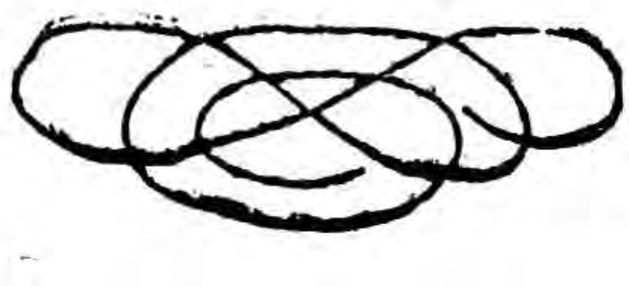
—¿A mi amigo, quién? preguntó azorado D. Fulgencio mirando fijamente á Mister Ricochi.

—Fred, papá, Fred, que quiere decir Federico. Como el nombre de Fulgencio era de muy dificil pronunciacion, y algo raro, tomé mi segundo nombre que era Abundio, que pareció detestable á los camaradas de la escuela y dieron en que me habia de llamar Federico, y por abreviatura, como se acostumbra en Inglaterra, me llamaban *Fred*.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Vaya, bribonzuelo, si ya decia yo que habias de hacer carrera. ¡Oh! si es mucha la educacion de esta Europa, hasta los nombres se cambian sin necesidad del bautismo.

Fred, que era grave, sério, civilizado, en fin, un ingles hecho y derecho, encontraba que en el fondo su familia estaba sumergida en la barbarie. Sus hermanas de rebozo y desmelenadas; su mamá cociendo una bata; su padre, su padre que era todo un diputado, tirado á la bartola en un cíbolo. ¡Qué espectáculo tan *disgustante!* Un color se le iba y otro se le venia porque todo esto pasaba delante del ilustrado D. Raymundo Ricochi, que era tambien el tipo del hombre de buen tono. Se propuso obrar enérgicamente y civilizar de una manera decisiva á su familia; pero de pronto lo que hizo fué cortar la conversacion, abrazar de nuevo á sus hermanas y retirarse con su amigo el estrangero, prometiendo á su familia que volveria al dia siguiente muy temprano.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XVI.

DE LAS AGRADABLES ESCURSIONES QUE HACE DON FULGENCIO Y SU FAMILIA EN LA CIUDAD DE MEXICO, Y DE COMO COMENZAFRED LA OBRA TRABAJOSA DE CIVILIZAR A LOS DE SU CASA.

Como Mister Ricochi y Fulgencio el chico salieron del meson del Chino y se dirigieron al teatro donde habia un beneficio, y es costumbre que en estas funciones se dé al público mucho pero muy malo, imposible le fué habiendo conciliado su primer sueño á las dos de la mañana, el levantarse á buena hora para comenzar la grande obra de civilizar á su familia; así es que, despues de mediodia atravesando con miles de trabajos y peligros por entre la multitud de burros y de mulas que llenaban el patio del meson, subió al prosaico alojamiento de su padre y tuvo el disgusto de encontrar solo á dos ó tres rancheros durmiendo boca arriba en la

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

puerta y roncando como unos marranos. Volvió una, dos y tres veces, hasta que aburrido determinó esperar al dia siguiente. La familia que ni se acordó de que deberia venir el hermano, luego que amaneció Dios, pensó en pasear por la ciudad donde el papá serviria de cicerone, aunque muchas cosas las encontraba bien diversas de como las habia dejado hacia mas de veinte años. A las ocho de la mañana ya estaba en la puerta del meson un coche Simon, con un par de mulas flacas y corriosas y un cochero aguardientoso y medio destrozado, un grueso chicote en la mano. lo que probaba por lo menos que los animales eran de la misma récia y dura condicion que los muchachos que aprendian en la escuela de los Belemitas.

Antes de salir hubo camorra: primer punto.—¿Habian de ir ó no los perros? Despúes de un largo altercado se determinó que los mastines del diputado se quedasen encerrados en un cuarto, y que los perros falderitos de las niñas participasen de las delicias del paseo.

Segundo punto. Adónde habian de ir. Juanito llorando amargas lágrimas insistia en que habian de ir al coliseo: su papá el diputado trataba de persuadirlo de que las comedias, ó la ópera, no comenzaban á las ocho de la mañana sino á las ocho de la noche; pero todo era en vano, y siempre suspirando y girimiqueando pedia que lo llevaran al coliseo. Marica era de opinion que el paseo debia comenzar por la Catedral, y

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Pancha que por la Alameda. Don Fulgencio terminó la cuestion nombrando al cochero una especie de árbitro en discordia, y dejando á su voluntad el conducirlos donde mejor creyera que se habian de divertir. El cochero tomó las calles del Rastro y San Camilo, y sopló á la familia en la augusta soledad de las calzadas de la Viga. No era tiempo de paseo, las canoas diarias que conducen la verdura habian ya pasado, así es que con escepcion de uno que otro coche con las vidrieras misteriosamente echadas, y en cuyo fondo oscuro se podia adivinar una venturosa pareja, no encontraron ni una alma aunque tuvieron la oportunidad de contemplar la belleza del paisage y la vista lejana y soberbia de los volcanes.

Así que el cochero, ó mejor dicho, las mulas se cansaron de dar vueltas por aquellas largas calzadas, regresaron á la ciudad y en la puerta de la Universidad se paró el fiacre y su conductor abrió magestuosamente la portezuela, diciendo: "aquí está el caballito de Troya." Como si efectivamente hubiese sido el mismo animal que en su vientre introdujo en la heroica ciudad multitud de heroicos guerreros, de un salto Juanito y las muchachas se pusieron de puertas adentro del antiguo y monárquico cláustro que ha producido tan insignes doctores.

Mas de una hora estuvieron admirando las gruesas pantorrillas de Cárlos IV, las enormes pesuñas y la espesa crin del caballito, y de allí pasaron á la rejita de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dera parecida á la de un gallinero, desde donde se ubren las enormes piedras en que nuestros antepa-os sacaban el corazon á las víctimas destinadas al ficio. Don Fulgencio á falta del conservador del o, á quien siempre se le encuentra en su casa, es-en tono dogmático á sus hijas que aquellas pie-as se habian sacado de la laguna, y que la plata y oro que tambien arrojaron en ella los indios no se ha-bia podido sacar; pero que en el momento que él estu-viese ya ejerciendo sus funciones en la cámara, estaba decidido á que se autorizase al gobierno para invertir hasta trescientos mil pesos en sacar los grandes teso-ros que deberian estar en el fondo de las aguas, y que con ellos se reorganizaria la hacienda pública, repar-tiendo entre los Estados todo lo que se sacase: despues entró ya en el exámen de materias mas elevadas, di-ciendo que con arreglo á las máximas de la civiliza-cion ya no se saca el corazon á los indios, sino que so-lamente se les aprieta el pescuezo y así mueren con mayor comodidad: que los antiguos mexicanos adora-ban esos ídolos que, segun las tradiciones de los anti-cuarios, les habian venido de China, y que Cortés ha-bia hecho el gran servicio de derribarlos y de matar á todos los que se oponian, y tambien á todos los que no se oponian, con lo cual las cosas habian quedado per-fectamente en regla: las muchachas pasaron casi em-belesadas algunas horas oyendo de la boca de su pa-dre éstas y otras importantes historias, mientras Jua-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

nito habiendo podido salvar el obstáculo de la rejita cabalgaba sobre las duras espaldas del dios *Huitzilopoxtli.* ¡Sombra venerable de D. Cárlos Bustamante, vuélvete á tu sepulcro para no presenciar las profanaciones que los hombres de este tiempo cometen con las antigüedades mexicanas!

Como ya era tarde, D. Fulgencio propuso que almorzarian en una fonda, y el cochero fué encargado de conducir á la familia á la mas famosa de la ciudad. *Simon*, que conocia á la gente, los plantó en pocos minutos en la antigua fonda de la *Estrella.* ¿Qué habrian dicho *Fred* y Rick si hubiesen visto á las muchachas tronando las tostaditas, tirándose de la boca las largas hebras de queso, y saboreando un picante mole rodeadas de payos con hanchos sombreros, que almorzaban en las otras mesas no solo con los cinco sino con los diez dedos? Habríanse muerto de vergüenza y de rubor. ¡Vulgarizar hasta ese grado la representacion nacional! ¡Ofender así á la etiqueta y al buen tono! Como nadie conocia á la familia del hacendado, y como tampoco el hijo inglés, era posible que ni por mal pensamiento le ocurriera tomar pulque de piña y quesadillas, el almuerzo, bien sabroso por cierto, pasó con la mayor tranquilidad, y mientras que el papá fumaba su cigarrito, se determinó por unanimidad de votos, que en cuanto regresara el cochero, que habia ido á remudar, aprovecharian el tiempo para visitar el comercio, comprar ropa, y algunas otras

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cosas indispensables que necesitaban mientras se ponia la casa.

En efecto, guiados siempre por el cochero, lo primero que hizo D. Fulgencio fué comprar sombrero, ¡qué sombrero! formaba un positivo contraste con el de su hijo, y el mercader habia aprovechado la oportunidad para salir de un *repelo* de la moda pasada, que mediante un par de pesos de ribete, habia dejado allí uno de nuestros elegantes. Montaigne ha dicho, ó si nó algun otro, *que el estilo es el hombre*, nosotros podremos decir con mas èxactitud, que *el sombrero es el hombre*: hasta Juanito se rió de la figura que hacia su papá con la nueva adquisicion que habia hecho su cabeza. Satisfecha esta necesidad, el cochero paró en un almacen donde habia *cien mil camisas, y cien mil piesas de ropa hecha.* ¡Qué almacen tan seductor! Allí se habilitó D. Fulgencio de *talma*, de levitas, de chalecos; de pantalones y de corbatas, y por apéndice vistió de redondo á Juanito. Mas ó menos arrugas no era del caso; la moda habia pasado hacia dos años, pero esto no importaba. Don Fulgencio y las muchachas, lo encontraban todo del mejor gusto. De este almacen pasaron á los cajones de ropa. No hubo *mula* de que no salieran los caritativos comerciantes, á costa del candor que revelaba el acento provincial, y el trage sencillo de los marchantes. En cuanto concluyeron las compras, se determinó ir á depositar todos los efectos al meson, y volver á salir á continuar el pa-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

seo. Don Fulgencio, que no queria ser visto en la ciudad, con su trage de ranchero, que en verdad no le sentaba mal, se vistió al momento de cortesano. Su sombrero de ala ancha y copa muy chiquita, *estilo Alcorta*, un gran frac color de café con boton liso dorado, un pantalon flor de romero con una ancha cenefa en los costados, chaleco de seda carmelita con florones encarnados, guante amarillo y bota de charol. La madre y las niñas, estrenaron tambien sus tápalos de seda, morado y azul, y verde y amarillo; y la familia elegante, con esencia de rosa en los pañuelos salió de nuevo al paseo de Bucarelli, donde todos los concurrentes cuotidianos se daban con un canto en el pecho, y no podian adivinar quién era ese par de muchachas tan bonitas y tan rollizas, pero adornadas de una manera tan rara y singular. En cuanto se oscureció, el cochero, sin que le dijeran una palabra, detuvo su descascarado vehículo en las puertas de la Gran Sociedad.

El mozo salia del iluminado y espacioso salon, y en un momento llenó el coche de vasos de nieve de leche y de rosa, y de platos de zoletas y mostachones. Don Fulgencio estaba encantado: las gentes de México le adivinaban los pensamientos. Juanito hizo una mezcla de nieve de leche, de rosa y de limon, y comió tanta zoleta, que solo por un milagro dejó de reventar: Las muchachas llenaron sus pañuelos de bizcochos y de dulces que un oficioso vendedor les ha-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

bia proporcionado desde por la tarde, y mas fatigadas que en los dias mas penosos del camino, regresaron al meson del Chino.

Llenos todos los estómagos de agua fria y de la maza indigesta de los mostachones, estaban á punto de cerrar la puerta y de recogerse, cuando llegó Fred, con el disgusto pintado en su semblante.

Tomó una de aquellas sillas inválidas, y se sentó cabizbajo y pensativo, apoyando la barba en el puño del burdo, pero confortable baston inglés.

—Vaya, Fulgencio, dijo Pancha, estás inconocible; esos ingleses deben ser sin duda mas tontos que nuestros payos de la hacienda: ¿qué te sucede que no hablas una palabra?

—Fred me llamo, y no Fulgencio, replicó el jóven secamente.

—Pues bien, Fred, dijo Marica pasándole cariñosamente la mano por la recortada patilla, dínos qué tal te ha parecido México, porque cuando te mandó papá hace ocho años, á educar á Europa, segun se dijo en casa, solo una noche estuviste en la ciudad.

—Sí, cuéntanos algo, interrumpió la madre, antes de que el sueño nos venza, porque nosotras estamos cansadas de tanto pasear.

—Lo que es México.... uf..... no es malo; pero qué policía, qué calles, qué empedrados.... en Lón-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dres todas las calles.... pero vamos, si yo no puedo aguantar esto....

—Sí, en efecto, las calles no están del todo buenas, esclamó D. Fulgencio pujando en un rincon, á causa de los esfuerzos que hacia para quitarse las botas de charol; pero deja que esté yo en el congreso, y haré una iniciativa para que se le exija la responsabilidad al ayuntamiento; pero dejemos por ahora eso, y que te cuenten tus hermanas todo lo que hemos andado hoy.

—Fuimos á la Viga, dijo Pancha.

—Y al caballito de Troya, añadió Juanito.

—Y almorzamos en la Estrella, interrumpió Marica.

—Y tomamos nieve y soletas en la nevería, dijo la señora.

—¡La fonda de la estrella, la nevería, la Viga! pero ¿cómo ha permitido vd. esto, papá? contestó *Fred.* ¿Qué dirán las gentes si lo saben? ¿Y cómo ha de hacer vd. una buena figura en el congreso; pero ¡qué veo! ¡Pantalones flor de romero! ¡Tápalos azules! ¿Dónde han comprado tanta ridiculez?

—¡Toma! en las tiendas, en el comercio, dijo el diputado.

—Me hace vd. favor de ponerse el sombrero y la levita, papá? interrumpió Fred sin hacer caso de sus hermanas, que le metian los efectos por los ojos.

D. Fulgencio obedeció, y ya desembarazado de las

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

botas de charol, que habia sustituido con sus holgados zapatones de gamuza, obedeció; y poniéndose el sombrero y la levita, se colocó frente á su hijo el inglés.

—¿Y así va vd. á salir á la calle? esclamó Fred, casi á punto de soltar la carcajada.

—¿Y por qué no? así salí esta tarde al paseo de Bucarelli, con tus hermanas.

—¿Y lo vió á vd. la gente?

—Perfectamente!

—¿Y no se rió?

—¡Botarate! dijo el papá, mas debe haberse reido con tus ridículas patillas y con tu enorme sombrero.

—Me va vd. á permitir, papá, que lo civilice un poco.

—¡Cáspita! esto es ya demasiado, interrumpió el padre algo incómodo, y puede padecer la dignidad de un diputado.... pero vaya.... vaya.... tú has aprendido en Europa lo que yo no sé, y es muy justo que veas por el buen nombre de tu padre.

—Entonces, ¿me da vd. facultades? respondió muy contento Fred.

—Para todo, papá, para todo, dijeron las muchachas, Fulgencio viene de Inglaterra.

—Fred me llamo, lo entiendes?

—Pues bien, continuó Pancha, Fred viene de Inglaterra, y él debe saber la moda y todo lo demas. Cuénatnos, ¿qué nos traes?

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Ya verán cuando llegue mi equipage todo lo que les traigo, contestó Fred, si no es que se lo llevan los ladrones en el camino; pero una vez que papá me dá licencia, es menester que yo les diga que estaba triste, porque, en verdad, he encontrado á mi pais y á mi familia en el mas completo estado de barbarie.

—¿Cómo? eso no es posible, interrumpió la señora.

—Lo dicho, mamá, y es menester comenzar por cambiar hasta los nombres

—En eso no entro yo, interrumpió el papá, Fulgencio se llamó mi padre, y Fulgencio me he de llamar hasta que me muera; respecto de tus hermanas, haz lo que quieras, con tal de que ellas consientan.

—Bien, repuso el mancebo, ahora sí nos vamos entendiendo En primer lugar, es menester mudarnos á una buena casa.

—Convenido, contestó el diputado.

—Y comprar muy buenos muebles.

—Acordado.

—Y llamar á las mejores modistas y á los mejores sastres.

—En cuanto á eso.... pero vaya, tus hermanas decidirán ese punto.

—Lo decidimos desde luego, dijeron las hermanas.

—Y buscar dos ó tres carruages. Un landó, un factor y un tilbury.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Pero, hombre?

—No hay remedio, papá: vd. tiene que entrar en la sociedad, que figurar en el gobierno, y qué sabemos si con el tiempo no podrá vd. subir mas alto en este pais de estúpidos.

D. Fulgencio sonrió: la vanidad y la ambicion que despertó en su corazon maestro Pimpinela, se sublevaba mas fuertemente con la perspectiva de lujo y de engrandecimiento, que le presentaba su hijo el inglés.

—Bien, Fred, perfectamente: quedas facultado para todo. Yo seré el hombre de la política, y tú serás el hombre de la casa.

Las muchachas rodearon á Fred y lo abrazaron.

—Con que nos compras tres coches? dijo Pancha.

—Y nos traes mañana á la modista, y tomas una buena casa? interrumpió Marica.

—Todo se hará, y muy pronto. Entre yo y mi amigo Rick, sacaremos á vdes., en pocos dias, de esta pocilga, supuesto que papá consiente en todo. Comencemos por cambiar de nombres. Pancha se llamará Sara, y Marica Elizabet ó Elisa simplemente. ¿Qué les parece?

—¿Pero cómo ha de ser posible, si nos llamamos ya de otra manera? preguntaron candorosamente las muchachas?

—¡Tontas! Aquí nadie las conoce todavía. ¿Quién ha de hacer caso de unas muchachas que se llaman

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

como las tortilleras, Pancha y Marica; no, eso no puede tolerarse, es menester nombres ingleses serios, y al mismo tiempo sonoros.

D. Fulgencio abria la boca y se estasiaba con la sabiduría y la prevision de su hijo. Yo prometo, continuó el jóven, civilizar en pocos dias, hasta á mi mamá, con tal de que me obedezcan. Es menester desterrar esas comidas indigestas de México, chiles rellenos, envueltos, mole de pecho: ¡qué horror! ¡qué persona bien educada pone ya en su mesa tales guisotes! Un buen trozo de *rosbif*, unas papas al vapor, su taza de té con un par de gotas de crema de leche, cuando mas una rebanada de jamon de Westfalia, frutas secas y un buen vino de Oporto, hé aquí un almuerzo sano, elegante, y vamos.... el mismo que se sirve todos los dias á la reina Victoria.

—De veras? preguntaron las muchachas.

—Como si lo estuviesen viendo.

—¿Y la comida?

—La comida, eso es otra cosa. Se sirve en tiempo de frio la sopa, que se suprime cuando hace calor, despues unas papas cocidas al vapor, despues un trozo de rosbif, mantequilla, encurtidos, pastel de ruibarbo y vino de Oporto.

—Entonces es lo mismo que el almuerzo.

—Por supuesto, y no faltaba mas sino que volviésemos ahora al caldo con el chilito verde y las tortillas

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

calientes, que nos daban en la hacienda, eso es bárbaro, eso no se usa ya entre la gente de buen tono.

Pancha estaba encantada; pero Marica meneaba la cabeza, y parecia que no la gustaba la mejora gastronómica.

—En Inglaterra, continuó Fred, nunca andan las señoras con la cabeza descubierta y con esos zapatitos de seda tan mal hechos.

Marica, que tenia un pié pulido, que era todavía mas primoroso con el calzado mexicano, rechazó vigorosamente la idea; pero Pancha aceptó con el mayor entusiasmo el gorro, los zapatos de cuero y las medias de hilo de algodon.

En Inglaterra jamas entran los hombres, ni mucho menos si son estraños á la familia, á las recámaras de las señoritas. En México todo el mundo, á la segunda visita, se considera con derecho á penetrar por todos los rincones; así, en la nueva casa que hemos de habitar, dispondré que las recámaras estén completamente separadas, y que las visitas solo entren al salon de recibir.

—Conformes en todo, dijeron las dos muchachas, y es moda que adoptamos enteramente Cuando una persona está lavándose ó vistiéndose, y la recámara tirada, no es conveniente que gentes estrañas entren á juzgar, á criticar y ver cosas que no les importan.

Fred no pudo contenerse, y abandonando su frial-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

dad inglesa, se lanzó por primera vez al cuello de sus hermanas, y las abrazó con ternura. Veo que me van comprendiendo, y que dentro de pocos dias mi familia llamará la atencion en la ciudad. Con que les agrada, ¿no es verdad?

—En Inglaterra las señoras, aunque es verdad que á causa de la lluvia que cae todo el año, se levantan los vestidos y se cubren con ellos la cabeza, dejando al viento unas enaguas muy limpias y unas pantorrillas no siempre gordas y torneadas, jamas pronuncian sus labios ciertas frases ordinarias, y hasta escandalosas, como por ejemplo: *pierna de pollo*, *camisa*, *sábanas*.

—En cuanto á eso poco se nos da; y puesto que aquí no hablamos inglés, no será necesario que....

—Es decir, que vdes. quieren siempre ser rancheras, burdas y gente comun del pueblo.... en ese caso, en nada me mezclaré, interrumpió Fred con visible mal humor.

—No, no es para tanto, y con tal de que nos compres los gorros y los coches, nos sujetaremos á lo que tú quieras, contestó Pancha; pero la dificultad consiste, en que cuando se nos dé la gana de comer una pierna de pollo, ó de hablar de nuestra camisa, no sabremos qué hacer.

—Valiente dificultad! repuso Fred, se conoce que vienen del rancho. Qué cosa mas fácil hay que de-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

cir, *el lado del pollo, y el lienzo blanco*, en lugar de esas palabras groseras, de pierna y de camisa.

—Marica, como de costumbre, movió la cabeza; pero decidida á llevar el barreno á su hermano, no le contradijo; pero pensó naturalmente, que lienzo blanco era una cosa distinta de camisa, y que *el lado del pollo* era no solo la pierna, sino acaso el alon y parte de la pechuga.

—En Inglaterra, continuó Fred, no se recibe á las visitas á todas horas, sino que una ó dos veces á la semana, se dá un té.

—Eso sí que no consiento, dijo la madre, que habia estado callada escuchando toda la leccion; ¿yo dar agua puerca caliente á las visitas? ni por pienso, vale mas una buena merienda de chongos y atole, ó de fiambre y frijoles gordos, que no unas tazas de té: vayan en horamala los ingleses con sus bebistrajos: en cuanto á la buena casa, y á los coches, me conformo, supuesto que Dios nos ha dado comodidades, y Fulgencio tiene necesidad de darse importancia, pero en lo demas, no, mil veces no Yo no he de beber té, y á mis hijas se les ha de llamar Doña Mariquita, y Doña Pachita, y nada mas.

—Mamá, por San Jorge, que me ha descompueto vd. mi plan enteramente.

—Entonces hagan lo que quieran, y sean la mofa y el vilipendio de estas gentes orgullosas de México;

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

pero no hay ya que disputar. Lo que papá decida eso se hará.

—Anastasia, dijo gravemente D. Fulgencio, la educacion de este muchacho, me ha costado mucho dinero, y es muy puesto en el órden que yo trate de aprovecharme de lo que sabe. Algunas de las cosas que dice me parecen insignificantes, pero puesto que tenemos que vivir algun tiempo en México, y que mi posicion de diputado me obligará á tratar con los diplomáticos, con los ministros, y con el presidente, fuerza es darse un poco de tono, y ninguno mejor que Fulgencio puede....

—Fred, papá, Fred me llamo.

—Y ninguno mejor que Fred, prosiguió D. Fulgencio, puede encargarse de todos estos pormenores; con que no hay que desanimarlo, y ya verás como á todos nos deja contentos. Con que te repito, hijo mio, que estás plenamente facultado para todo: busca casa desde mañana, compra muebles, y por ahora un coche decente, y no pierdas tiempo, porqne dentro de pocos dias se abren las cámaras, y quiero comenzar á hacer mis visitas, y á preparar mis trabajos. Apenas oyó esto Fred, cuando salió del cuarto sin querer ya entrar en nuevas esplicaciones. Queria reducirlo todo, como nuestros gobiernos, *á hechos*.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XVII.

DE COMO DON FULGENCIO TIENE NECESIDAD DE SER UN LUMINAR DE LA REPUBLICA, Y DE LA NUEVA VIDA QUE ADOPTA EN LA CAPITAL.

Justamente á los dos meses de haber entrado D. Fulgencio en el meson del Chino, apareció en uno de los diarios mas acreditados de la ciudad, el siguiente prrrafillo.

"Tenemos el gusto de anunciar, que acaba de llegar á esta capital, el Sr. D. Fulgencio García Julio, diputado al congreso general. Es una persona muy bien acomodada y notable de su Estado, literato, economista y agricultor: posee cuantos conocimientos son necesarios para desempeñar con acierto su delicada mision. Ademas, sabe cosa de cien idiomas de las tribus indígenas que existen, y otros cien dialectos de tribus

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

que no han existido jamas. En la maquinaria, en la industria, y en la ciencia difícil de organizar nuestra hacienda, su opinion es de gran peso, y en una palabra, ninguno de los conocimientos humanos, es estraño para este distinguido ciudadano, que despues de servir á su patria en la lucha gloriosa de nuestra Independencia, se retiró á sus fincas de campo, y se consagró al estudio. El Sr García Julio seguramente será un luminar de la cámara, y felicitamos cordialmente á la República por el ingreso al vasto y hermoso campo de la política, de un ciudadano tan benemérito é ilustrado.

D. Fulgencio, á quien Fred llevó el periódico, leia y volvia á leer tan repentina laudatoria, y no volvia en sí de la sorpresa. En cuanto á sus conocimientos en los idiomas indígenas, estaba enteramente satisfecho; pues ninguno lo habia de examinar, á no ser que la desgracia hiciera que se presentara intempestivamente en la capital una embajada de *Mangas coloradas*, ó de otro personage fronterizo de esa categoría; pero en cuanto á lo demas, no dejaba de remorderle la conciencia, pues en su vida habia abierto mas libro que el Calendario de Galvan.

—En verdad, Fulgencio, que....

—Fred, papá, Fred, por el amor de Dios, interrumpió el muchacho.

—En verdad, Fred, que estoy confundido, y no merezco tantos elogios: no sé cómo salir del empeño en que estos renglones me ponen.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

—Todo se lo debe vd. á mi amigo Ricochi, contestó el jóven. Como está muy bien relacionado en la ciudad, y los editores de la mayor parte de los periódicos son sus amigos, le fué fácil que se hiciera justicia á los méritos de vd., y ya verá cómo toda la prensa sensata é ilustrada de la República, se convierte en el eco de su fama.

¿Cómo habia salido á luz un párrafo tan espresivo y tan completo en honor de D. Fulgencio? Vamos á saberlo. Mr. Raimundo Ricardo Ricochi, que ya habia vivido en México y conocia cuán fácil es introducirse en las casas, en las redacciones y en los palacios con solo tener un poco de maña, un poco de aplomo y una corta dósis de ese sentimiento, que hace venir en los hombres delicados el color rojo á los carrillos, era íntimo amigo de uno de los redactores de un diario, al cual le ponderó la riqueza, la generosidad y el buen carácter del personage, y le sonrió con la esperanza de que mas adelante podria serles de grande utilidad: el redactor, sin conocer á nuestro hombre, y sin mas antecedentes que estos, escribió su párrafo, y lo dejó en la imprenta entre la multitud de noticias falsas y ciertas, de chismes, de difamaciones injustas y de injustos elogios, de que se compone ese pozo sin fondo, esa vorágine que se traga diariamente cuanto se escribe bueno y malo, y que en el mundo se conoce con el nombre de Periódico.

Al dia siguiente los demas periodistas, para llenar

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

su gacetilla, copiaron el párrafo: lo mismo hicieron los papeles de los departamentos; así, en mas de un mes, no se habló de otra cosa en la República, que del luminar D. Fulgencio García Julio, y de todo lo que la patria debia ya y tendria que quedar á deber á tan insigne varon. No es esto nuevo: en Europa se ocupan meses enteros las córtes y los potentados, de un jugador de ajedrez ó de la pirueta de una bailarina; así, nada estraño es, que en México se ocuparan de celebrar el famoso hallazgo de un talento, que habia estado escondido entre los vellones de las ovejas y los cornamentos de las vacas.

La vida de D. Fulgencio habia cambiado totalmente. Durante dos meses, se estuvo casi oculto en el meson, y las muchachas salian á hurtadillas, y siempre contra la voluntad de Fred y Ricochi, hicieron maravillas. Tomaron casa en una de las calles mas pricipales de México, que se encargó de decorar y amueblar uno de los tapiceros de mas fama, al menos por lo carero, se compró una calesa de muelles de telégrafo para las niñas, con su par de tordillos frisones, y una carretela, con caballos del paiparas el niño inglés, se ajustó un cocinero, un portero de esos que gruñen y apenas se dignan saludar á las visitas; en fin, se montó la casa enteramente á la inglesa, y hecho todo esto, en lo cual ganó el buen amigo Ricochi su par de talegas de pesos, se condujo á D. Fulgencio á su nueva habitacion; y parecido á una vieja bailarina, que

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

arrugada, flaca y olvidada, sale repentinamente con pantorrillas postizas, colorete y encajes, y punto por todas partes, y arranca á los que no la conocen aplausos de admiracion, así apareció nuestro personage con el prestigio de su caudal, de su gran casa, y de su profunda sabiduría, arrancando desde luego á toda la prensa, las mas unánimes y cumplidas alabanzas. La prensa en la realidad ni sabia lo que hacia, y en último caso aplaudia á una vieja y arrugada bailarina.

En cuanto á las muchachas, la transformacion se habia operado como por encanto, y Fred habia triunfado completamente en su sistema de educacion. No salian si no era de gorro, tomaban té y *rosbif* á todas horas, bien que á escondidas saboreaban sus tacos de tortilla, vestian á la manera inglesa pero con muy buenos trages; y por último, los nombres de Pancha y de Marica habian quedado suprimidos, y una se llamaba *Sara* y la otra *Elizabet.*

Una vez arreglados todos estos pormenores que, como se vé, eran de la mayor importancia, la familia salió á la luz pública. Jamás México habia tenido en su fértil valle muchachas mas hermosas ni mas galanas. Los ojos de Sara y los piés de Elisa traian locos á los elegantes, y cuando se retiraban del paseo venian hasta la puerta de la casa seis ú ocho caballeros, que á guisa de ayudantes escoltaban el carruaje sin separarse de él ni por los aguaceros, ni por la lluvia, ni por el polvo que suele abundar en nuestras calzadas. La

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

laciones, que dignamente preside el gabinete, tenia de los adelantos en el arte de la diplomacia de este jóven estudioso, manifestó en una atenta comunicacion que renunciaba en nombre de su hijo, y que queria dedicarlo mayor tiempo al estudio para que se consagrara al servicio de su patria. Rasgos como éste no necesitan comentarios, y deben pasar á la posteridad."

La madre se dió tal infatuada, se volvió tan bachillera y tan vanidosa que nadie la podia soportar. Como García Julio es tan generoso, decia, no hay canalla de estos mexicanos que no le deba algo.

Como García Julio tiene tanto talento no hay asunto que no le consulten, y diariamente lo mortifican los ministros.

Como García Julio es tan de buen corazon, á todas estas gentes de México los llena de favores.

Como García Julio es hombre infatigable, trabaja dia y noche en favor de la patria para que nadie se lo agradezca.

Luego de su marido pasaba á las hijas.

Como Sara es tan hermosa, se mueren por ella todos los mexicanos; pero se quedarán con sus deseos porque Sara no se ha de casar sino con un hombre de proporciones, que la merezca y que la sepa hacer feliz.

Como Elisabet es tan amable y tiene esa sonrisa tan graciosa, todas las mugeres de aquí, que son tan envidiosas, se mueren de celos.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Es mucha la gracia de mis hijas, ¡y qué talento, qué educacion, qué trato tan fino! Todas las visitas se quedan encantadas. Y como al fin García ha de mandar en México, es menester que aprovechen mis pobres hijas la posicion de su padre, para divertirse y pasarse buena vida, pero nada es comparable á mi Fred. Habla en lenguas, que es un primor. El español lo habla un poco mal; pero inglés, vaya si da gusto, aunque yo no puedo entender ni una palabra: él, ademas, turco, latin, apache, cuanto hay; si es un prodigio. ¡Y qué bien relacionado! ¡Y cómo lo adoran en todo México! ¡Y cómo se perecen las muchachas por él! No tendria mas que abrir la boca, y se pelearian las mas ricas y mas bonitas de México por casarse con mi Fred; pero cuándo, él se divierte con todas, y hace bien el pobrecito, al fin es jóven y le viven sus padres.

Cuando no hablaba la señora de sus virtudes y prendas de su familia, era porque tenia que ponderar sus riquezas, lo hermoso de sus haciendas, el clima de su tierra y la gordura de la carne de sus carneros. En esto sí se parecia á los ingleses y á sus hijos los americanos, que siempre creen que ellos y sus cosas, son los primeros hombres, y las mejores cosas de la tierra.

Vivo aburrida en este México, decia, ¡qué calor tan insoportable, qué viento, qué polvo, qué hedor el de las calles! En nuestras haciendas se respira el aire puro

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y fresco, se vive, se come una carne sabrosa y gorda; pero aquí hasta la fruta es mala, hasta el cielo lo veo medio morado, medio quién sabe cómo. Siempre le digo á Fulgencio que no se alucine, que la patria le ha de pagar mal, y que lo mejor que podriamos hacer, es volvernos á nuestras fincas; pero él nada, todo lo sacrifica á su patria, eso sí; porque Fulgencio, mas quiere á su patria, que á su mujer, que á sus hijas, y que á todo el mundo: debia ser presidente, segun lo que se muere por todo lo que es política.

Las visitas, como se debe suponer, no tenian mas medio sino hacer una buena dósis de paciencia para sufrir á la señora, y añadir algunos elogios á los muchos que ella hacia de su persona, de su familia, de su casa, de sus haciendas, y hasta de Diana y de Corina. La capital de la República estaba, en su concepto, muy honrada, con solo la residencia de las dos perritas en el recinto de sus fosos y murallas.

A Juanito, aunque lo hemos dejado para lo último, no lo hemos olvidado; ni cómo habriamos podido olvidar á tan preciosa alhaja. Luego que la familia estuvo establecida en su nueva habitacion ducal, y todo fué entrando al órden, se pensó en que Juanito continuase su brillante educacion, y se escogió uno de esos colegios *científico-industrio-económico morales y prácticos* que abundan en la capital, y cuyos cartelones leen con una especie de asombro los payos. Colegios mons-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

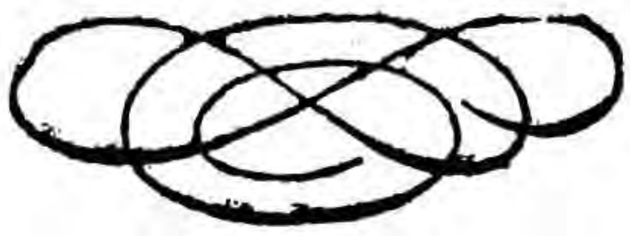
truos, colegios donde se enseña historia, frenología, numismática, cálculo infinitesimal, equitacion, psicología, obstetricia, mecánica, astronomía, canto llano, griego y árabe, y donde, como salen los discípulos tan sabios, descuidan la lectura, la gramática española y la moral cristiana, porque esas son cosas vulgares que las puede enseñar en la casa la mamá, mientras para los otros ramos se necesita de la asistencia de sabios profundos, que por diez ó quince pesos cada mes, enseñen las ciencias exactas y las lenguas muertas, á mas de ochenta diablillos.

Como Juanito era de una famila rica y distinguida, iba al colegio *económico-industrial* á las once, y salia antes de las doce: las tardes lluviosas porque no se enfermase, la madre preferia que se fuese con sus hermanas al paseo. Sin embargo, como la criatura tenia un talento prodigioso, á los seis meses ya sabia decir *bon jour* en francés; un par de docenas de palabras que no se pueden escribir en castellano, chupar sus cigarritos y hacer sus mimos amorosos á unas muchachitas que vivian frente al famoso establcimiento. La madre, como con todo lo que le pertenecia estaba encantada, y cuando no hablaba de sus carneros ponderaba los adelantos y el talento prodigiosos de su nieto. Este, engreido, voluntarioso y un poco bellaco, abusaba de su posicion, y tan luego como iba á la casa una visita se apoderaba del baston, del paraguas

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ó del sombrero, y se ponia á jugar como si fuese con una de esas figuras de goma elástica, que se pueden estrujar impunemente; pedia medio á su mamá, para que la visita le diera por lo menos una peseta, y no despreciaba ninguno de los dulces y chucherías que le regalaban los apasionados de las hermanas. ¡Qué gracioso! ¡Qué vivo! decia la mamá. Este niño, aunque le faltaran sus padres y no le quedara dinero, no se moriria de hambre. Era verdad.

La vida que tenia la familia, era la vida de lo que aquí llamamos gran tono. Se levantaban todos tarde, almorzaban y recibian visitas. En la tarde se ponia el coche, y las niñas y la mamá se iban al paseo á dar vueltas y vueltas entre las nubes de polvo que levantan los caballos de los enamorados: en la noche al teatro cuando lo habia, y los domingos de gran *toilétte*, á la iglesia mas concurrida á ser vistas por la fila de todos los que se ponen á ver salir y entrar á las lindas y piadosas mexicanas.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

CAPITULO XVIII.

DE LAS VISITAS QUE HACE D. FULGENCIO A LOS ESTABLECIMIENTOS PUBLICOS DE LA CAPITAL, Y DE LOS HONORES Y CONDECORACIONES QUE SE TRIBUTARON A SUS MERITOS Y A SU TALENTO.

La fama de D. Fulgencio crecia todos los dias, ¡cosa singular! con el silencio. Desde que las cámaras se instalaron, los diputados noveles se habian desatado pronunciando discursos sobre todo y sobre todas las cosas, mientras D. Fulgencio, reducido á menear una que otra vez la cabeza, á soltar una que otra palabra tan misteriosa, que nada queria decir y votar cerradamente con la oposicion.

¡Qué camándulas, decian unos! ¡Qué reposo y qué moderacion, decian otros, qué profunda sabiduría encierra ese perpetuo silencio, añadian los de mas allá!

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Este hombre sabe mucho, este hombre no habla porque quiere estudiar bien las cuestiones, éste es el diputado que maneja la cámara, éste es el caudillo que puede echar abajo al ministerio el dia que abra la boca.

—Pero no la abrirá, replicaban otros.

—A buen seguro, no se va de ligero como esos muchachos barbilampiños que vienen de los Estados, y entregan la carta al momento que piden la palabra.

—¡Oh! no se puede negar, convenian todos, en que tenemos en México hombres de Estado, y que aquí nos sobra todo, hasta nosotros sobramos tambien.

D. Fulgencio, á cuyos oidos no dejaban de llegar de cuando en cuando estas palabras de nivel, se ponia como un pavo de esponjado, y daba gracias á Dios de que sus compañeros hubiesen descubierto que uno de los caracteres mas marcados de los grandes hombres, es hablar poco ó no hablar nada

Con el contacto con las gentes de gobierno y de comercio, D. Fulgencio adquirió no solo muchas relaciones, sino tambien clientes, y tuvo el gusto de hacer otro nuevo descubrimiento, y es que era abogado. Nadie es profeta en su tierra, y es verdad, porque donde se conocen á los profetas, no hay quien les crea ni el Padre Nuestro.

Un rico mercader de tequesquite, fué el primero que lo eligió por patrono. En seguida, un fabricante de bujías, que no daban luz, le entregó todos sus intereses. Como éstos debian ventilarse en las cámaras,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

donde ambos tenian pendientes reclamaciones, eligieron naturalmente á un licenciado diputado que podia colocar indudablemente su bufete, ya en su casa, ya en la cámara. Como nadie se cuidó de pedir el título al nuevo abogado, ni mucho menos se hubieran atrevido á exigir que se presentase á exámen un hombre de tanta importancia y tan lleno de ciencia, D. Fulgencio comenzó á ejercer su profesion, no ante los juzgados, sino ante los ministerios; convirtiéndose en el agente de cuantos querian para con cualquiera pretesto, aumentar sus bienes con una partecilla de los bienes públicos. Otro motivo de fama y de popularidad. Los periódicos volvieron á hacer la ruidosa trompeta.

Justicia seca. Aunque no somos amigos personales del hábil y acreditado jurisconsulto D. Fulgencio García Julio, debemos un homenage al talento y á la justicia. El ruidoso pleito de los tequesquites ha concluido como debia concluir, conforme á la justicia y á la conveniencia pública, despojándose á todos los pueblos detentadores y entregándose todos los productos al contratista que, aunque es verdad que todo lo ha pagado en papeles al gobierno, es en créditos que valen cinco por ciento para la nacion sin dinero efectivo. El ilustre García Julio ha sostenido victoriosamente este punto; y esos inquietos indígenas, engañados con las ideas destructoras del comunismo, han recibido una leccion severa."

Este golpe dado contra el pueblo por el talento de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

nuestro diputado, aumentó su popularidad de una manera tan prodigiosa, que él mismo se asombraba y no podia menos de reconocer el talento del maestro Pimpinela, que era el que habia hecho el descubrimiento de su capacidad política.

En menos de una semana recibió cuantos títulos y consideraciones podian dispensarle los necios y patrióticos habitantes de la Babilonia, y el lector quizá tendrá la paciencia de acompañar á D. Fulgencio á algunas de sus escursiones.

Un sábado se presentó á su casa una comision de jóvenes mezclados con algunos cotorrones. Todos venian en gran *tenue* á anunciar que la Compañía Lancasteriana sabiendo que el Sr. D Fulgencio era una persona apasionada por los adelantos de la juventud, y que habia hecho considerables servicios á la enseñanza pública manteniendo á su costa un maestro de escuela en su hacienda (el pedagogo de Juanito,) habia sido nombrado vicepresidente por unanimidad, y se le invitaba para la distribucion de premios que se haria en la mañana del domingo.

Don Fulgencio obsequió con un buen vino de madera á la comision, se hizo mucho del rogar, ponderó lo insignificante de sus servicios, añadió que su vida estaba consagrada á la filantropía, y concluyó por hacer el gran sacrificio de aceptar una distincion tan honrosa.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Como habia quedado convenido, al dia siguiente tuvo lugar la filantrópica funcion y no faltó un filántropo á la solemnidad. En el mismo lugar donde el mísero padre de Fulgencio recibia sendos azotes y temblaba solo de ver menearse la barba del belemita, allí la libertad habia asentado su imperio, y multitud de niños pobres que no sabian leer, iban á ser vice presididos por Fulgencio el grande, que dominaba como Ciceron en la tribuna, y que recibia de los ilustrados filántropos la recompensa de su talento.

Las sillas y bancas estaban llenas, y algunas lindas filántropas alegraban con sus frescas caras de rosa aquella solemnidad, que lo que tenia de tierna, era la pobreza, y puede decirse la miseria de la multitud de hijos y de nietos de la libertad, á quienes se hacia entrar en las puertas del saber con el admirable sistema de Lancaster.

La solemnidad comenzó: D. Fulgencio sentado en la cabecera del salon en su poltrona de terciopelo, tocó la campanilla de plata, y una música militar aturdió á la concurrencia con sendos tamborazos, y haciendo retemblar la sala con el sonido de sus muchos instrumentos de bronce.

Don Fulgencio tocó la campanilla, y al momento el silencio se restableció, las señoras y señores se acomodaron como pudieron, las unas sentadas y los otros en pié, y comenzaron los discursos y las poesías.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Un poeta sacó un gran cuaderno del faldon de su casaca, y tomando un aire de Demóstenes, comenzó:

Señor de la Compañía Lancasteriana, ya veis la deuda sagrada que teneis con la patria.

Los niños que no sabian una palabra de semejante deuda, alzaban la cara para ver al orador y seguian jugando con sus popotes y sus cárceles de nues, donde encerraban á cuantas moscas podian atrapar al vuelo.

El hombre, qué digo, todos los hombres, son unas fieras dañinas.

Don Fulgencio, como acostumbraba, en la cámara movia la cabeza y abria tamaños ojos.

Sí, hijos mios, mis hermanos, mis compatriotas, os hablo con el acento de la filantropía y no os engaña mi corazon; el hombre es una fiera, pero la educacion da vigor á su cuerpo, mantiene en su alma el santo respeto á los derechos del hombre, y á las garantías de la sociedad.

Hijos mimados de una gran República, como es la de México, cuyo poder desafia al mundo, y cuyos productos codicia el ambicioso estrangero; vosotros sereis su apoyo y su sosten, y un dia, el dia terrible de la prueba, probareis en los campos de batalla que sois los nietos valientes de Hidalgo y de Morelos.

El auditorio no pudo contenerse: un estrepitoso aplauso cubrió la voz sonora y elocuente del orador, y muchos sombreros de los filántropos mas entusiastas volaron por el aire.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Sí, conciudadanos, continuó el orador latiéndole fuertemente el pecho como á las damas de teatro de la escuela romántica; sí, conciudadanos, este dia es el mas grande de mi vida, porque veo crecer en los jardines de la Lancasteriana los claveles de la instruccion; este es el dia mas feliz, porque las plantas tiernas que hoy con trabajo crecen bajo el invernáculo de los ocios beneméritos de la Compañía, mañana serán los sabinos gigantes de Chapultepec que darán sombra á mi adorada patria, á la patria opulenta de los Allendes y de los Abasolos.

Sí, conciudadanos, démonos el parabien de que personas tan ilustradas y que han dedicado toda su existencia á protejer la juventud, como nuestro digno vicepresidente el Sr. D. Fulgencio García Julio, estén al frente de esta republicana institucion, que con el tiempo ha de regenerar al poderoso imperio de Moctezuma y de Guatimoc.—*Dije.*

Los aplausos se repitieron, la música volvió á dar, no al viento, sino al techo de la sala sus ruidosos acentos, el orador sacó un pañuelo blanco con encajes de cambray, prenda de su Dulcinea, se limpió el sudor, hizo una caravana á D. Fulgencio y se salió del salon á chupar su cigarro. Detras de él, salieron multitud de personas á darle sus medios nuevos.

—Bien, muy bien Cirilo; has quedado como siempre.

—Si se remontó á las nubes, decia otro.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

El discurso fué corto pero sublime. Tiene renglones que con mucho gusto firmaria Lamartine ó el autor de Atala.

—Qué diablo de muchacho, murmuraban otros en voz tan baja, que se pudiera oir perfectamente, tiene su chispa, y promete mucho. ¡Oh! éste con el tiempo debe dar muchos dias de gloria á la patria.

La campanilla de plata del vice-presidente, volvió al órden y á sus asientos á la concurrencia, y se levantó otro orador, que con voz entre lúgubre y temblona, comenzó una dulcísima poesía.

BARCAROLA.

Dadme una lira, si teneis, de pronto,
Dadme tambien inspiracion ardiente,
Dadme con ella un corazon latiente
Para cantar.
Dadme un ceston de primorosas flores,
Dadme un vergel para cantar sonoro,
Dadme unas harpas de carmin y de oro
Para cantar.

—Como el poeta pedia liras, cestones de flores, harpas, vergeles sonoros, y tambien corazon é inspiracion, el auditorio aunque benigno é ilustrado, consideró que faltaban muchas cosas al poeta, y no sabia qué hacerse, particularmente D. Fulgencio, que ya estaba por tocar la campana y darle mas música, ya que no podia ofrecer de pronto al vate, todos los trevejos que necesitaba,

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

La ansiedad del público cesó, en fin, cuando el poeta tomó un partido decisivo y continuó:

Pero nada me deis, bardo inspirado,
Siento correr el fuego por mis venas,
Y mis suaves y dulces cantilenas
Entonará mi pecho y mi laúd.

La patria de mis padres me reclama,
Esta patria infeliz que espera tanto;
Que espera ya el remedio á su quebranto
De la temprana y nueva juventud.

Hubo ya con esta tirada del poeta, un silencio profundo y parecian todos, persuadidos lo mismo que el autor, de que sus melodías eran suaves y dulces. Animado con esta muda, pero significativa aprobacion, siguió variando metros con una facilidad que asombró á la concurrencia.

Mi patria
volando
cantando
triunfará.
Y al momento
el tirano
inhumano
caerá.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Como acaba
El humo,
Que leve
Se mueve
Al impulso terrífico del viento
Y lanza lastimero último acento
La víctima que arrastra el huracán.

Ya la aurora
Colora
Con su luz
La cortina
Matutina
Que se levanta del risueño Oriente,
Y muestra del Señor Omnipotente
La suprema y terrible voluntad.

Así vuelan
Las delicias,
Y la vida
Ya perdida
Se nos va.

Como vuela
La humareda,
Solo queda
Su capuz.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Así vamos
A la tumba,
Cuando zumba
Zus
Puf
Uf.

Leida en honor de las escuelas de la lancasteriana. —*Dije.*

Nuevos y ruidosos aplausos y aprobacion completa del vice-presidente, que estaba encantado de la facilidad de la versificacion y de los profundos y filosóficos pensamientos que contenia la barquerola, y sobre todo, de lo mucho que se ocupaba, aunque en un sentido conceptuoso, de la festividad del dia. D. Fulgencio no pudo contenerse; y perdiendo algo de su dignidad, se levantó de su asiento y abrazó al bardo, y á su ejemplo lo mismo hicieron otros y otros, abrazando tambien á D. Fulgencio como protector de la juventud, y abrazándose mutuamente llenos de entusiasmo y de júbilo.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

La campanilla terminó esta tiernísima escena, y restablecido el silencio, otro astro del parnaso se levantó y leyó el siguiente

SONETO

Dedicado á los ilustres sabios y á los filantrópicos niños de las escuelas.

--

Atended á mi voz, oid el eco,
Que la sagrada *inspiracion* me inspira,
Y que de este recinto un solo hueco
No quede sin oir, mi sacra lira.
No en mi cantar el corazon reseco
A enaltecer la juventud aspira,
Sí á dar rienda al dolor, que el pecho seco
En mi azarosa situacion respira.
Hijo soy de las musas: soy el bardo
Que en los campos eternos de Helicona
Ceñí la frente de jazmin y nardo.
Hoy que la Fama, mi saber pregona,
De aquesta noble juventud aguardo
Acepte de mis sienes la corona.

—Bravo! bravo! gritaron todos los que estaban agrupados en la puerta del salon, y la música, sin necesidad de la señal del vice-presidente, comenzó una estrepitosa diana.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

El triunfo del poeta fué completo. En seguida un doctor, que habia alcanzado los buenos tiempos clásicos, que habia cursado las áulas, y que habia sido borlado en la nacional y pontificia Universidad, caló sus anteojos, sacó su discurso, y comenzó:

Señores:

En segundo lugar reflexionemos, que como decia el padre de la elocuencia romana, las repúblicas no se constituyen, si su juventud es ociosa y divagada; y por esa causa os habia ya significado que era necesario, urgente, indispensable, que hombres del saber y del patriotismo que adornan al vice presidente que habeis elegido, se hiciesen cargo de proteger los establecimientos de educacion pública que existen en nuestra patria, y que fundadas hace miles de años por el distinguido *griego Lancaster*, han llegado á la completa perfeccion bajo nuestras instituciones.

Tucidides, *Xenofonte*, *Fidias*, y todos los que, como estos hombres heróicos, han dedicado toda su vida á la enseñanza de los niños, ya en Inglaterra, ya en las ardientes montañas de la Suiza, ó ya en las márgenes heladas del Ganges, han recogido laureles puros y limpios que la posteridad ha negado á Murillo, á Velazquez, á Miguel Angel y á otros guerreros feroces, que han pasado su vida en las campos de batalla derramando la sangre de sus infelices hermanos.

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

Sí, mexicanos, seguid su ejemplo y marchareis por la senda de la civilizacion, aprended las lecciones de la esperiencia, y no os dejeis seducir por el aparato engañador de una libertad que os conducirá á la ruina La instruccion, la enseñanza de la juventud, y la paz, es lo único que os puede hacer felices como á los babilónios, ilustrados como los persas, y generosos como los israelitas.

Felicitémonos compatriotas queridos, prestémos nuestro talento y nuestros estudios para ilustrar á esta juventud en la peligrosa carrera que ha emprendido, y la patria premiará con larga mano nuestros afanes, como ya ha premiado, aunque no como merece, los talentos y sin, adulacion, la sabiduría de nuestro digno vice-presidente.—Dije.

—Como el discurso fué severo y clásico, no arrancó esos bravos ni entusiastas aplausos que por fuerza coronan el éxito de una poesía romántica, pero sí, todos quedaron convencidos de la lógica que campeaba en el escrito, y sorprendidos con la corrccion y severidad del estilo.

—Este doctor, tiene la historia en las uñas, dijo uno de los pro-secretarios al oido de D. Fulgencio.

—Admirable, admirable, contestó D. Fulgencio, y cuidado, que las poesías tienen su mérito.

—Asombran los progresos literarios de México.

—¡Oh! esta es una juventud temible. Su fuego patrio

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

y su inteligencia de lumbre, nos va á llevar quéin sabe dónde, contestó el vice-presidente, y tocó de nuevo la campanilla para que otro de los pro-secretarios leyera el informe ó memoria, y en efecto comenzó así:

—Señor vice-presidente.

Los progresos y adelantos que ha hecho en el último año la compañía, han sido asombrosos: aunque es verdad que de cuarenta escuelas que existian, se han cerrado veinte; pero la justicia y la verdad me obligan á decir, que aunque esto ha sido por falta de fondos con que pagar á los preceptores, no ha dependido del gobierno.

El gabinete digno é ilustrado que preside los destinos de la nacion, deseoso de protejer á la juventud, ha dado las órdenes mas terminantes para que se ministren algunos fondos á fin de que no haya necesidad de cerrar las otras veinte escuelas; pero hasta ahora á pesar de los muchos pasos de nuestro activo y patriótico tesorero, no ha podido conseguir mas que los recursos bastantes para comprar tinta y papel, careciéndose en la actualidad de plumas.

Pero estos inconvenientes, que son consecuencia forzosa de nuestro estado social y de la encarnizada lucha de los partidos, lejos de desanimar á los socios los ha estimulado á formar proyectos gigantescos, que dentro de pronto darán sus resultados.

Se establecerán ademas de las escuelas que hay ac-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

tualmente otras doscientas en México, y doscientas en los Estados, dotándose á los maestros competentemente y comprándose, si es necesario, edificios elegantes y cómodos que sean propiedad de la Compañía. Tambien se van á hacer grandes reparaciones en el edificio, construyendo un salon nuevo, adecuado para el noble objeto de la Compañía: se establecerán asimismo premios anuales, no solo para los niños, sino tambien para los maestros; en fin, el plan es grandioso y si se lleva á efecto podrá repentinamente transformar á la República. Verdad es que para llevarlo á cabo se necesitan trescientos mil pesos; pero una comision está encargada de formular un plan de recursos, otra de revisarlo, otra de aprobarlo, otra de presentarlo al gobierno, y otra de recomendarlo á S. E. el presidente de la República. En el corto espacio de seis meses que hace que las comisiones trabajan con la mayor actividad, no han podido concluir sus importantes trabajos, pero á estas horas está muy adelantada la discusion del artículo 1 º ¡Loor eterno á tanta actividad y á tan patrióticos esfuerzos.

Este es el informe que puedo presentar á tan ilustrada reunion, y por él podrán notarse los rápidos adelantos y los grandes esfuerzos que han hecho los socios, las autoridades y el supremo gobierno en favor de la instruccion de la juventud. Me lisonjeo que con el ingreso del nuevo vicepresidente, la patria tendrá que felicitarse, y dentro de poco México estará al nivel de

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

París ó de Lóndres, donde todos los que saben leer y escribir, escriben y leen cuando se les ofrece; lo que no hace nuestro pobre pueblo hundido en la barbarie, y el oscurantismo á que lo redujera la nefanda dominacion colonial.—*Dije.*

—Este sí que no se ha andado con flores como nuestros poetas, dijo un viejo á otro que estaba á su lado, sino que ha dicho verdades como puños.

—¡Oh! Y si se realizan los vastos proyectos que ha anunciado, vamos á ver una escuela magnífica en cada calle.

—Y como que se realizarán, si este hombre es de una energía asombrosa.

La conversacion se interrumpió porque D. Fulgencio que era el que debia terminar la solemnidad con su discurso, se puso en pié.

La sala entera se conmovió y hubo un silencio profundo.

—Señores, dijo D. Fulgencio: las palabras del idioma castellano no son bastantes para espresar lo que mi alma siente.... pero, ¡oh, nunca!.... el espectáculo de esta desvalida juventud! el patriotismo! la.... el cuando, el corazon generoso revienta. ¡Oh!.... Señores, el llanto embarga mi voz, no puedo continuar.

Don Fulgencio se dejó caer en el sillon como acometido de un vahido, y llevó el pañuelo á sus ojos.

Este fué su triunfo mas completo: las señoras se en-

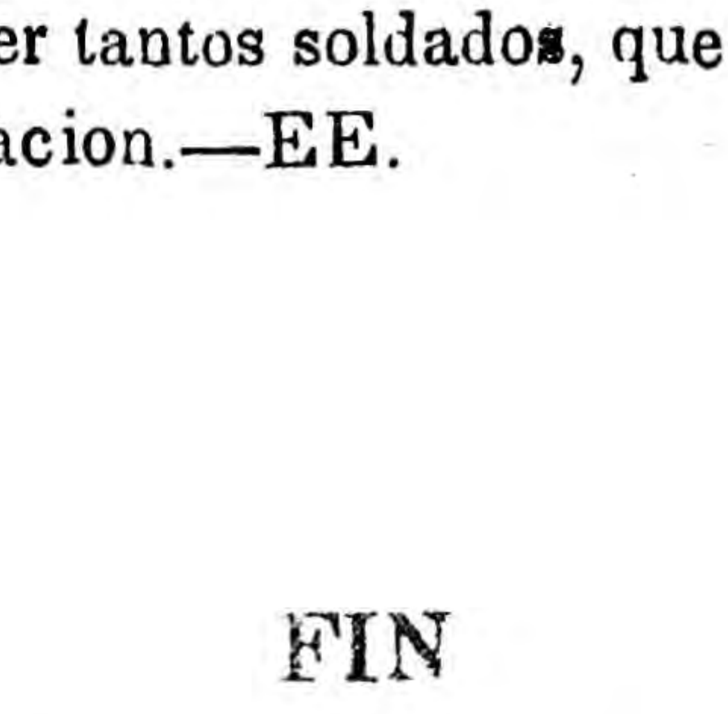
CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

ternecieron, los hombres sonaban las manos y todos decian: ¡Este hombre es sublime! ¡Qué sentimientos! ¡Qué corazon! ¡Qué palabras tan sentidas. Es lástima que la emocion no le haya permitido acabar su discurso, porque habria sido el mejor de todos; pero esto vale mas, es la elocuencia del alma.

Al dia siguiente la fama de D. Fulgencio habia aumentado un ciento por ciento. No solo era sábio y político, sino tambien filántropo y elocuente; era, en una palabra, el sol á cuyo derredor giraban los hermosos planetas de la poesía y de la elocuencia. Los diarios que siempre tienen la santa mision de ensalzar el verdadero mérito, se ocuparon con entusiasmo del suceso.

Ayer, decia un periódico de oposicion, ha tenido la patria un dia de gloria. La inauguracion del esclarecido D. Fulgencio García Julio, como vice-presidente de la instruccion pública, va á marcar el progreso de nuestra juventud. La solemnidad no dejó que desear; nuestros poetas, cantaron dulcísimas trovas en honor de la instruccion y de la patria; discursos llenos de sabiduría y de erudicion se leyeron, y se trató de proyectos grandiosos, de manera, que dentro de poco vamos á ver difundida la instruccion pública con tanta rapidez, como el sol que alumbra el hermoso suelo de nuestra patria. Quiera Dios que sacrifiicios tan costosos, como los que ha hecho el Sr. García Julio, no se estrellen en la apatía de nuestros gobernantes, que so-

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA
BIBLIOTECA DE MÉXICO

lo piensan en sostenerse en el poder y en perseguir á los que de veras aman á su pais. Esperamos que el ministerio verá este negocio con la atencion que se merece, y aprontará todos los fondos necesarios para el establecimiento de escuelas, en vez de estarlos gastando en sostener tantos soldados, que son la plaga y el azote de la nacion.—EE.

FIN